

Maude Newell Williams

**Los más pequeños de éstos
-en Colombia**

Presentación de Beatriz Castro C.

Traducción de Sonia Muñoz

archivos del Índice
Cali

Maude Newell Williams

Edición original:

M. N. Williams: *The Least of These –in Colombia* (1918)

Primera edición, 2008

© de la presentación, Beatriz Castro C., 2008

© de la traducción, Sonia Muñoz, 2008

© fundación editorial archivos del Índice, 2008

e-mail: archivosdelindice@yahoo.com

ISBN 958-44-3945-1

Esta es una edición digital del libro que archivos del Índice publicó en el año 2008. Se respeta fielmente el contenido del mismo aunque se han introducido algunas variaciones de tipo formal (entre otras, la numeración de las páginas).

Presentación

The Least of These –in Colombia, el libro escrito por Maude Newell Williams y publicado en 1918 por la editorial cristiana Fleming H. Revell de los Estados Unidos, constituye una importante fuente histórica porque da cuenta de aspectos notables de la vida cotidiana en Colombia a principios del XX que no son fáciles de encontrar en los registros habituales sobre el período. Pero, además, *The Least of These* brinda información sobre las características de un sector bastante numeroso para esa época, el *servicio doméstico* –el 27% de la población de los centros urbanos más grandes del país, según el censo de 1918–, y sobre los vínculos que ese grupo mantenía con sus patronos en el marco de una relación de trabajo tradicional, no legalmente regulada, y que recorría buena parte de la sociedad; una cuestión que, no obstante, ha sido muy poco recreada y estudiada, lo que prueba que las relaciones y gestos más constantes de la vida social son los menos observados, como tantas veces se constata.

Caracterizar el género y el estilo narrativo del libro de la señora Williams no es una tarea sencilla¹. No se trata desde luego de una *autobiografía*, entendida ésta como un texto retrospectivo que estudia y evalúa el desarrollo interior del sujeto y en el que su voz es explícitamente personalizada. Tampoco se trata de una *memoria*, si se la concibe como un escrito que relata la vida del autor en calidad de testigo de un pasado real y que considera de interés e importancia extraordinarios, centrado más en el mundo “exterior” que en el “interior”, si acaso es posible hacer esta discutible distinción. No estamos frente a un *diario*, en el sentido habitual de la expresión: un registro personal, con entradas independientes para cada día, anotadas poco después de ocurridos los sucesos narrados, los cuales abarcan un amplio abanico de intereses y preocupaciones. Y mucho menos se trata de un *relato de viaje*, que nos cuente la experiencia de alguna travesía por un medio poco conocido o completamente desconocido, un género tan frecuente en el siglo XIX hispanoamericano.

The Least of the These ofrece un conjunto de descripciones realizadas por un testigo directo que considera primordial dar cuenta de eso que

¹ Para lo esencial de los renglones siguientes, cf. James S. Amelang, *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna, Siglo XXI Editores, Madrid, 2003* (1ª edición en inglés, 1988; trad. P. Gil Quindós).

observó, que privilegia la crónica de la vida de unos sirvientes cuya idiosincrasia trata de realzar en buena medida gracias al uso del diálogo y de la cita textual –recurso que trasladaría de la novela–. La señora Williams centra así su mirada en personas que difícilmente podrían despertar la atención del cronista local, en una sociedad con una tradición tan grande de relaciones serviles, o del cronista extranjero, más interesado quizás en el exotismo que confirma la visión previamente adquirida del universo que observa. Con algunas reservas, diríamos entonces que estamos ante una *crónica personal*, pero sin olvidar que la narradora, pretendiendo dotar a los relatos de cierta objetividad, ha decidido marcharse a la trastienda y poner en primer plano la vida de los otros, tal vez con la intención de dar la palabra a personas desconocidas e ignoradas –mujeres ellas casi todas–, como años después lo harían el buen periodismo de investigación y las propias ciencias sociales.

La escritura de Maude Newell Williams se inclina por la frase precisa, desprovista de adjetivaciones o valoraciones excesivas; la autora rehúye, salvo en algunos pocos apartes, el “paisajismo lírico”, recurriendo más bien a las descripciones llanas y, como decíamos, de pretensión objetiva. En un lector de hoy el texto deja la impresión de que la autora solamente trató de registrar aquello que más le impactó como ciudadana norteamericana y como

protestante. La idea de acompañarlo con una serie de fotografías –posiblemente tomadas por la autora, quien nunca aparece en ellas– sería coherente con dicha intencionalidad testimonial; la señora Williams recurre también así a una técnica que desde principios del siglo fue frecuente entre los etnógrafos. La obra deja además traslucir que para ella la escritura constituía una práctica incorporada a su vida cotidiana, por lo que resulta plausible pensar que la propia redacción del libro se habría apoyado en notas y apuntes tomados previamente; sus descripciones cuidadosas y, a veces, minuciosas, son una evidencia de ello.

Otra inquietud, también de difícil solución, aunque de sugerente especulación, es la que se relaciona con el público que para su libro pudo haber imaginado la autora. El haber sido publicado en inglés por una editorial cristiana nos sugiere que se pensaba ante todo en lectores protestantes, ya que Fleming H. Revell fue fundada en 1870 con el fin de publicar “libros prácticos” que ayudaran a fortalecer la fe cristiana y que, como en este caso, brindaran, según lo afirma explícitamente la autora en el prólogo, “(...) un poco de ayuda para aprender a hacer lo que nosotros –anglosajones de América del Norte– hasta el momento no hemos hecho: entender a nuestros vecinos de América Latina. Para realizar eso necesitamos verlos exactamente como son, y no como pensamos que deberían ser;

tenemos que formarnos una concepción más concreta de su entorno que la que muchos poseemos hasta ahora.”

Queda desde luego la pregunta sobre la distancia entre los propósitos del editor y el público lector real, sobre la que nada podemos decir, ya que desconocemos los datos mínimos del problema para intentar siquiera absolverla: número de ejemplares publicados, lugares de distribución, reseñas del libro, reacciones críticas, etc. Tampoco tenemos noticias sobre su circulación en Colombia, donde nunca lo hemos visto citado o reseñado: la primera referencia que tuvimos de él nos llegó de un “colombianista”, el historiador inglés Malcolm Deas, profesor de la Universidad de Oxford.

Sobre la vida de Maude Newell Williams lo ignoramos casi todo, y el propio volumen carece de una nota de presentación de la autora, hoy de uso bastante frecuente; no obstante, algunos apartes del mismo nos revelan hechos importantes: sabemos por su dedicatoria, así como por pasajes posteriores del libro, que era la esposa de un misionero protestante. Sin embargo, en una de las más amplias listas existentes de los principales ministros protestantes en el país no aparece registrado ningún misionero de apellido Williams, por lo que no podemos saber de qué parte de los Estados Unidos provenía la familia, qué tipo de

formación tenían, etc.². El libro compilado en 1952 por la señora Williams sobre sus antepasados, nos induce a pensar que éstos eran originarios de Ohio y Wisconsin³. Por otro lado, el escocés Alexander M. Allan, uno de los pocos misioneros que dejó un testimonio escrito sobre su experiencia en el país, nos da noticias de los Williams en su libro *Recuerdos. Protestantismo en Colombia, 1910–1945* que coinciden con lo registrado por la propia señora Williams en su obra: ellos vivieron en la ciudad de Bogotá y en el departamento de Santander. Cuando Allan narra su llegada a Bogotá, en 1911, los menciona afectuosamente: “Al fin, tocamos el mismo golpeador que todavía se usa en el Colegio Americano de Varones, y fuimos recibidos muy cariñosamente por los esposos Williams, e invitados a participar de un delicioso banquete de bienvenida, servido en el cuarto donde hoy funciona la clase de mecanografía, que entonces fue una salita artística y elegante, cuyas cortinas convidaban a la expansión y a la confianza”; y unos cuantos reglones más adelante agrega: “(...)

² Cf. Eugenio Restrepo Uribe y Juan Álvarez S. J., “Diez años de protestantismo en Colombia (1930–1943). Estadísticas y causas de su avance arrollador”, en *Revista Javeriana*, vol. 20, n^o 100, pp. 228–244, 1943.

³ Maude Newell Williams (compiladora), *Today's Yesterday: A Tale of the Pioneer Life of an Ohio–Wisconsin Family, 1775–1930*, Exposition Press, New York, 1952.

En diciembre de 1911, muy a nuestro pesar, partieron los esposos Williams y su hijo Newell, para reabrir la obra en Bucaramanga, cerrada desde algunos años. Compraron mulas en Anolaima: éstas se enjalmaron en el patio del Colegio en medio de la lamentación general, porque los esposos Williams se habían hecho querer mucho en Bogotá, tanto en la iglesia como en el Colegio”⁴.

Allan y su esposa eran presbiterianos y llegaron a Barranquilla –él en noviembre de 1910 y ella en abril de 1911– a través de la Sociedad Misionera Presbiteriana de los Estados Unidos; fundada en Filadelfia en 1837, la Sociedad inició sus actividades en la zona andina latinoamericana durante la segunda mitad del siglo XIX⁵, lo que nos permite colegir, con casi total seguridad, que los Williams eran también presbiterianos y que su designación como misioneros en Colombia se hizo mediante esta misma Sociedad.

Según el censo de 1918, en el país había alrededor de unos cinco mil protestantes,

⁴ Alexander M. Allan, *Recuerdos. El protestantismo en Colombia, 1910–1945*, Tipografía Unión, Medellín, sin fecha de publicación, pp. 14 y 15.

⁵ Jean-Pierre Bastian, *Protestantismo y modernidad latinoamericana. Historia de unas minorías religiosas activas en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994 (1ª edición en francés, 1994; trad. J. E. Calderón).

mientras que en Latinoamérica en 1916 la cifra llegaba a los casi cien mil, establecidos sobre todo en México, Brasil, Chile, Argentina y Guatemala. En Colombia, el mayor número de protestantes se concentraba en San Andrés y Providencia, donde la Iglesia Bautista se había radicado desde tiempo atrás, aunque en el resto del país los protestantes fueron una minoría exigua. En 1929 existían 12 misiones protestantes, 25 centros con iglesias y colegios organizados, 59 misioneros extranjeros y 46 nacionales, 1167 miembros de las iglesias, 2201 niños en los colegios de primaria y secundaria, servidos por 29 misioneros y 64 profesores nacionales. Henry Pratt, fundador de la Iglesia Presbiteriana en Colombia en 1856, y uno de sus misioneros más importantes, realizó una de las primeras traducciones de la Biblia al castellano, publicada en la versión conocida como *Moderna*, y le impregnó cierto dinamismo al protestantismo en la parte continental de Colombia, que hasta ese momento no lo tenía. Los Presbiterianos organizaron su primera congregación en Bogotá en 1861 y en 1885 se abrieron dos colegios para niños, uno en Bogotá y otro en Barranquilla, en 1892 en Medellín y en 1912 en Bucaramanga⁶. La de Maude Newell Williams fue entonces una de las pocas familias

⁶ Kenneth G. Grubb, *South America. The Land of the Future*, World Dominion Press, London, 1931.

misioneras protestantes que había en Colombia en esa época.

La mayoría de los misioneros protestantes se había formado en las grandes escuelas de teología y normales de Estados Unidos y pertenecía generalmente a la clase media, con frecuencia de medios rurales, según señala Jean-Pierre Bastian. Su principal misión era “la difusión de la Biblia, elevar la condición moral y material de los pueblos y la educación de las masas, proporcionándoles toda clase de conocimientos útiles y provechosos, tanto humanos como divinos”⁷. Por eso la escuela nunca estuvo dissociada del templo y se construía, habitualmente, al costado de éste, en caso de ser un local aparte. En algunas ocasiones, el templo se utilizaba para el culto y para la enseñanza, a través de una de las actividades más importantes, las Escuelas Dominicales.

Todas las esposas de los misioneros protestantes recibían el nombramiento de misioneras y debían ejercer muchas de las responsabilidades anexas al oficio, es decir, la inculcación en las Escuelas Dominicales de los fundamentos de la fe cristiana a los niños y los conversos, y la enseñanza en los colegios de las misiones, cuando tenían formación para ello. Pero posiblemente eran más importantes aún sus labores dentro de la familia, ámbito que debía ser

⁷ Bastian, op. cit., p. 107.

un modelo para el resto de la feligresía protestante. También se dedicaban las mujeres protestantes casadas a brindar cierto respaldo moral al ministerio que sus esposos ejercían dentro de la iglesia, máxime cuando el ejercicio de la “palabra” los había llevado a regiones extranjeras. Las misioneras casadas ejercían una labor preponderante en la vida eclesiástica de las nacientes congregaciones protestantes, a diferencia de las solteras que se dedicaban sobre todo a los servicios profesionales de las misiones, como enfermeras y educadoras, o como directoras en los colegios femeninos. La señora Williams, como lo podemos constatar en sus relatos, al parecer también cumplió a cabalidad con sus responsabilidades como misionera cristiana, apoyando las labores de las misiones y enseñando en las Escuelas Dominicales; y como esposa, dando soporte a su marido misionero y cuidando de su familia, que creció en Colombia.

Aunque no sabemos por cuánto tiempo vivieron en el país, ni tampoco las fechas exactas de su permanencia en él, sí podemos deducir de forma aproximada cuáles fueron esos años puesto que la mayor parte del libro está escrito en tiempo pasado, y éste se publicó en 1918; debieron entonces residir en Colombia años antes de esa fecha. Asimismo sabemos que en 1911 ya se habían establecido en Bogotá y eran apreciados en el entorno de los protestantes de la ciudad. Para esa época, como lo señalamos atrás,

el número de protestantes era exiguo y el círculo social en que se movieron la señora Williams y su esposo no debió ser muy amplio, teniendo en cuenta además que los colombianos eran mayoritariamente católicos y no solían tener buenas relaciones con personas que no pertenecían a su credo. Al parecer, gran parte de los seguidores de las iglesias protestantes en Colombia eran artesanos y pequeños comerciantes, según se afirma en algunos de los pocos estudios existentes sobre el protestantismo⁸; sus colegios, no obstante, atrajeron en ocasiones a alumnos de sectores sociales altos y medios interesados en una educación modernizante, por lo menos en Bogotá, como lo confirman abundantes referencias sobre la educación de miembros del mundo intelectual del primer tercio del siglo XX.

Pero la vida de la familia Williams en Bogotá fue quizás un poco más “cosmopolita” que la que habrían de llevar en Bucaramanga, como se

⁸ Ver, por ejemplo, Javier Augusto Rodríguez, “Primeros intentos de establecimiento del protestantismo en Colombia”, en *Historia del Cristianismo en Colombia. Corrientes y diversidad*, Taurus, Bogotá, 2004, pp. 287-320; Cornelio Butler Flora, *Pentecostalismo in Colombia, Baptism by Fire and Spirit*, Associated University Presses, Cranbury, 1976; David Wayne Hamblin, “A Social History of Protestantism in Colombia: 1930-2000”, Tesis doctoral, University of Massachusetts, Amherst, 2003.

puede observar al tenor de algunas páginas del libro; en Bogotá los protestantes ya constituían una comunidad, puesto que en esa época había 13 ministros protestantes, 186 prosélitos y 440 alumnos entre hombres y mujeres⁹. Aunque sin ninguna duda nuestra capital a principios del siglo XX habría de resultarle al misionero Allan provinciana¹⁰ a la luz de sus pasadas experiencias, primero como marinero y luego como misionero, él igualmente nos describe en su libro una vida citadina animada, que

⁹ Eugenio Restrepo Uribe, *El protestantismo en Colombia*, Joseph J. Ramírez, Bogotá, 1943.

¹⁰ Transcribimos un párrafo pertinente: “En 1911 se veían pocas mujeres transitar por las calles empedradas de Bogotá, y éstas usaban mantillas; los almacenes carecían de vidrieras, y poderosos candados aseguraban sus puertas. La ciudad casi terminaba por el norte, en la Fábrica de Bavaria, y en el sur un poco más allá de la Plaza de las Cruces. Las vacas comían suculenta grama a no muchas cuadras del Colegio Americano de varones, y Chapinero fue un pueblito separado por enormes y verdes potreros. A pie iban todos al templo o al colegio. Los periódicos estaban llenos de poesía y artículos políticos, pero el internacionalismo casi no existía. Los colombianos que habían estudiado en el exterior, eran contados. Carreteras no existían, y los ferrocarriles no fueron más que juguetes. Millares de pacientes y llastadas mulas cargaban el peso del comercio del país. Las escuelas fueron rudimentarias e insuficientes.” (Allan, op. cit., p. 11).

propiciaba la discusión religiosa y política y en la que pudo codearse con políticos importantes y crear en 1912 un medio de propagación de su fe, el periódico mensual *El Evangelista Cristiano*.

En cambio, la estancia de los Williams en Bucaramanga –una pequeña ciudad de provincia– debió representarles la vida encerrada de una aldea: habían sido encargados de reabrir una misión cerrada desde hacía algunos años, contando apenas con la participación en un grupo pequeño, al que difícilmente se le puede llamar una comunidad: un único ministro, que debió ser el propio esposo de la señora Williams, 7 prosélitos y la escuela que apenas iniciaba, con 15 niños, los domingos.

Posiblemente este ambiente estrecho y de cierto aislamiento debió incluir alguna dosis de soledad en el diario vivir de la esposa del misionero, lo que de manera sólo en apariencia paradójica la debió acercar al mundo de su servidumbre, a lo que se sumó sin duda el impacto causado por la precariedad del desarrollo social de Colombia aun a principios del siglo XX, cuando el país salía de una de sus guerras civiles más largas y devastadoras, la Guerra de Los Mil Días. Algunas de estas circunstancias podrían estar detrás de los motivos que llevaron a la misionera Williams a escribir éste, al parecer su primer libro, sin que nada concluyente se pueda decir al respecto.

Maude Newell Williams

Este texto, tan singular y difícil de comparar, nos deja el testimonio de la existencia de una misionera protestante en Colombia, una *rara avis* en su época, pero a través de una forma indirecta y sorprendente: un libro cuyo objetivo principal no consiste en relatar su propia aventura, sino en describir, uno por uno, a algunos de los sirvientes que le colaboraron durante su estadía y las relaciones que su familia estableció con ellos, posiblemente su verdadero prójimo, su entorno más inmediato, el mayor sostén en su gesta como misionera en nuestro país.

Beatriz Castro C.
Universidad del Valle
Cali, enero de 2008

Los más pequeños de éstos –en Colombia

**Los más pequeños de éstos
–en Colombia**

“Entonces, nosotros que somos fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y no regocijarnos en nosotros mismos” [Romanos 15:1]

Los más pequeños de éstos –en Colombia

A mi esposo, el misionero

Prólogo

Este pequeño libro no es abstracto y filosófico; es concreto y específico.

Si usted desea ilustrarse sobre el trabajo realizado por los misioneros en Colombia, éste no lo ayudará puesto que no describe ni hace un recuento de esa labor; si quiere saber acerca de los recursos, industrias y posibilidades en Colombia, busque en otra parte porque apenas son ellos mencionados aquí.

Este librito es único. Podría haberse referido a los españoles educados y refinados de América Latina, pero no lo hace; podría haber descrito a la ascendente e interesante clase artesanal, pero no lo hace; podría haber tratado sobre la clase campesina –hay tanto que puede decirse de ellos–, pero no lo hace. Sólo de los sirvientes, y no de todos los sirvientes, ni siquiera de los sirvientes de nuestros vecinos, de quienes mucho hemos sabido; es sobre nuestros sirvientes, aunque no sobre todos aquellos que nos han servido; entonces, sobre unos pocos de nuestros sirvientes está escrito el libro.

¿Y el propósito? Encontrar quizás un poco de ayuda para aprender a hacer lo que nosotros

–anglosajones de América del Norte– hasta el momento no hemos hecho: entender a nuestros vecinos de América Latina. Para realizar eso necesitamos verlos exactamente como son, y no como pensamos que deberían ser; tenemos que formarnos una concepción más concreta de su entorno que la que muchos poseemos hasta ahora.

El objeto es meritorio, esta pequeña colección de narraciones, insignificante. Empero, estas son historias verdaderas de personas reales y tendrían que poseer el valor de revelarnos a la gente. Si ayuda a alguien a verlos como son –a estos sirvientes de Colombia, típicos de una clase mayor–, con las dificultades, las limitaciones, las imposibilidades de sus vidas presentes, me sentiré recompensada en mi aventura.

M. N. W
Baraboo, Wisconsin

I

Dominga

Bogotá se asienta plácidamente cerca de dos millas sobre el nivel del mar. Se abraza contra las montañas que elevan sus crestas a dos mil pies por encima de la ciudad, dominando el vasto margen de la planicie que a lo lejos se estrecha en su base.

Aunque próxima al ecuador, ésta es, en virtud de su altitud, una *tierra fría*¹¹. El aire produce la peculiar sensación de tener la cabeza liviana; usted allí se encuentra casi seguro de que, si pudiese elevar sus brazos y agitarlos un poco, podría surcar hacia las nubes tan íntimamente próximas. Frías y pegajosas son las casas en las que el sol nunca penetra; delgado y caliente es el aire de las calles soleadas. Por lo tanto nos quitamos nuestros pañolones y sobretodos cuando salimos y nos los ponemos en las casas sin caldearse.

Hay estaciones en las que llueve todos los días. Una terrible tormenta tropical irrumpió sobre nosotros una tarde con toda su

¹¹ En adelante las cursivas indican expresiones en castellano usadas por la autora en el original. Todas las notas son de la traducción.

furia. Largas láminas de agua, llevadas por el viento, cayeron contra el mundo. Su golpeteo sobre el abierto patio de ladrillo era ensordecedor; su opacidad escondía los rostros de mis alumnos en una de las aulas de clase del *Colegio Americano* de varones.

Dominga, la mujercita del carbón que acudía a nosotros uno o dos días a la semana, se apresuró sin ceremonias ante mi presencia.

“¡Mi *Señora*, mi *Señora*!, gritó; “¡esos niños, se están ahogando, ahogando!”

“Dominga, ¿qué pasa? ¿Qué quiere decir?”

“¡Mis hijos, por Dios, mis hijos!”, sollozaba convulsivamente. “Hay tanto frío y oscuridad en la barraca y ambos tienen mucho catarro. Esta mañana el sol parecía tan brillante, tan caliente, yo dejé abierta la parte de arriba de esa puerta. Ventana no hay; cuando cierro ambas abas de esa puerta, en ese cuarto hay una oscuridad como de media noche. Dejé a esos niños enfrente de la puerta abierta por la mitad de arriba y ahora está lloviendo; ¡pero cómo llueve! Ellos ahora están todavía mojados y la barraca está llena de agua. ¡Con seguridad se han inundado! ¡Oh, María Santísima! ¡Oh, María Santísima!”

“Pero, no entiendo, Dominga. ¿Qué tiene que ver usted con los niños? Ellos no pueden ser suyos; si usted misma es sólo una niña.”

“Claro, mi *Señora*, esos niños son míos.”

“¡No había soñado que tuviera hijos! ¿Cuántos años tienen?”

“¿Quién sabe? Pero están muy chiquitos; uno comienza apenas a caminar, el otro es pequeño, pequeñito.”

“¿Y los deja solos en la barraca todo el día? ¿Quién los cuida mientras usted está fuera?”

“Claro que nadie, mi *Señora*. ¿Quién se queda allí? Pues claro que no hay nadie.”

“¿No tienen hambre, frío?”

“Por supuesto que sí, ¿qué quiere decir con eso?”

Con mi candor, puesto que no llevaba mucho tiempo en Bogotá, pregunté: “¿dónde está el padre, Dominga?”

“¿Quién sabe? No lo he visto desde que nació el más pequeño. Ya no viene más.”

La mujer fue enviada a casa a través de las crecientes que fluían y se la conminó para que trajera a los niños cuando regresara. La mañana siguiente apareció, cargando a los dos. Juanito, el mayor, con su lívido rostro picado y sus inmensos y simpáticos ojos, vestía un sucio ropaje que terminaba no más allá de las rodillas. Carlitos, hambriento, un lánguido pedacito de humanidad, estaba parcialmente arropado en el mugriento harapo de un pañolón. ¡Y nosotros nos hallábamos tiritando entre nuestras lanas!

Los niños gateaban por el patio de la cocina mientras la pequeña madre, con la alegría refulgiendo en su rostro, se consagró aprisa a su trabajo.

Una mañana, algunos meses más tarde, Pabla, la muchacha encargada del comedor, anunció: “mi *Señora*, en ese patio de abajo, está Dominga. Muy enferma está ella, y ¿quién sabe qué es lo que tiene?”

“Iré a ver, Pabla”.

¡Soy incapaz de diagnosticar enfermedad alguna! Sin embargo, este caso no requería de un experto que dijera cuál era el problema. Allí en el suelo se acurrucaba Dominga; a su lado se desparramaban sus dos hijos a quienes, de algún modo, había logrado cargar sobre su espalda a lo largo de más de una milla hasta alcanzar el *Colegio*. No había ninguna necesidad de poner mi mano sobre su frente; bastó una mirada a sus ojos hundidos y a sus mejillas ardientes. ¿Cuál de mis lectores puede reconocer la estampa del hambre en un rostro humano? Uno lo aprende pronto en Bogotá.

“Dominga, ¿cuándo comió por última vez?”, le pregunté.

“Fue el miércoles, *Señora* Mauda, aquí en la casa de usted. Ahora no hay trabajo, todas esas familias se van al campo este mes. En ninguna parte he trabajado, sólo aquí con usted, ahora sólo un día de la semana. Esta semana yo pago mi alquiler con esos quince centavos que me pagó; desde el miércoles no como.”

Era un domingo; y Carlitos se nutría de ella.

Procuramos asegurarle por algunos meses un lugar en el campo, donde los niños pudieran por

lo menos tener aire fresco y libertad para jugar, si no el alimento apropiado.

Dominga es una de las sesenta de cada cien mujeres en Colombia para quien no existe el matrimonio. Ningún hombre de esta clase asume la más mínima responsabilidad en la crianza de un hijo; eso queda para la madre únicamente. No existe vida de hogar. ¿Qué significa ello para la pequeña madre que se extingue de hambre, que trabaja hasta morir, para los niños que ella ama, como usted y yo amamos a los nuestros? ¿Qué comporta para el niño el no saber qué es el cuidado o la disciplina de un padre? ¿Qué constituye para el padre el no tener nunca a su alrededor la influencia coercitiva de un niño y de su madre, el no ser nunca exhortado a pensar sin egoísmo en pos del bienestar de un ser dependiente?

Ningún matrimonio en este sesenta por ciento; ¿por qué? La provincia de esta pequeña narrativa no está hecha para explicar los porqués y los motivos de las cosas. Para quien pida razones sobre las condiciones que existen en América Latina no dejan de faltar juiciosos tratados, de fácil consulta, que dedican al asunto una discusión que merece la pena. Aquí tratamos con los resultados, no con las causas.

II

Rosario

Con apenas tres meses de español a nuestro favor, nos hicimos cargo del *Colegio* de varones. Junto con el *Colegio* nos llegaron Rosario, como cocinera, y su hija de seis años. Rosario era baja y bastante corpulenta, de color menos cobrizo que algunos mestizos, y cuyos diminutos ojos medio cerrados delataban especialmente su sangre indígena.

El español que yo conocía en esos primeros meses era extraído de las gramáticas, mas el que Rosario hablaba no se podía encontrar en diccionario o gramática alguna bajo el sol; por consiguiente, algunas de nuestras conversaciones eran en extremo ridículas. Cada noche, una de mis tareas consistía en entregarle una lista de aquellos productos, indicando la cantidad de cada uno, que creía se iban a necesitar para las comidas del día siguiente. Puesto que yo nada sabía de la cocina española, todavía menos de las preferencias de nuestros jóvenes internos o de los precios de los artículos en la plaza, este deber me causaba gran preocupación. ¿Por qué no dejar a la mujer preparar su propia lista? Muy pocas cocineras colombianas, y sólo aquellas con un largo entrenamiento, son capaces de elaborar sus

listas de mercado. Categóricamente, Rosario no lo era.

Ella no podía leer o escribir una palabra, aunque en algunos aspectos su habilidad excedía la de ustedes o la mía. Todas las noches, habiendo resuelto la lista del mercado con la asistencia del diccionario y de uno de los jóvenes internos, leía para ella el nombre de las numerosas verduras y comestibles sobre los que me había decidido para el mercado de la mañana. Al día siguiente revisaba la lista y corroboraba sus compras. Ni siquiera una, de diez veces, ella omitió un solo artículo; ni una sola vez, de veinte, se olvidó de agregar, al hacer el informe de su costo, un centavo o dos a cada compra. Su cerebro era ágil, además, para la adición de las sumas de dinero entregado. Por lo tanto, los diez o doce centavos que ganaba diariamente, simulando un costo más alto del que había pagado, le proveían de un pequeño importe neto para su *chicha* (cerveza) diaria.

Ella tenía otra fuente de ingresos. Como salía para el mercado antes del amanecer, se le confió una llave de la (única) puerta del frente del *Colegio*. Dos veces al día –una hora antes del desayuno de las once de la mañana y nuevamente antes de la comida de las seis de la tarde–, yo contaba las papas de tamaño mediano destinadas a cada miembro del hogar, así como un número equivalente de papas pequeñas para la sopa. Rosario tenía la costumbre de preparar,

sutilmente, la más grande de las papas pequeñas para la mesa, robándole por lo tanto a la sopa su debida proporción de fécula, mientras escondía la más grande de las papas grandes. De vez en cuando, al abrigo de la oscuridad, se llevaba bajo el pañolón una pequeña canasta plena de papas de buen tamaño, quizás uno o dos trozos de chocolate o unos cuantos panes de los que había logrado echar mano. Estos alimentos los vendía en la *tienda* de la esquina.

Dos dólares al mes era todo lo que le pagaba a la mujer; empero las *señoras* colombianas se quejan de que las patronas extranjeras estropean por completo el servicio al remunerar en demasía a sus sirvientes. ¿Quién no guiñaría el ojo frente a los hurtos cuando los salarios marcan así los rostros de los pobres?

Una estufa en Colombia es simplemente una mesa de ladrillo sólidamente amarrada al suelo, a un lado de una pequeña cocina oscura. Esta mesa tiene tres pies de alto y tres de ancho. En su parte superior se encuentran a intervalos unas aberturas que descienden hasta medio camino del piso donde se abren hacia el frente. Estos son los respiraderos. A través de la parte superior de los boquetes se disponen ladrillos de canto para formar parrillas. Sobre éstas se ponen pedazos de carbón o manojos de leña que se soplan hasta que ardan gracias al empleo de venteadores. Las ollas se colocan en equilibrio sobre el carbón, y el equipamiento de la cocina está completo. Es

corriente que una pieza de carbón se queme más rápidamente que las otras y que se consuma, desmoronándose; las ollas por lo tanto se derrumban y sus contenidos se esparcen sobre el fuego, mientras una nube de chispas y cenizas descende sobre el alimento que se cocina; así se arruina la porción que queda en el recipiente. No existe un horno, tampoco una chimenea. Próxima a la parte inferior del techo que se halla encima del “fogón”, como es llamada esta mesa, hay una perforación en la pared, de dos pies de ancho, que se extiende a todo lo largo del muro. A través de la misma se escapa una porción del humo, quedando su mayor parte en la habitación para ennegrecer las paredes y sofocar a la cocinera. La cocina no tiene ventanas y hay tan sólo una pequeña puerta opuesta al fogón; aberturas adicionales interceptarían la corriente de aire frío.

En este cuarto oscuro la pequeña Noma, la hija de Rosario, se acurrucaba la mayor parte del tiempo. A ella no se le proporcionaban raciones de alimento, como al resto del hogar, asegurándose Rosario con insistencia que no era necesario. Noma vivía de las sobras, y era vestida con las sobras mendigadas a “mi Señora”. A juzgar por las apariencias, ni ella ni su ropa se lavaban nunca. La propia Rosario demostraba tener una familiaridad tan íntima con la suciedad y la grasa que mi repetida pelea con ella era sobre el asunto de la limpieza.

Su amor a la bebida demostró ser el problema de la mujer. Empinaba el codo todo el tiempo, bebía abundantemente en muchas ocasiones y estaba ebria con frecuencia. En mi periódica excavación de la cocina a menudo desenterraba, junto con las ollas perfectamente buenas relegadas al olvido porque “están tan sucias que ya no sirven más”, botellas de nociva apariencia que amenazarían la paz de cualquier hogar.

Rosario tenía dos horas libres cada sabbat por la tarde, lo que traía la invariable secuela de que, si teníamos alguna cena (y los niños internos tienen que alimentarse siempre), yo tenía que ayudar a la pobre y vacilante criatura borracha a prepararla. Desesperada, le quité sus dos horas libres; si ella no podía venir a casa en mejores condiciones, permanecería encerrada en la habitación de las sirvientas, un hueco oscuro y vacío, durante toda la larga y soleada tarde. Un domingo se quedó. Para la cena me sorprendió sirviendo sólo para mí una pequeña exquisitez especial. Mientras los carbones de fuego amontonados de esta suerte en mi cabeza ardían agradablemente, ella compareció gimoteando para que se le permitiera “una horita en la calle para caminar sólo un poquito”.

Ella tuvo su horita, por supuesto. Dos horas, tres horas pasaron y nada se sabía de Rosario. Escuché a Noma llorando, solitaria y asustada en el cuarto de las sirvientas, así que la conduje arriba. Estaba anticipando lo peor de Rosario

cuando ello irrumpió entre nosotros, con tales golpes en la puerta de la calle que únicamente los tablones de roble podían haber resistido su violencia. El Misionero descendió de prisa a abrir la puerta, Noma y yo corrimos hacia el corredor y nos colgamos de la balaustrada.

“Regrese a la biblioteca y cierre la puerta”, ordenó perentoriamente el Misionero. “Lleve a Noma con usted y manténgala allí.”

Sobresaltada obedecí. Luego provino el inconfundible sonido de algo que pesadamente se arrastra. Dilatándose a lo largo del corredor de abajo resonó hasta que se apagó en el cuarto de las sirvientas. Después de media hora de inquietud el Misionero se reunió con nosotras en la biblioteca.

“Un asunto repugnante”, prorrumpió él. “La mujer está borracha, tan tiesa como un tronco. Un policía la encontró en la cuneta a seis cuadras de aquí y, reconociéndola, la remolcó de los pies durante todo el camino a casa. La piel del lado de la cara sobre la que la arrastró, y que dio sobre las piedras, está completamente deshecha. ¡Imagínese! ese voluminoso cuerpo jalado de los pies! Es un milagro que eso no la haya matado. Si se recobra, será para siempre horrenda a la vista. No deje que Noma vaya abajo esta noche; déjela dormir aquí en la biblioteca.”

En privado, mientras atendía a la desdichada criatura, resolví que Rosario debía buscarse una

nueva colocación tan pronto como fuera capaz de dejar la casa; pero una semana sin cocinera alguna, o con una distinta de la calle para cada comida, debilitaron mi resolución. Decidí reanudar mi paciencia con Rosario. Quizás todavía podía ayudar a que se reformara. También era consciente de que la Dama Misionera del *Colegio* de niñas, al otro lado de la ciudad, estaba en lo cierto cuando apuntó: “después de todo, Rosario es virtuosa y usted podría estar mucho peor si la deja ir.” ¡Virtuosa, Rosario! ¡En lo referente a una verdad, cuánto se acrecienta nuestra caridad cuando cambiamos de continentes!

La pobre mujer estuvo en adelante agradecida con nosotros por nuestra indulgencia. Nunca nos dio las gracias de palabra, pero su devoción era de maravillarse.

Un día vino a preguntarme cómo deseaba que preparase las papas para la comida, hechas en bolas y fritas en pura grasa, o servidas en lascas Saratoga, como de costumbre. Sintiendo que no podía ingerir más manteca de cerdo así muriera de hambre, contesté que no importaba; a los chicos les gustaban de cualquier manera y yo no comería ninguna.

Durante la comida, con mucha ceremonia y con aire de gran misterio, Pabla trajo y colocó frente a mí un plato que contenía una mezcla marrón, de apariencia pegajosa, que no podía

cortar con mi cuchillo. Con una amplia sonrisa insistió en que probara el mejunje.

“¿Pero qué es eso, Pabla?”

“Una cosa muy buena. Una cosa para mi *Señora* si ella no tiene tan buen apetito. Pero pruébela.”

El Misionero y los niños internos observaban para ver qué haría. Se hubiera necesitado a una persona más valiente que yo para haber degustado tan nauseabundo plato sin saber lo que era.

“Pabla, a menos que me diga qué es esto, no lo probaré.”

“Es que Rosario tiene mucha pena con la *Señora* porque ella no puede comer su arroz y esas papas. Fue la propia Rosario que salió a la calle con el propósito de comprar la sangre de cabra que ahora está frita para mi *Señora*. Eso fortalece mucho, es muy deliciosa, ah, ¡pero cuánto lo es!”

Los muchachos reían y el Misionero parecía divertido, pero las sirvientas estaban desilusionadas, por no decir disgustadas, porque envié el delicado bocado, sin saborearlo, de regreso a la cocina.

Había privado a Rosario del privilegio de salir los domingos en la tarde, y pasaron bastantes semanas después de su escapada antes de que pidiera algunas horas libres. Entonces servilmente imploró permiso para ir después del

desayuno a hacer algunas compras imprescindibles para ella y Noma.

“El *Doctor*” (el Misionero) “me dijo que va a poner a Noma en esas clases que él enseña a leer. Entonces yo le compro sus alpargatas para que se vea respetable, si mi *Señora* me hace el favor tan grande de dejarme salir por una horita.”

“¿Y después de la horita, Rosario?”

“Después yo regreso, con seguridad. Yo preparo esa cena, como siempre. Mi hermana es que me acompaña y ella no toma” (bebe). “Ella es que me ayuda a apurarme.”

Ocultando mi sonrisa ante la visión mental de la vieja Rosario contoneándose de prisa, le di el dinero que pidió y le dije que podía irse por una hora. Dos horas después bajé a quitar el cerrojo y a disponer la comida para los chicos, proyectando ir directamente a la cocina para comenzar a preparar la cena, puesto que no tenía la esperanza de ver nuevamente a Rosario esa tarde. Cuando entraba en el comedor, allí, en el corredor, estaba plantada la cocinera, con su mutilado rostro distorsionado por una sonrisa.

“Pero, Rosario, ¿no se ha ido todavía?”, pregunté sorprendida.

“Claro, mi *Señora*, yo he ido, yo he regresado. Permítame un favorcito más”, y salió arrastrándose hacia la cocina.

Fui arriba preguntándome qué era lo que la mujer podría querer ahora. Pocos momentos más tarde subió pesadamente las estrechas escaleras y

se lanzó a través del vano de la puerta portando una gran bandeja cargada con ocho variedades escogidas de bananos. Con mucha elegancia y con horribles retorcimientos de sus rasgos, me presentó la fruta como una muestra de gratitud por su hora libre. Mi recompensa era tan desmedida respecto de mis abdicaciones, que me quedé sin habla.

Con una muestra de ansiedad, preguntó, “¿le parece a mi *Señora* que llegué muy tarde?”

“Oh, no, Rosario, usted regresó puntualmente, pero no ha debido tomarse el trabajo de traerme toda esta rica fruta. Sin embargo, estoy agradecida, sinceramente.”

“Por nada, mi *Señora*. Esas gracias son por completo mías que la *Señora*, tan buena, quiera aceptar mi regalo indigno y yo le imploro que me perdone si llegué tarde.”

No le dije que estaba tan aliviada de que hubiera vuelto sin más, y de que fuera capaz de tenerse en pie, que le hubiera perdonado una buena tardanza.

Una mañana el Misionero regresó de hacer un recado en la calle y me pidió que enviara por Rosario. Vino ante nuestra presencia mostrándose sobresaltada, pero sin decir palabra. El Misionero sostenía en su mano la lista del mercado del día mientras dijo:

“Usted compró dieciséis docenas de huevos esta mañana; ¿cuánto pagó por ellos?”

“Doctor, la Señora y yo ya arreglamos todo eso de la plaza.”

“Sí, pero deseo oír cuánto pagó por esos huevos.”

“Eso que le dije a la Señora Mauda; dos centavos cada huevo.”

“Acabo de venir de la plaza y tasé el precio de los huevos. Me ofrecieron todos los que había en el mercado a uno y siete; podría haberlos conseguido a uno y seis, o incluso a uno y cinco: un centavo y medio por huevo. Eso significa que los están vendiendo de dieciocho a veinte centavos por docena, y usted le está cobrando a la Señora veinticuatro centavos por una docena.”

“¿Y qué es que yo sé de esas docenas? Yo no sé nada de docenas; yo pagué dos centavos por cada uno de esos huevos. Es una buena clase de huevo que compro, no esos huevos traídos por muchos días de muy lejos. Yo compro los huevos buenos.”

“Y como máximo usted no pagó más de uno y siete –un centavo y siete décimos por huevo–. Entréguele a la Señora el dinero que se ha reservado.”

Pero esto ella no lo iba a hacer. Salió, refunfuñando que había pagado dos centavos –bueno, eso era lo que ella había pagado, de todos modos–.

“Ella probablemente no pagó más de un centavo y medio por los huevos”, comentó el Misionero. “Me cobran más de lo que pensarían

en pedirle a ella porque saben que soy un extranjero y que no regatearé con ellos, como lo hace ella. Hoy le ha sacado sesenta u ochenta centavos sólo en los huevos. Por supuesto, hay que soportarlo mientras alguno de nosotros sea capaz de ir al mercado con ella y vigilar sus compras.”

Esa misma mañana, en el desayuno, el huevo hervido que se le sirvió al Misionero “salió malo”, y él se levantó de la mesa y fue a su oficina sin haber probado un bocado. Me preguntaba cuáles serían los sentimientos de Rosario cuando Pabla le diera el parte del acontecimiento.

Valentino, como Rosario, fue una herencia de sus predecesores cuando tomamos posesión del *Colegio*. Era un joven lacio de dieciséis años, de miembros caídos, que parecía que nunca en su vida hubiera tenido una comida que lo llenara a satisfacción. Descalzo, vestía con unos pantalones andrajosos, sin correa, que se extendían tres pies más abajo de las rodillas, y a los que se sobreponía una vestimenta de calicó que, antes de que la hubiese heredado, había cumplido toda su función como una blusa de mujer. Ambas prendas habían sido remendadas, y los remiendos remendados (¡Valentino tenía una madre!), hasta que casi todos los colores y las fibras conocidos por el hombre podrían haberse obtenido de esa figura desgarbada.

La intensa simpleza del rostro de Valentino era parcialmente aliviada por la mirada firme de sus quietos ojos, que tenían la expresión de un perro fiel. Fidelidad era el término para Valentino –fiel y fiable–. Aunque a menudo me lo preguntaba, nunca hice una pausa en mi ocupada ronda para contar cuántas veces al día él se tambaleaba subiendo la empinada y torcida escalera de atrás remolcando cubos de agua para refrescar las largas filas de orquídeas, claveles y helechos, haciendo de nuestro corredor de arriba un país de maravillas. Nunca le recordé: “Valentino, aquí hay una planta que necesita agua”; ¡oh, ustedes, que han vivido en Sur América, tomen nota de tal devoción al deber! Cuando habían recados pendientes –una nota que debía llevarse a un padre (el *Colegio* no tenía teléfono), un carrete de hilo o una canasta extra de carbón que se debían comprar–, “Valentino, Valentino, ¿dónde está Valentino?”, era el grito que se alzaba.

Tan honesto y meticuloso era que lo creímos digno de una posibilidad en la vida, así que el Misionero decretó que las demandas sobre el tiempo del muchacho debían ser menores, y que debía ingresar al primer grado de la escuela para aprender a leer y a escribir. Era éste un enorme e inusual privilegio adjudicado a uno de su clase, y él lo agradeció. Le conseguimos un atuendo, que si no fue un gran avance en cuanto a forma,

siquiera guardaba mayor armonía en color y textura que el traje original.

Cuando Valentino nos dejó, algunos años más tarde, fue para convertirse en aprendiz de un oficio con el cual un hombre en Colombia puede, por lo menos, mantenerse vivo.

III

Pabla

Pabla, de ojos y cabellos del negro más profundo de la medianoche, de atezada piel, era, de todas las sirvientas que tuve, la que parecía más indígena. De ancho pecho, de cuello grueso, con una pequeña cabeza redonda que portaba uno de los rostros más agradables, la mujer me fatigaba con su eterno buen corazón. Sus ánimos eran como una fuente, burbujeando siempre y derramándose sobre cualquiera y en todo momento. Nadie tiene el derecho de ir por la vida sin poseer nada y ser tan absolutamente alegre. Por supuesto, bebía y bebía intensamente, pero nunca estaba borracha; entre más empinaba el codo, más ampliamente extendía su inmensa boca en sonrisas mientras que sin parar contaba precipitadamente supuestas bromas. Ella estaba todavía más distante de Rosario en lo que a orden se refiere; el desorden de la casa era como

una espina en mi carne hasta que decidí que había alcanzado la perfección en la gracia de la paciencia. Luego despedí a Pabla.

Un tedioso mes pasó lentamente. La mayor parte del tiempo no había una chica para el comedor, parte del tiempo había tres o cuatro en un día. Una buena cantidad de las servilletas y cubiertos de mesa desaparecía con las distintas solicitantes. Regularmente, cada sabbat en la tarde aparecía Pabla, tan radiante y fresca como una peonía, cintas rojas meciéndose alegremente, mientras extendía a *la Señora* una ofrenda de paz que tenía la forma de una gran bandeja de flores de brillantes tonalidades.

“Debería mejor ensayarla de nuevo”, anotó el Misionero el cuarto domingo. “No puede ser peor de lo que ya es.”

Triunfante fue su reingreso. Ella estaba tan feliz que si el comedor estaba desordenado o el salón empolvado yo me hacía la olvidadiza. A su modo trabajaba duro, con al parecer ningún pensamiento distinto al de dedicarse a nosotros; su devoción y buena voluntad ocultaban sus múltiples pecados de ineficiencia.

La rutina de nuestros días es así: después del café de las seis de la mañana, bajo, quito la llave de la alacena y dispongo el pan y el chocolate para cada uno de los niños internos y para cada sirviente, aseguro de nuevo la alacena y regreso a nuestras habitaciones del segundo piso. Pabla me sigue arriba directamente.

“¿Mi *Señora* piensa ahora en enviar a Valentino por ese pan?”.

“Ahora no, Pabla”. Aún no es el momento para ello; él no puede ir hasta dentro de una hora y está en clase. Usted no debe disturbarlo.”

“¿Entonces a qué hora sería, *Señora* Mauda?”

Una vez informada, ella se retira. Ni siquiera uno de cada tres de la clase de los sirvientes puede decir la hora del reloj.

Me siento a estudiar español y pasan diez minutos mientras me pregunto por qué los niños están alborotando y si esta mañana los maestros están tan retrasados como de costumbre. Todas las clases se inician a las siete, pero en un país donde amanece a las seis prácticamente todos los días del año, no es fácil para nadie estar a tiempo a una hora tan temprana. ¡Aquí está Pabla!

“¿Es posible que la *Señora* Mauda nos haga el favor de bajar a la cocina? Rosario viene del mercado.”

De inmediato me dirijo a la cocina y verifico cuidadosamente las compras de la cocinera; treinta pequeños puñados de toda clase de cosas conocidas y desconocidas para mí; filas de pequeños bultos envueltos en hojas pulcramente dobladas, fuera de la vista si no del olor; huevos atados de a cuatro por hilera, cada uno en su pequeña celda de hoja de maíz seco; manteca embutida como las salchichas y pagada por hilada; hojas, semillas, cortezas, raíces; ¿qué es lo

que no sirve de comida en las diestras manos de una cocinera colombiana?

La mujer toca con el dedo cada compra y menciona el precio que ha pagado; yo sumo mentalmente y calculo el resultado total de los dos y medio o tres dólares que se le dieron para que gastara. La miro con perspicacia en un esfuerzo por leer cuánto dinero posee en las profundidades de su inmenso bolsillo, pues ambas sabemos que ella deriva un ingreso estable de las compras. Sus pequeños ojos rutilantes tienen una mirada astuta, pero su rostro es tan inocente como una fresca mañana de mayo.

Mientras abro el cubo del carbón y la observo medir el mineral, anoto que ella podría enviar inmediatamente a Pabla arriba por los suministros que requiere de la despensa. Con las llaves en la mano aguardo a la mujer durante diez minutos. ¿Para qué intentar estudiar cuando espero que llegue en cualquier momento?

Aquí comparece ella por fin, portando dos escudillas, una fuente y una canasta. El candado de la puerta de la despensa se niega a ceder a la llave. Lucho, Pabla lucha, y finalmente ella baja a la oficina del Misionero para traerlo a que aplique su cerebro y su músculo en la tarea. La puerta se abre, él renueva su promesa de procurar un nuevo candado y regresa a la clase que lo espera. Me arrodillo para contar las papas, subo a una silla para alcanzar el arroz que mido

por puñados, distribuyo un trozo de sal de roca negra, una copa de granos de café verdes, unas pocas mazorcas de maíz para moler, un puñado de harina para espesar la sopa...

“¿Es eso absolutamente todo lo que se necesita?”, pregunto mientras guardo lo que he separado de las compras de Rosario para traerlo a la habitación de la despensa.

“Claro que es todo, mi *Señora*”.

Regreso a mi escritorio, hallo mi lugar, inicio una traducción. ¡Aquí está Pabla otra vez!

“Es que Rosario olvida ese macarrón que necesita”.

Dejo mi trabajo, voy por mis llaves, lucho con el candado. Después de muchos fastidiosos ensayos, éste se abre y saco el macarrón. Me siento de nuevo a trabajar, esperando continuamente escuchar el pesado paso de Pabla en la escalera, porque ella está segura de haber olvidado algo más. Es el azúcar. Busco el martillo, el cuchillo de carnicero, un poco de papel limpio para desplegar sobre la mesa, e izo el pan de azúcar morena de veinticuatro libras hasta la mesa. Laboriosamente, con el cuchillo y el martillo para propulsarlo, pico unos pocos pedazos que Pabla acuna para cogerlos mientras vuelan por la habitación. Amasamos las migajas y ella se retira en tanto restituyo el pan de azúcar al estante y lo cierro con llave.

Pocos minutos más tarde se trata de más sal, o de un huevo, “un huevo vino malo”. De

dispensar estas provisiones antes de que fuesen requeridas serían desperdiciadas o vendidas en la calle. Para mantener los ingresos del colegio ajustados a los egresos es necesario vigilar, muy cuidadosamente, cada desembolso. Aquí está Pabla encima de mi hombro.

“Y ahora, mi *Señora*, ¿ha llegado la hora para enviar a Valentino por ese pan?”

“Sí, Pabla. Llámelo.”

Él comparece, recibe con seriedad sus instrucciones y el dinero, toma su canasto y parte. A los quince minutos está de regreso, y yo cuento los bollos; ciento cincuenta, doscientos, doscientos diez –no se hornean verdaderas hogazas de pan a no ser que se ordenen especialmente–. Valentino es el único en que puedo confiar que me aporte el cambio, pero no puede hacerlo a menos que le repita, una y otra vez, cuál es la suma precisa que debe traer. Sus monedas –de medio centavo, de un centavo, de dos centavos y medio– se cuentan y se encuentran exactas.

Él toma dos jarras y va por la leche, retorna; la leche me es presentada para su inspección.

“Valentino, parece que hay un poco menos leche que de costumbre. ¿Por qué?”

“Mi *Señora*, es posible que unas pocas gotas de leche se cayeran en la calle”, dice con quieta indiferencia.

“¡Oh, Valentino, usted no debe regar la leche que tanto cuesta! Temo que tendré que enviarlo

por otra pinta ya que aquí no hay suficiente para el café de los niños.”

Va de vuelta; diez minutos más tarde inspecciono gravemente la pinta, y él regresa al aula de clase. Corre una media hora, y aquí está Pabla nuevamente ascendiendo con paso sordo las escaleras.

“Mi *Señora*, Rosario me envía a decirle que la leche se regó cuando se hervía. Un minutico fue que Rosario vino al comedor a decirme una cosa que oyó en la plaza y esa leche se regó al cocinarla. Ella corre, yo corro; pero ahora hace falta leche. Ella me dice que le diga que si usted hará el tan grande favor de enviar a Valentino por más leche, que usted puede descontársela”.

“Yo pagaré por la leche extra, pero desearía que Rosario no la dejara derramar cuando hierve o la volcara cada mañana. Envieme por favor a Valentino.”

Diez minutos después aparece Pabla para preguntar si es la hora de que Rosario ponga las verduras en el fuego; quince minutos más tarde para manifestar, mirando impasiblemente al techo:

“Mi *Señora* olvida venir a sacar esa fruta para el desayuno.”

“Oh, no, Pabla, yo no olvido nada. Todavía no es el momento de hacerlo.”

A las diez y media bajo al comedor, quito la llave de la alacena y cuento las piezas de fruta que han de reposar al lado de cada plato,

examino la mesa, recuerdo a Pabla que traiga las servilletas y se las ordeno, puesto que ella no puede leer los nombres en los anillos, busco las sillas faltantes, ayudo a Rosario a servir la sopa de modo uniforme, doy un vistazo a la jarra del café y a las vasijas de la leche para cerciorarme de que todos los insectos hayan sido rescatados de una muerte hirviente, y toco la campana del desayuno.

Los chicos entran y se detienen detrás de sus sillas mientras se dice la gracia. Como de costumbre, el Misionero ha sido retenido en su oficina por los visitantes y devuelvo su comida a la cocina. Mentalmente, a veces físicamente también, ayudo a Pabla a servir los platos. Se reparte el alimento para los sirvientes y se envía a la cocina, el de los pordioseros es servido y despachado hacia la lastimosa fila acucillada en el *zaguán* (vestíbulo). ¡El desayuno ha terminado!

A las dos se cuenta el chocolate y el pan para el almuerzo de la tarde. Como nunca sabemos por adelantado si son dos o treinta los alumnos de día que van a almorzar con nosotros, con frecuencia nos encontramos cortos de pan y Valentino es enviado otra vez a la panadería. A las cuatro nuevamente comenzamos a intentar conseguirle a Rosario las provisiones que necesita para preparar la comida de las seis. Tan cierto es que tengo visitantes en la tarde como es seguro que Pabla aparece para pedir más carbón; Rosario subestimó su necesidad. A las ocho, un

pan y un dulce son dispuestos para todo el mundo en la casa, y suspiro aliviada en cuanto advierto que a todos aquellos que están bajo mi responsabilidad les ha sido concedido su pan cotidiano un día más.

¿Por qué estas provisiones no son suministradas en una sola tanda diaria? Intenté eso. Le señalé a ambas mujeres, repetidamente, que no recibirían nada más durante el día y que debían dividir todo en dos partes, usando únicamente una mitad para la comida de la mañana.

En la tarde, cuando fui al patio de la cocina a examinar la colada que se “remojaba” tendida sobre el piso, descubrí que un cazo desbordado de papas cocidas había sido tirado a las palomas. ¡Con papas a dos y medio dólares los 35 litros!¹²

Seis veces subió Pabla a pedirme suministros para la cena; me persiguió cuando tuve visitantes y rogó por la comida, que persistí en negarle. La vieja y gorda Rosario ascendió trabajosamente las escaleras y Valentino me fue enviado dos veces. Finalmente todos tres se entrevistaron con el Misionero en su oficina; él les dijo que la administración de la casa era asunto mío y que no intervendría en ella, pero que si yo les había

¹² En realidad, la autora usa la expresión “bushel”: unidad usada en los Estados Unidos para medir productos secos y equivalente a 64 pintas norteamericanas (35.24 litros).

advertido que las provisiones eran para todo el día, debían haber dejado lo suficiente para la cena. Más tarde me sugirió que tal vez debía proporcionales de nuevo las raciones para la misma. Habría podido hacer eso de no haber visto ese montón de papas desperdiciadas; como lo fueron, no lo hice.

No tuvimos casi nada para cenar, ni verduras ni arroz. Al sentarnos a la mesa envié a Valentino a la *tienda* de la esquina y compró unos grasosos panes rancios con los que aplacar nuestra hambre. No es costumbre servir pan por la noche. Los chicos comieron su exiguo alimento calladamente y mis mejillas ardían mientras me preguntaba qué pensarían de mi gestión. El Misionero estaba serio, los sirvientes, todos, a punto de marcharse, y yo, preocupada. Al día siguiente volví a contar las judías y las papas, y estaba contenta de hacerlo.

Los sábados Pabla destroza nuestras habitaciones y, por lo general, hace estragos con nuestros enseres, tomando todo con la fuerza y el brío de un torbellino. Comienza lanzando las alfombras y los cojines sobre la balaustrada que da al patio de abajo; allí los chicos tropiezan y gatean sobre los mismos en su camino hacia el comedor para el café de la mañana. En lugar de barrer en ese momento las habitaciones que han sido despojadas ya de los pequeños tapetes, agarra violentamente un cubo de agua y lo derrama a lo largo del piso en torno del borde de

la gran alfombra del centro. Desciende sobre sus rodillas tras el riachuelo y se esfuerza por detenerlo antes de que corra sobre ésta, tentativa en la que, por supuesto, no tiene éxito. Durante la mitad de la mañana, sin haber barrido en ninguna otra parte, chapotea alrededor de dicho líquido, un desempeño que ella llama restregar. Resultado: una franja de barro alrededor de una gran alfombra.

Se apresura luego con su escoba y da inicio al asalto a las grandes alfombras, arañándolas hasta que resulta prodigioso que no queden convertidas en harapos. Las escobas son ásperos palos, de dos y medio pies de largo; alrededor de una de sus puntas se anudan rígidos juncos en un haz no más grande que el puño de un hombre. Es tan fácil barrer con una escoba así como lo sería con un tallo de maíz, sin ser mucho más eficaz.

Después de que Pabla ha golpeado y cacheteado cada una de las alfombras durante una hora y el polvo es tan espeso que uno difícilmente puede ver a través de la habitación, alegremente declara concluido su trabajo y se va. Los pisos, ya que nunca se seca nada en Bogotá, están todavía demasiado húmedos para poder extender sobre el suelo los pequeños tapetes; yendo tras ellos se agotó la mujer al tratarlos de rescatar de un flujo de agua, luego de que se hubieran empapado bien y de que se hubiesen sacudido en el corredor cerrado enfrente de las

habitaciones en apariencia limpias. Más tarde, regresa para colocar estas alfombras rectamente, cual líneas geométricas, mientras deja que las grandes ondeen como las olas de un océano y formen toda suerte de ángulos a su alrededor. Nada se desempolva, los cojines son empotrados en insospechadas esquinas, así que tengo que ir a su caza para encontrarlos.

Pabla es la personificación misma de la buena voluntad. Cuando el Misionero está enfermo risueñamente trota de arriba abajo, cuarenta veces al día, y parece honrada de hacerlo. No obstante, sin prestar ayuda adicional, tiene ya suficiente trabajo para cualquier mujer. Cuando el Misionero no puede bajar y yo estoy batallando en la oficina con sus problemas, va por la casa agitando su oscura cabeza y murmurando: “Dios Santo, pero es que él hace mucha falta en esta casa”. Cuando comento que probablemente pronto se sentirá mejor y será capaz de regresar a la oficina, se esfuerza por parecer sombría y exclama: “María Bendita, pero eso le haría daño”. Si trato de que él se siente un poco, declara, junto con sus palabras insultantes mejor elegidas: “pero es un crimen pensar en tal cosa”.

Una tarde, cuando Valentino iba con su pequeño canasto a comprar dulces para los chicos, lo seguí para saber dónde y cómo lo hacía. En cuanto dejamos la casa percibí a Pabla sonriéndonos de pie en el corredor de abajo.

Compramos los dulces tres puertas más allá del *Colegio*, de modo que nos ausentamos tan sólo escasos momentos, y cuando regresábamos vislumbré la chaparra silueta de Pabla deslizándose rápidamente a la vuelta de la esquina. Subí y me quedé en el corredor de arriba desde el que se divisa la puerta. Un momento más tarde Pabla entró sin aliento, trotando, alzando su mirada hacia mis habitaciones. Cuando se percató de que la observaba, dejó caer su cabeza abochornada y corrió a través del largo corredor hacia la cocina.

Una hora más tarde vino por las provisiones de la cena y cuando la miré inquisitivamente se puso roja y murmuró algo sobre la necesidad que tenía Rosario de leche extra y de haber sido enviada por ella.

“Pero, Pabla, usted sabe que tiene prohibido salir a la calle, y cuando Rosario quiere leche me la pide.”

Pobre Pabla, ¡con un aliento semejante al tufo de una cantina! Estas mujeres han tenido su *chicha* desde que estaban en la cuna; ¿para qué tratar de prohibirles ahora que beban?

Compré una maceta con un pequeño palo de rosa, que se decía era de una rara variedad, y durante cuatro meses lo atendí y observé cuidadosamente, llevándolo al sol, moviéndolo para librarlo de la lluvia, poniéndolo fuera del alcance del viento, regándolo yo misma temiendo que Valentino lo dejara muy húmedo o

muy seco. Al fin floreció una maravillosa rosa amarilla, tan grande como una naranja, que se asentaba orgullosamente en el centro mismo de la pequeña planta simétrica. Era perfecta en su belleza, era la admiración de todos. Al segundo día de su gloria, Pabla se presentó ante mí sonriendo ampliamente y tendiendo mi única rosa amada: ¡cercenada!

“Un pequeño regalo para mi *Señora*”, dijo con el aire de dar un gran placer. ¿Cómo es posible que incluso ella, tan sosa como es, no se percatara de que no quería que mi única y preciosa rosa fuera cortada?

Teníamos en nuestra escuela a “Murillo Grande” y a “Murillo Chiquito”. El primero era un tosco compañero incondicional de dieciocho años, que había venido a nosotros desde un pueblo distante; el otro, un joven buen mozo y bien formado de veinte años, muy parecido a su padre, un brillante caballero que nunca se había casado y que, por lo tanto, deseaba hacer algo por su talentoso hijo. Naturalmente Murillo Grande, con su sonora carcajada y sus ademanes ásperos, actuaba sobre Murillo Chiquito como un incordio, dado que cada instinto de este último era el de un caballero. Por su parte, Murillo Grande odiaba al otro por el menosprecio con que el más pequeño lo miraba, y esta antipatía se manifestaba mediante comentarios insinuantes, preguntando a Murillo Chiquito cuando había visto a su madre por última vez y si acaso iba a

pasar sus vacaciones con ella. Dado que todo el mundo sabía que Murillo Chiquito no tenía idea de quién era su madre, dichas observaciones constituían el más grave insulto.

Una tarde los dos jóvenes regresaban de su servicio de mitad de semana y, junto con el resto de los internos, ingresaron al comedor y se sentaron a la mesa para la comida de la noche. Como el Misionero tenía compañía pedimos que la nuestra fuese enviada arriba. De improviso escuchamos el estrépito de platos que caían, el traqueteo de sillas, la aguda entonación de voces excitadas. La luz del comedor se apagó y sobrevinieron los gritos de un altercado. El Misionero arrancó desde su silla exclamando “esos Murillos otra vez”, y saltó bajando las escaleras mientras era seguido por los dos caballeros que estaban de visita.

Murillo Grande, al pasar por la silla del otro en la mesa, se había rozado rudamente contra él y Murillo Pequeño había respondido con alguna acotación injuriosa. A continuación el más grande atacó al más pequeño, quien al instante sacó su cuchillo de bolsillo y embistió a su enemigo. Murillo Grande cogió una silla y trató de partir la cabeza de su oponente. Pabla extinguió la luz y los jóvenes forcejearon y lucharon en la oscuridad hasta que alcanzaron el corredor donde el brillante esplendor de la luna les permitía verse. Luego Pabla con celeridad se interpuso entre los dos, pero fue derribada y

pisoteada. Recibió un severo corte en una mano proveniente del filoso cuchillo con el que peleaba el hombre más pequeño. El propio Misionero se tiró entre los dos combatientes y los mantuvo aparte mientras trataba de calmarlos lo suficiente como para inducirlos a desistir. De repente Murillo Grande, de pie detrás del Misionero, sigilosamente trató de echarse encima de su enemigo, pero uno de los visitantes, advirtiendo la maniobra, se lanzó sobre el grande y lo aguantó en el suelo.

Descendí al comedor para encontrar a Pabla, su sonrisa disipada por primera vez, esforzándose por enderezar las cosas. Mientras juntaba las piezas de china, su mano goteando sangre, gritaba sobre los platos quebrados y las sillas destruidas.

Una noche, mientras Pabla pasaba por una habitación vacía, fue sorprendida por un ligero ruido. Al entrar en el cuarto sin luz distinguió la forma de un hombre escalando por una ventana que alguien había olvidado atrancar. Sin duda, su propósito era entrar en secreto a alguna parte y quedar recluido dentro cuando se cerrase la casa durante el sueño. La valiente Pabla avanzó hacia el hombre y le ordenó retroceder, lo que hizo de inmediato. El Misionero oyó su voz en el aula oscura y, al venir a investigar, llegó a tiempo para ver al ladrón que desaparecía en la calle iluminada por la luna. Cuando se le preguntó a Pabla si no tuvo miedo, contestó:

“Sin duda, *Señor*, ¿pero qué quiere decir con eso? ¡Pues claro que es mi deber proteger la casa del *Doctor!*”

La generosa devoción de Pabla incluía no solo al Misionero y a mí misma, sino también a los niños internos. Ellos se le imponían, pidiéndole constantemente asistencia adicional y dándole órdenes sin escrúpulo alguno. Más trabajo del que se podía esperar que hiciera una mujer, y se mantuviera bien, cayó sobre sus hombros; se enfermó, la enviamos a casa de su hermana, y Cleofa llegó en su lugar.

IV

Cleofa

A primera vista Cleofa parecía simpática. Tenía un despejado rostro redondo, de color más claro que el de Pabla; de hecho, era en buena medida una rubia rojiza y oliva, como son las rubias en América Latina. El Misionero sentenció que era mejor parecida que su predecesora, una galantería que no significaba mucho ya que él mismo había declarado que Pabla era la mujer más fea que había visto en su vida.

El temperamento de la nueva muchacha se exteriorizaba como una tormenta tropical; nada

era más seguro de ocurrir, ni era más violento mientras duraba, y estallaba sobre nosotros cayendo desde un límpido cielo sin estruendos de tempestad. Tenía eternamente problemas con algunos de los chicos e incluso a menudo con Rosario, mujer más apacible que un verano indio¹³.

El cuidado de la ropa se me convirtió en una pesadilla mientras Cleofa estuvo con nosotros. Por lo menos la mitad de las prendas de cada semana tenía que ser devuelta para plancharse de nuevo, y al final nunca quedaba nada bien hecho.

Planchar sin tizar los géneros limpios es un arte. El utensilio empleado es una plancha de sastre, una pesada plancha hueca que lleva carbón en su interior. No es una tarea sencilla mantener el carbón encendido, ya que necesita soplarse a ratos con un abanico, lo que provoca que la ceniza y las chispas vuelen por doquier. Es frecuente que las chispas quemen en ciertos puntos las ropas y es raro que éstas se libren de quedar en algunas partes ennegrecidas por las cenizas.

Durante seis días a la semana el agua corre con el lento salpicar de un grifo localizado en el corredor de la cocina del *Colegio*. Los martes no hay agua; como de ello cada quien da una

¹³ *Indian summer*: un período de tiempo templado, seco y sereno de finales de otoño.

explicación diferente, y como no hay dos razones que coincidan, nunca he sabido de verdad porqué no disponemos de agua ese día. El lunes, la muchacha del comedor –durante los intervalos entre correr subiendo y bajando las escaleras, disponer dos comidas, preparar y servir tres almuerzos y mantener aseados tanto el comedor como nuestros salones– humedece todas las ropas, las enjabona y las esparce alrededor del corredor de la cocina. El martes, si encuentra el tiempo y yo se lo recuerdo, acarrea el agua del corredor del frente y la derrama sobre éstas. El miércoles comienza a golpear cada prenda sobre una lisa piedra inclinada, volcando incesantemente agua sobre la misma mientras la desliza de arriba a abajo. Blandir, zurrar, chorrear, vapulear, zurrar, el sonido reverbera a través del *Colegio* y se escapa hacia la calle. Mientras se camina por Bogotá se lo puede oír emanando de todas las casas de la ciudad. La excelencia superior de una lavandera consiste en la fuerza del distintivo golpe abrupto que produzca sobre la piedra con los finos linos y encajes de alguien. Puñados de botones hechos trizas se recogen después de cada lavado.

Cuando un efecto llega limpio a través de esta ordalía, es extendido sobre los arbustos del patio para secarse. Si aún no está pulcro, se devuelve para el remojo, usualmente en una tabla que puede ser desplazada con facilidad de un sitio a otro y que es dejada en el corredor

dondequiera que penetren los rayos del sol. La tabla tiene clavos oxidados, las prendas se cubren de manchas de herrumbre, pero a nadie se le ocurre retirar los clavos. Prácticamente todo arbusto en Colombia sostiene en sus hojas o en sus floraciones trapos desteñidos; las ropas colgadas de los arbustos quedan descoloridas por franjas, empero las mujeres objetan el uso de una cuerda porque el sol no puede llegar a todas las partes de un atavío que se suspende de una de ellas.

Cuando todas las prendas están lavadas y secas se recogen para ser azuladas y almidonadas. El almidón se hace por la noche y se deja reposar hasta la mañana, cuando se ha convertido en algo tan espeso y casi tan inmanejable como el pegante. Se consumen de una a tres horas batiéndolo con las manos y los antebrazos; manotear, manotear, manotear, manotear, hasta que me pregunto qué tanto pueden resistir las mujeres. Obtenida por fin la consistencia apropiada, la masa es azulada de un añil profundo. Almidonado con esa densa pasta, todo –el lino de la mesa, el lino de las camas, los pañuelos– sale tan tieso como un madero y tan azul¹⁴ como triste me siento cuando lo veo. Por supuesto, es afortunada la *Señora* que recibe sus

¹⁴ La autora juega aquí con la expresión *blue*: azul, pero, también, sentirse triste, melancólico o con morriña.

ropas, planchadas y dobladas en maravillosos pliegues, dos semanas después de que las haya enviado abajo.

Durante tres semanas sucesivas Cleofa estropeó las ropas blancas al dejarlas en remojo por un día o dos con su vestido rojo sobre ellas. La primera vez que pasó la reconvine, y respondió con una larga andanada que contenía un asombroso flujo de palabras insultantes. Cuando sucedió la segunda vez, emplee medio día tratando de equilibrar un cubo sobre el carbón para extirpar el color con el hervor, pero el tinte perduró, frustrándose mi propósito. A ella le dije que si eso ocurría de nuevo confiaría en que pagaría por las cosas arruinadas (¡imagínense, con un sueldo de dos dólares al mes!). Incluso semejante amenaza no previno la recurrencia del desastre. Estaba un poco asustada cuando, por tercera vez, encontré ese vestido de calicó encima de todo lo demás, y salió a la calle a comprar un ácido con el que bregó en torno de las ropas manchadas por cerca de una semana, pero sin éxito. Casi todo en la casa fue eventualmente veteado con ese mismo vestido rojo.

La chica era tonta y obstinada a la vez. Insistía en que hacía “todo muchísimo mejor”, y no recibiría instrucciones sobre materia alguna. Por ejemplo, rociaba la ropa lavada de una semana, pero luego no hallaba un momento para plancharla. Descubrí las piezas en una de mis

frecuentes rondas de inspección (el hábito de vigilar con celo, declararon mis mujeres, nunca lo tendría ninguna *señora* colombiana, una costumbre que consideraban muy impropia de mí) y le dije que las llevara afuera y las colgara de nuevo en la cuerda. Supuse, por supuesto, que lo había hecho, pero no fue así. Muchos días más tarde, me topé con ellas completamente enmohecidas; nada se salvó, ni siquiera los seis largos manteles de mesa nuevos que había acabado de hacer para el *Colegio* y que nunca antes se habían lavado.

Cuando Cleofa llevaba con nosotros tres meses, Hijito hizo su aparición y la mujer asumió el trabajo adicional y las horas más prolongadas que implicó el suceso sin comentario alguno. Subiendo y bajando las escaleras, a través de los largos corredores, de un lado a otro iba ella, siempre al trote. Me preocupaba el no poder encontrar a nadie que la ayudara, pero nunca se quejó. No sabía trabajar y no dejaría que nadie le enseñara, pero estaba tan lejos de la indolencia como cualquiera de las muchachas que tuve, ya que todas las sirvientas colombianas trabajan con tesón.

Cuando Hijito tenía una semana de nacido, Bertilda, una joven que me suplía como ama de llaves, vino a decirme que no podría quedarse en la casa si Cleofa seguía siendo tan insolente y rebelde. Bertilda lloró, Cleofa se crispó e insultó, Bautista, la enfermera, gritó exaltada y un

pandemónium reinó. En su oficina el Misionero escuchó el clamor, vino corriendo a través del corredor y subió las escaleras. Voló hacia mi habitación e inquirió: “¿qué pasa?”. Sin esperar respuesta se acercó a la cama y hundiendo su cabeza, casi en sollozos, preguntó si estaba bien. Las mujeres se escabulleron.

Sólo después supe que el médico no esperaba que yo mejorara, y el Misionero había pensado que había fallecido al oír semejante conmoción, parecida a la que se precipita cuando acaece una muerte.

Luego de que las cosas se apaciguaron un poco, envié a llamar a Cleofa y le dije que si se entendía con Bertilda y Bautista le daría un sueldo doble y un vestido nuevo apenas estuviese en pie. Pasaron tres semanas más y aún era incapaz de sentarme cuando la mujer vino a decirme que se iba.

“Ay, Cleofa, yo sé que el trabajo es muy duro para una sola mujer, con tanto correr de arriba abajo y tanta ropa que lavar, sin tener la ocasión de que nada se seque con este aguacero permanente; pero hemos enviado a buscar a Dominga y las cosas serán más fáciles. No se vaya ahora, cuando tanto la necesitamos.”

“No es ese trabajo, mi *Señora*. Todo lo que hago por la *Señora* Mauda, no me da sino gusto. Es ciertamente que mi hermano está enfermo y ha mandado por mí. Esta semana entrante me voy.”

Cuando Rosario lo supo le comentó a Cleofa que no tenía el derecho a irse sin dar un aviso más largo y que nosotros podríamos llamar a un policía para que se quedara. Cleofa vino directamente a mí y me preguntó si eso era verdad; le dije que no lo sabía, que podría ser. Entonces se aproximó más, trastornada de un modo que jamás había visto en ella, quien solía sacudir su cabeza y reír sin motivo en cualquier ocasión. Pidió permiso para salir por unos pocos minutos así que le ordené a Valentino que le abriera la puerta. Se marchó pero no regresó; y le estaba debiendo el salario de un mes –la paga de ese período de duro, duro trabajo–. Lo injusto de ello me causó desasosiego puesto que, a pesar de la incredulidad del resto del hogar, creí en su historia del reencuentro con su hermano en otra ciudad.

Dos días después ella misma se presentó en mi habitación, alegre y petulante. Admitió que no tenía un hermano, que había encontrado otro puesto donde la faena era más liviana, y que había vuelto por su sueldo doble y su traje nuevo.

Teresa ocupó su lugar y, entre tanto, Dominga, la carbonera, se responsabilizó del cuidado de la ropa. Un rostro agradable y un cuerpito descuidado tenía Teresa, cuyos ojos, nariz y cabello denunciaban lo que era –en parte negra–. Ella es la única sirvienta con sangre negra que he tenido en Colombia. Una chica

nacida para niñera, que fue de gran sosiego para mí puesto que no pude dejar mi habitación hasta que Hijito tuvo más de dos meses. Su rostro oscuro brillaba francamente de placer cuando por fin pudimos tomar al niño para su primera salida, ella llevándolo y yo siguiendo el rastro detrás, observando cada paso suyo. Ella comentó, tentativamente:

“Las *señoras* extranjeras de Bogotá tienen esa costumbre de ponerle zapatos a la muchacha que lleva el bebé. ¿La *Señora* Mauda piensa en esa cosa?”

“No, Teresa”, repliqué. “Temo que si usted llevara zapatos podría tropezar; le harían daño a sus pies y los tendría tan tiesos que no podría caminar. Hijito está más seguro si usted anda como está acostumbrada.”

V

Bautista

La enfermera que contratamos cuando nació Hijito era considerada la mejor que podíamos conseguir en una ciudad donde ninguna enfermera está entrenada, al menos no del modo en que nosotros entendemos el término. Nos fue muy bien recomendada por nuestro médico, un graduado de Harvard. Ella había pasado nueve

meses en la ciudad de París en un hospital de su iglesia, y había visto muchas cosas de las que nunca habría soñado una enfermera que no hubiese salido de Bogotá. Era una mujer de aspecto respetable, ataviada con una falda negra y una *mantilla* que envolvía su amplia figura de manera que ocultaba por completo su chaqueta. Sus pies estaban calzados, un signo inequívoco de que no pertenecía a la clase de los sirvientes. La mujer tenía un bondadoso aunque pesado rostro y parecía apacible y de fiar.

Estuvo con nosotros seis semanas recibiendo un dólar por día, un espléndido pago; dando lo mejor de su competencia, fue leal durante ese tiempo. El médico había dicho que ella procedería exactamente como se le dijera, una virtud que no había descubierto en ninguna otra enfermera de la ciudad. El tercer día de estar con nosotros, él la instruyó para que le diera un poco de medicina al bebé. Esa tarde ella salió a caminar por más tiempo que de costumbre; poco después de su regreso le pregunté si había suministrado la medicina.

“No, *Señora*. Le di al niño otro remedio que pienso es mejor.”

“¿Qué dirá el *médico* de eso?”

“Oh, me lo encontré en la calle cuando estaba fuera y dijo que había cambiado de opinión y deseaba que le diera esta otra cosa. Así que de inmediato la compré y ha sido suministrada.”

Me pareció raro que el médico cambiara de parecer después de haber extendido una prescripción, pero seguí rumiando en ello sin decirle nada más sobre el asunto. La siguiente mañana, cuando el doctor se presentó, me preguntó: “¿le dio Bautista la medicina al niño”?

Le respondí que no, repitiendo la explicación que ella me había dado. Jamás he visto a un hombre más enojado. Envió por la enfermera, que se había mantenido discretamente fuera de la vista, y la reprendió a cabalidad. Ella se excusó diciendo que el *Doctor* tal y tal siempre daba la otra medicina, que ella lo había ayudado en once casos, así que había llegado a pensar que ésa era la mejor. Naturalmente, el que citase a un doctor rival no sirvió para apaciguar al médico; él le dijo que éste era su caso, no el de ella, agregando que nuestras vidas no estaban seguras en manos de una mujer que cambiaba las medicinas a su discreción. Al punto la despidió. Pero yo no podía dejarla ir en una crisis tal, así que se envió a buscar al Misionero para que derramase aceite sobre las trastornadas aguas. El doctor salió bramando de cólera hasta su próxima visita, Bautista lloró y moqueó el día entero y la noche siguiente, el Misionero contempló a la mujer con desconfianza, y la atmósfera de nuestro hogar fue todo menos alegre.

Al día siguiente el doctor se ahogaba de risa sobre el asunto y dijo que, quizás, ella había

aprendido una lección, aunque nunca podría recomendarla nuevamente a *señora* alguna. Agregó:

“Piensa que porque estuvo en París unos pocos meses sabe más que cualquiera; sabe demasiado, eso es todo lo que la aflige.”

Saber algo no es una cosa tan mala después de todo. Bautista se convirtió en una persona de utilidad para toda la familia; hervía hierbas y hacía remedios para la gripe de Bertilda, para la indigestión del Misionero, para la fiebre de Pinzón, para el absceso de Valentino, para el dolor de cabeza de Rosario, y hacía desaparecer cualquier queja que alguien pudiese tener. ¿Podría haberlo hecho tan bien una enfermera entrenada? Ella deleitaba los corazones de los chicos más jóvenes preparándoles ciertos bollos maravillosos parecidos a las rosquillas y que olían a pan agrio. En ellos trabajó una mañana completa luego de gastar en los materiales dos dólares que se tomaron del rubro de alojamiento. Esa tarde fue a su casa y descubrimos que había ocultado cerca de la mitad de los aros fritos bajo su pañolón llevándoselos consigo; era sin duda su pago por haberlos preparado.

Tenía el modo más asombroso de fajar con envoltorios al nuevo bebé. Era enrollado tan firmemente que el atado que lo contenía casi podía tenerse derecho solo; aparte de su pequeño rostro, éste nada dejaba ver puesto que sus manos quedaban sólidamente sujetas a los

costados. Cuando el Misionero le preguntó si aquella era una costumbre indígena, se sintió muy insultada.

“Oh no, *Señor Doctor*, ningún indio envuelve a su bebé; ellos andan bien desnudos. Fue en París que aprendí ese método más perfecto para evitar que un niño se descubra por la noche.”

“¡Oh, oh, entonces este es un pequeño parisino! Bueno, luce exactamente como en las fotografías de los niños de los indios Siwash”. Y a partir de ese día fue Siwash todas las veces que su padre se refirió a él.

Bautista había aprendido otra costumbre en París; no podía dejar pasar los días, y mucho menos las noches, sin escanciar asiduos vasos de vino. Despreciaba la *chicha* –nada, exceptuando el vino importado, era bueno para ella– y reclamaba que se le sirviese con todas sus comidas. Ella misma lo compró, puesto que rehusamos dárselo. Dado que no podíamos impedir que bebiera, y parecía poco prudente salir de ella, dejamos así las cosas.

Tenía el apetito más asombroso. Hizo que se le trajeran alimentos cada dos horas durante el día y una enorme provisión apilada para la noche. Ni el Misionero ni yo habíamos visto nunca nada parecido. Él decía que aquello le recordaba a un molino, Cleofa subiendo apresurada las escaleras con comida, café, chocolate, vino, y todo ello desapareciendo al instante. Sin embargo, Bautista cumplió su

trabajo fielmente y su paciente sobrevivió, por lo que estuvimos prestos a perdonarle cualquier disgusto que nos hubiese causado.

Los amigos rivalizaban entre sí enviando obsequios para el nuevo bebé. Reunimos los surtidos más variados que hayan sido vistos. Algunos de los niños del *Colegio* fueron al mercado la tarde de un sábado y regresaron halando una cabra de un mes que dieron como regalo a Hijito. La desdichada criaturilla se encontraba solitaria en el gran patio de juegos, y día y noche mantuvo un balido lastimoso que asemejaba el gemido de un bebé humano. Durante el día los chicos trataban de reconfortarla y alegrarla llevándola en brazos por doquier. La compasión de Rosario se hizo patente de forma práctica; por la noche se llevó a la cabra consigo a la cama. La mujer, que pesaba cerca de doscientas libras, ocupaba un catre angosto junto a su hija de siete años y a un enorme gato, el cual, según manifestó, le mantenía en la noche los pies calientes al ponerlo sobre ellos; ¡la mujer tenía tan buen corazón que no obstante estaba dispuesta y gustosa de echarse encima a la cabra! Le pedí al Misionero que se asegurara de que las tablas de su cama fuesen resistentes y estuviesen nuevas, ya que no deseaba ser espantada cierta noche por algún repentino estrépito proveniente de la habitación de las sirvientas, y que la cabra fuese la evidencia de la paja que partió el espinazo del camello.

VI

La señorita Bertilda López

Fue con un gran respiro de alivio que, pocas semanas antes del nacimiento de Hijito, había hecho entrega de las llaves de la casa a Bertilda López. La suya era una delgada figura aniñada, montada por una gran cabeza con un rostro viejo. Me preguntaba si eran su seriedad y circunspección las que imprimían aquella expresión en el semblante de una joven de dieciocho años.

El General López, el padre de Bertilda, se había destacado con honores en la última guerra civil de este país, pero se había debilitado y gastado su peculio en el bando perdedor; así que para él la vida ya no era fácil. Había educado a sus dos hijas –Bertilda se había graduado en uno de los mejores colegios de niñas de la ciudad–, pero la familia subsistía pobre y precariamente. Así que cuando, como un favor especial, le rogamos a Bertilda que fungiera como ama de llaves, su padre le consintió “hacer una visitica al Colegio”, y la chica recibía su estipendio mensual como un “regalo de parte de la bondadosa Señora Mauda”.

La carencia de Bertilda en habilidad ejecutiva era compensada con su concienzuda honestidad.

Lenta para pensar y actuar, era extremada y deliciosamente segura, y contaba con misteriosos caminos propios para extraer de los bolsillos de Rosario el cambio del dinero del mercado, algo que yo todavía no había logrado hacer. Tenía, sí, un punto sensible; consideraba que los alumnos y los internos no le demostraban el respeto que merecía. Ambos, el Misionero y yo, continuamente advertíamos a los ofensores que debían cuidar sus modales frente a nuestra amiga mientras permaneciera en nuestro hogar, y nosotros mismos dimos el ejemplo tratando a la hija del General López con suma deferencia.

Los sábados, días del gran mercado, Bertilda se ataviaba con esmero con una falda negra, envolvía elegantemente una *mantilla* de seda alrededor de su delgada figura, y delicada y rítmicamente se alejaba sobre sus altos tacones para llevar el dinero y colaborarle a la cocinera con sus compras. Durante las numerosas horas de la semana en que yo estaba en el aula con los chicos, ella vigilaba a Teresa ya Hijito, así que mi mente descansaba en lo que a ellos concernía.

El Misionero había estado muy enfermo y no transitaba por el camino de la recuperación. Una noche, cerca de las dos, estando ambos despiertos, alcanzamos a oír un tenue ruido, parecido al de un trueno distante. Dado que las tempestades en Bogotá suelen estar libres de truenos, y caen a hurtadillas sobre nosotros sin advertirse, decidimos que esa pesada y baja

reverberación debía deberse a otro temblor de tierra. Aunque las sillas y las mesas no empezaron a deslizarse por doquier, como es usual cuando ocurre un temblor, el murmullo se intensificó hasta convertirse en un retumbar constante que creció en volumen. Pronto distinguimos el zumbido y el rugido de muchas voces, el atronar sordo y el paso recio de cientos de pies. Sin entender el significado de los sonidos no sentimos miedo, tan sólo curiosidad. Cada vez más fuerte creció el tumulto hasta que asimos aquellas palabras estridentes que tenían predominio sobre todo lo demás: “¡Abajo los yanquis! ¡Maten a los yanquis!”.

“¡Nos están atacando!”, gritó el Misionero, mientras se precipitaba de la cama, deteniéndose sólo para tomar su bata de baño.

Casi de inmediato sobrevino el embate de las piedras contra el frente de ladrillo del *Colegio*, seguido por el estallido de los cristales. La escuela se despertó en medio de cientos de gritos ahogados. Los sirvientes y los niños se apresuraron hacia los corredores, gimiendo y temblando. En instantes el *Colegio* se convirtió en un asilo de lunáticos.

El Misionero descendió saltando las escaleras y, corriendo hacia una de las aulas de clase, empleó su exangüe aliento en mover uno de los largos y pesados bancos de estudio, pidiendo a los chicos mayores y a los sirvientes que lo ayudaran. Nadie, excepto Bertilda y un chiquillo

de catorce años, respondió. El resto de esos grupos en tumulto estaban tan ocupados deplorando su suerte e implorándole a su santo favorito, que no prestaron atención a las órdenes hasta que, desesperado, el Misionero hizo chocar alguna cabeza contra otra para que recuperasen sus sentidos. Incluso entonces estaban atemorizados por los vidrios trepidantes y las piedras que volaban, y se mantuvieron atrás.

Bertilda y Enrique trabajaron constante y rápidamente al lado del Misionero, arrastrando los bancos hacia las ventanas para formar con ellos una barricada y esquivando, como mejor pudieron, los pedazos de cristal y las piedras arrojadas. Aunque heridos gravemente en la cabeza, no vacilaron en su tarea.

Cuando se trajo un parapeto improvisado para apuntalar la puerta, incluso el corazón del Misionero zozobró. “¡Maten a los yanquis! ¡Abajo los yanquis!”, gritaban cientos de voces que eran acompañadas por los vidrios trizados, el tronar de las piedras, los ladrillos crepitantes; palabras puntuadas por el estrépito del parapeto contra los tablones de roble de la puerta fuertemente remachada. La puerta crujió y gimió y se estrujó contra la barra de hierro que la aseguraba; sin embargo, resistió. Los bancos, en una pila elevada, afrontaron cualquier irrupción a través de las ventanas demolidas, y poco a poco la turba se dispersó.

Una vez se restableció la calma en la calle despachamos a Valentino en busca de un médico para el Misionero. La mañana siguiente el gobierno americano, a través de su Ministro, se aseguró de que un guardia permaneciera estacionado alrededor de nuestro edificio. Cuando fue capaz de hacerlo, el Misionero públicamente elogió a Bertilda y a Enrique por su valentía.

La asonada solucionó dos de nuestros problemas; Enrique, que había sido nuestro interno más pícaro y camorrista, se transformó en uno de nuestros chicos más juiciosos; y nunca más tuvimos que bregar con los moradores de la casa para que se le demostrase el debido respecto a la heroica hija de un muy célebre general. Más bien sucedió que nuestros jóvenes estuvieron pronto en camino de resabiar a la *señorita*.

Si era el halo de gloria que circundaba a Bertilda en virtud de su sangre fría en tiempos de peligro o si eran sus precisos procederes domésticos los que componían su principal atractivo, no lo sé; pero, de repente, desde un claro cielo en el que no habíamos avistado la formación de ninguna nube de amor, el señor Gutiérrez, un joven que había venido a nosotros hacía poco, solicitó al General López la mano de su hija. Estábamos muy sorprendidos ya que, hasta donde sabíamos con certeza, no había ocurrido nada que se pareciese a un cortejo –ni retiradas hacia las esquinas, ni sonrisas en torno

a entendimientos secretos, ni miradas subrepticias, ni rubores–, ninguna de las cosas que uno supondría en circunstancias similares en América. Empero todas éstas y muchas otras evidencias de una relación amorosa se esparcieron en llamas tan pronto fue anunciado el compromiso; en apariencia, al reprimirse, el fuego sólo había acumulado fuerza.

Durante seis días nuestra transfigurada pequeña ama de llaves flotó por los aires. Toda su apariencia era distinta. Parecía vitalizada, eléctrica; su rostro largo y liso irradiaba felicidad; su voz hacía estremecer a sus interlocutores; su paso se tornó raudo y decidido.

Después estalló la tormenta. El Misionero estimó su deber informarse mejor sobre el joven que deseaba unir su vida a la de una chica tan valiosa como Bertilda. El señor Gutiérrez, que procedía de la Costa, había venido a nosotros y permanecido en nuestra casa hacía tan sólo un mes. No nos había parecido agradable y desde el principio desconfiamos de él. Realizada la investigación, el Misionero encontró que sus celos estaban más que justificados; el hombre era tan ruin que de inmediato le negamos su permanencia en la casa.

Nos vimos forzados a informarle a la pobre y pequeña Bertilda, destellante de dicha, que su esperanza era vana; no podía casarse con el señor Gutiérrez. La actitud que adoptó la joven nos asombró. Naturalmente, no creyó en nuestras

declaraciones y pidió pruebas; eso lo habíamos previsto y teníamos las evidencias a punto para ella. Entonces, en lugar de reconocer la imposibilidad de unirse a ese hombre, la joven declaró indignada que no veía razón alguna para no poderse casar con él; que se casaría con él así fuese doblemente villano de lo que había probado ser. Dijo que no teníamos derecho alguno de prohibirle que se reuniera con él, y empacó sus pertenencias para regresar en seguida al hogar de su padre.

Tuvo una entrevista con su enamorado antes de que él se escabullera rumbo a la Costa. Luego nos informó que ella le había prometido fidelidad para toda la vida y le había asegurado que se casaría con él en cuanto viniera por ella. Después se inició una correspondencia, un asunto unilateral, puesto que transcurridas las primeras dos o tres semanas ninguna de las cartas de Bertilda fue respondida. Pocos meses más tarde los rumores susurraron que el señor Gutiérrez se había unido en matrimonio con una mujer en la Costa.

Muchas veces, durante los meses que siguieron, visité a la *señorita* Bertilda. Encerrada en una casa hedionda, mal tenida y húmeda, día tras día la chiquilla permanecía sin hacer nada, aparte de sentarse con las manos cruzadas y pensar en su desengaño. Había perdido ya cualquier semblanza de juventud la última vez que la vi; delgada, pálida, desaliñada, a los

dieciocho años parecía una anciana. Todos mis esfuerzos por animarla fueron vanos; estaba hundida en una suerte de estupor, abatida, sin responder a estímulo alguno.

Usted, que está presto a reírse de ella, deténgase un momento. Ni siquiera una de cada veinte jóvenes de la clase y en las circunstancias de Bertilda recibe jamás una propuesta de matrimonio; ser de buena familia y pobre es casi fatal para las perspectivas de casamiento. Prácticamente ninguna avenida para el trabajo se le abre a alguien así, a menos que sea capaz de enseñar, una habilidad que no tenía Bertilda. Los placeres y las diversiones tampoco están de su lado; ni se espera que desempeñe alguna de las indignas labores corrientes en la casa de sus padres: éstas se reservan para la vieja y temblorosa sirvienta.

Tampoco se apresure usted a lanzar la primera piedra sobre nuestras hermanas latinoamericanas si no exigen de un esposo todo aquello que reclama una mujer de América del Norte. De hacer ellas tales demandas habría, de lejos, menos matrimonios de los que hay ahora; empero, una de las cosas que contribuye a la existencia de las condiciones actuales en la mayor parte de Sur América, probablemente la ausencia de matrimonio sea la más deplorable. No, nuestros corazones no condenan a esta pobre niña. Anhelamos para ella, así como para todas

aquellas que también son despojadas del derecho de toda mujer al nacer, un hogar y unos hijos.

VII

Las vacaciones de Rosario

Un arriero preguntó por el *Doctor Reverendo* diciendo que había venido de un pueblo a dos días de distancia de Bogotá y que traía un mensaje para una, Rosario, que decía estar en el *Colegio Americano*. El Misionero tomó el sucio pedazo de papel arrugado que le fue extendido y envió a buscar a Rosario. Ella vino, recibió el papel y lo observó por largo tiempo, desdoblándolo, volteándolo de un lado a otro, mirando fijamente la escritura que portaba. Entregándoselo de nuevo al Misionero, le pidió que se lo leyera.

La nota estaba escrita mediante el uso de sílabas fonéticas, separadas aquí y allá para hacerlas parecer palabras, pero sin una concepción real acerca de dónde debía terminar una palabra y comenzar la siguiente. Muchas sílabas, que no eran en sí mismas palabras, yacían solitarias y, de nuevo, numerosas palabras estaban escritas unidas, como si fuesen una. Nada estaba deletreado correctamente. Leída en voz alta, sonaba como el español; examinándola,

no tenía sentido alguno. Era, de hecho, un buen ejemplo de las letras que escriben uno o dos hombres en cada poblado pretendiendo que saben escribir, y así sirven como amanuenses de todo el pueblo. Con suma dificultad el Misionero pudo inferir de las serpentinas sílabas que la anciana madre de Rosario estaba enferma en ese lugar y que clamaba por su hija.

“Yo voy”, declaró nuestra cocinera. “Me voy ahorita mismo.”

“¿Y qué hacemos nosotros para una cocinera?”, preguntó el Misionero.

“Esa pequeña mujer que yo conozco en la plaza, ella es la que viene a cocinar para el *Colegio* cuando le diga.”

“Si usted puede poner en la cocina a alguna mujer capaz que la reemplace, puede irse por dos semanas, pero esperamos que regrese al final de la quincena.”

“Nada es más seguro, mi *Señor Doctor*. Regresar claro que lo hago.”

“¿Cómo va a llegar hasta este pueblo?”

“Yo camino a pie, claro.”

“Es un viaje largo para una mujer tan pesada como usted, Rosario. ¿No podría ir en el tren que va a Zipaquirá? Eso le ahorraría medio camino.”

“En toda mi vida, *Doctor*, nunca he estado en un tren. Esa cosa me da miedo.”

“¡Tonterías! Tome este dinero para su pasaje y viaje en el tren de mañana tan lejos como vaya; tendrá suficiente camino para andar después de

eso. Recuerde que estamos contando con su regreso en dos semanas.”

“Yo regreso, *Señor Doctor*, si Dios quiere.”

Se deslizaron quince días y nueve mujeres, que pretendían ser cocineras, pasaron por mi cocina, algunas haciendo una parada de un día o dos. Tres de ellas se demoraron el tiempo suficiente para esconder debajo de sus pañolones las toallas y las servilletas que se secaban en las cuerdas así como la mayor parte de las pequeñas pertenencias de Teresa.

Las razones de su partida eran triviales. Una mañana, con el Misionero enfermo arriba e Hijito gimiendo sin pausa, estaba encerrada en la oficina con treinta y tres niños tratando de dar una lección de inglés.

En la única banca de la habitación estaban sentados doce niños, otros se apretujaban en el descanso de la ventana, mientras otros colgaban de las estanterías de los libros o columpiaban sus pies desde la mesa; niños a mi derecha, niños a mi izquierda, niños en frente y detrás de mí, y a ninguno le importaba si podía o no decir en inglés: “The blue bird sits on the tree” [El pájaro azul reposa en el árbol].

¡El quinto golpe en la puerta desde que la clase comenzó! Abro y me veo confrontada por mi cocinera de dos días, con las botas y las espuelas puestas para una partida inmediata, por decirlo así. Se queda mirándome, sin decir nada.

“¿Qué significa esto?”, pregunto, en cuanto observo que si ha de haber alguna conversación entre nosotras, debo iniciarla yo.

“Me voy. No me quedo ni un minutico más.”

“¿Pero por qué?”

“Ese Valentino, es él el que dice que yo misma quemó más carbón que esas otras mujeres.”

“¿Se supone que lo hace? Sólo tiene que pedir más si lo necesita.”

“¿Entonces es cierto? ¿A mi *Señora* le parece que yo quemé más carbón?”

“Sí, usted si quemó más carbón, pero no me he quejado, ¿cierto?”

“Me voy. Hágame el favor de mi plata.”

“El dinero está arriba bajo llave y estoy en clase. Puede regresar por él por la tarde.”

Me vuelvo hacia los chicos fisgones. El último atisbo de interés en el pájaro azul sobre un árbol se ha esfumado. Los niños saben, y yo sé, que sólo hay un pensamiento común entre nosotros; aquella cocina desierta y la hora del desayuno casi encima. Cuando se debe elegir entre estudiar una lengua extranjera y tomar su desayuno, no hay hesitación de parte de un crío. Despacho al curso y haciendo oídos sordos a las necesidades de mi familia que está arriba, acudo a la cocina.

Por supuesto, durante esos quince días de vacaciones de Rosario pasé la mayor parte de mi tiempo lidiando con las ollas derramadas, venteando el carbón que no ardía, derramando

lágrimas a causa del humo y las cenizas en mis ojos. Descubrí porqué todas las cocineras colombianas tienen unos ojos tan pequeños y porqué los mantienen entornados. Un mes después de que hubiera regresado la cocinera, yo misma no podía estudiar dada la condición de los míos.

Rosario regresó. Nunca creí que lo haría, y anticipándome a ello divisaba ya una larga fila de evanescentes cocineras que iba desenrollándose ante mí y se extendía hasta el final de mi vida, cuyo término, sentía yo, no tardaría en llegar de prolongarse esta experiencia. Entonces Rosario avanzó hacia mí, y no me importaría decir si las lágrimas con las que le di la bienvenida fueron provocadas por el humo o se derramaron de puro agradecimiento y alegría.

VIII

María Rodríguez

María era llamada “medio señora” porque llevaba zapatos en la calle aunque, por su naturaleza, era mucho más que una medio señora. Su apariencia no era sobresaliente: se trataba tan sólo de una plácida mujer pulcramente vestida que se acercaba a los

cuarenta años y que portaba una dignidad que inducía al respecto. Vino al *Colegio* para cuidar de todos los asuntos en general y de Hijito en particular, mientras yo pasaba ocho horas diarias en el salón de clase con los chicos, once horas semanales afuera en las clases de Biblia, y cinco noches de cada siete en la iglesia, a ocho cuabras de distancia.

María era perfectamente proba, fuese el dinero o el hijo los que pusiésemos bajo su cuidado. Ella, de lejos, sabía más acerca de las posibilidades de la comida colombiana que Rosario, y nuestro menú nunca antes presentó una variedad tan grande o unas viandas tan tentadoras como cuando estuvo bajo su supervisión. No intentó llevar los libros, como había hecho Bertilda, pero cuando rendía sus cuentas siempre eran correctas. Cuidaba de Hijito desde el momento en que lo vestía y le daba de comer en la mañana, después de que yo había salido para las clases, hasta la hora de bañarlo y llevarlo a la cama en la noche. De ordinario yo le narraba al pequeño su cuento de buenas noches, pero si mi presencia faltaba María inventaba uno para él. En la tarde lo llevaba a hacer una larga caminata por el parque y regresaban en un tranvía, lo que siempre deleitaba enormemente al niño. Más tarde, sentada en el piso y rodeada de calcetines y cubos, en forma alternada remendaba las medias y ayudaba a construir trenes. Cuando los dejaba

para ir a mi trabajo, mi hijo besaba sus propios dedos tendiéndolos hacia mí y decía, sonriendo: “puede irse tranquila y muy lejos”, como su María le había enseñado a hacerlo. No tuve sino razones para pensar que ella fue paciente y amorosa con el niño, a quien entrenó en la obediencia y el decoro.

Si llegaban visitantes cuando yo estaba en el salón de clases, María los conducía al salón y los entretenía gratamente hasta que podía reunirme con ellos. Cuando convidábamos a cenar a nuestros amigos, dependía en gran medida de la mujer: ella había sido por algunos años la sirvienta principal de la delegación española y sabía qué era lo apropiado para una cena en Bogotá. Convertía el comedor en un hermosísimo emparrado, la mesa resplandeciente bajo la opulencia de brillantes amapolas o de suaves guisantes dulces, punteados con confeti. Con sus propias manos preparaba deliciosas sopas de ingredientes (para mí) desconocidos, formaba pasmosas enroscaduras de unas papas ordinarias y producía unas bellas creaciones que llamaba postres. Luego se recogía su esponjoso cabello negro bajo una pequeña capa de encaje y ejecutaba prodigios con la tosca muchacha del comedor. María nunca cometió errores al servir los platos, siendo en ello siempre un gracioso y atractivo ser.

Supimos que una pobre anciana, integrante de nuestra iglesia, estaba muriendo. Como ni al

Misionero ni a mí nos era posible abandonar nuestro trabajo a esa hora para ir a verla, enviamos a María, quien encontró a la mujer afectada de una grave neumonía, y sola. María pensó que conocía a alguien que podría encargarse del cuidado de la doliente, así que se fue para tratar de encontrarla. Era casi de noche cuando, cansada, con el padecimiento dibujado en el pálido rostro (puesto que no era una mujer fuerte), regresó para comunicar que su búsqueda había sido inútil; no había hallado a nadie.

Después de la cena el Misionero y yo nos fuimos apresuradamente a ver a la enferma. La encontramos en la habitación más húmeda y enmohecida que haya visto jamás, con festones de telas de araña colgando del techo, las sillas cayéndose a pedazos de viejas. Allí, en un catre sucio, estaba tumbada la pobre criatura, sin haber recibido ningún cuidado y sólo un poco de comida en tres días. Decidimos que tendríamos que llevarla al *Colegio* si no queríamos que muriera allí abandonada, pues no conocíamos a nadie que se quedase para cuidar de ella.

Al policía que estaba estacionado enfrente de su puerta, esperando que falleciera, le pedimos el permiso para trasladarla. Nos refirió al capitán del distrito, a quien salió a buscar el Misionero. Regresé al *Colegio* y envié de vuelta a Valentino con una bata de baño, una manta de viaje y unas cobijas, mientras María y yo despejábamos el cuarto de planchado, confiscábamos la cama de

un niño ausente, y la colocábamos en esa habitación. María hirvió agua, y todo estuvo a punto cuando el Misionero llegó trayendo a la desdichada anciana en un coche. Ella se hallaba en una condición indescriptible, pero María, sin objeción alguna, me ayudó a bañarla y a enfundarla dentro de algunas de nuestras prendas antes de acostarla en una cama limpia. La propia María estaba demasiado indispuesta como para permitir que se quedase con la mujer esa primera noche, aunque se ofreció a sustituirme; después de esa vigilia tomó gustosa su turno en el desvelo y perseveró en su ayuda hasta que encontramos a alguien que pudo dedicar todo su tiempo a cuidar a la enferma.

María Rodríguez fue la sirvienta más valiosa que tuve, además de ser una sensible mujer de compañía.

Fuimos comisionados para abrir una nueva filial fuera, en una ciudad cerca de la frontera venezolana. Cuando nos trasladamos a la población de "tierra caliente", María no pudo venir con nosotros, como queríamos, ya que con los cuatro dólares mensuales que le pagaba se hacía cargo de su madre anciana, quien no consentiría irse de Bogotá ni tampoco que María la dejara. Poco después de nuestra partida los médicos advirtieron que María debía someterse a una operación y fue llevada al hospital de la ciudad, por entonces tan atiborrado que la mitad de los pacientes, cerca de mil, y algunos de ellos

casos de cirugía, se encontraban tirados en el suelo –sobre los helados pisos de ladrillo de la húmeda Bogotá!

María fue operada con éxito y los doctores manifestaron que estaría bastante bien en pocos días. Dos noches después las monjas, que son las únicas enfermeras, tenían a la paciente sentada en una silla mientras cambiaban las sábanas. María falleció de una hemorragia un poco más tarde: una vida provechosa sacrificada a la ignorancia.

IX

César

Estuvimos once días viajando desde Bogotá hasta la ciudad de “tierra caliente” donde ahora habitamos. Durante las primeras tres jornadas de camino tuvimos tres arrieros, uno nuevo cada día. Al Número Uno se le desarrolló un dolor en un pie, y no pudo continuar. El Número Dos puso la carga sobre las mulas tan mal que ésta se desplomó después de pocas horas y tuvo que ser reajustada constantemente. En una sola jornada los lomos de varias mulas se habían cortado y lacerado debido a esa pésima forma de cargarlas. El Número Tres andaba casi borracho, y huyó en medio de la quietud de la noche llevándose sobre

la montura todo lo que pudo coger: las espuelas, las correas de la carga, una cobija de ensillar.

Luego nuestra suerte cambió; contratamos a César, un joven inteligente e iletrado que había perdido todos sus dientes frontales. Desde el primer día disfrutamos de su pintoresca conversación, de sus historias de espeluznante aventura, de su ingenua filosofía de la vida. Gracias a sus sencillas narraciones quedaron expuestas ante nosotros las entrañas mismas de la vida de un arriero, con toda su triste fealdad: los deberes hacia sus propios animales y hacia los que no lo son; las interminables horas de arrastrarse descalzo, bajo un sol que levanta ampollas, arriba por empinadas trochas, abajo por pendientes serradas, arriesgando la vida para salvar un cargamento vadeando corrientes turbulentas; las embarazosas luchas con las mulas "locas" cuando se empeñaban en echarse con una carga encima o en apretarse contra alguna compañera sobre un pico; los días con una penosa ración de comida o sin nada que comer; las noches tendido y casi apiñado en una sofocante choza repleta donde apenas se podía desovillar y estirar. Todo esto y mucho más nos fue revelado, inconscientemente, por nuestro hombre de corazón simple y buena condición, que ni siquiera una sola vez se quejó de su suerte.

Cuidó tan comedidamente de nuestras mulas, fue tan sabio al cargarlas y conducir las

que se mantuvieron en perfecta condición, algo muy poco usual luego de un recorrido de once horas. Igualmente se preocupó por nuestra comodidad y bienestar, y nos ayudó a soportar alegremente los duros golpes del trayecto, suavizándolos hasta donde le fue posible. La casi insuperable dificultad que nos acosó durante todo el viaje fue la consecución de alimento para nosotros y para nuestras bestias de carga. Uno puede existir por un largo período con un poco de agua salada, conocida como té de carne (¡con tal de que uno logre conseguir agua!), pero las mulas tienen que comer, a menos que uno quiera quedar desamparado sobre algún flanco de la montaña con un animal exhausto o muerto debajo.

Una noche pareció que nos habíamos tropezado con nuestro Waterloo. Apurando a nuestras mulas sobre trochas difíciles habíamos logrado alcanzar, justo antes de oscurecer, una casa solitaria que dilataba su considerable extensión a lo largo de un borde rocoso, y que lucía blanca y obsequiosa a medida que nos apresurábamos hacia ella. Es ése el modo que tienen, estas posadas colombianas, de aparecer castas y atractivas a lo lejos, especialmente si el sol poniente toca sus blancas paredes lavadas con una llama dorada. Pero no nos dejamos confundir por ello: conocemos demasiado bien el mugriento y pavoroso interior, los sucios y

hediondos alrededores de esos edificios de un blanco límpido a la distancia.

Al aproximarnos a la posada alcanzamos a divisar, en el lado opuesto de una garganta profunda que se iba perfilando frente a nosotros, un estrecho río que caía unos buenos quinientos pies hacia una cerrada grieta abajo. La cascada era tan perpendicular, la distancia tan grande, y el volumen de agua tan considerable, que tan pronto el agua abandonaba su cama en la montaña se convertía en una espuma flotante que, esparciéndose, llenaba la garganta. Puestos nuestros ojos sobre este fenómeno permitimos que nuestros cansados animales se deslizaran sobre el último cerro y que planearan dando sacudidas en medio del grupo de quietos arrieros de mirada fija que haraganeaban cerca de la puerta de la posada.

Antes de desmontarnos, el Misionero y César extrajeron tanta información como les fue posible del propietario del mesón. ¿Por qué es tan difícil para algunas razas dar una respuesta directa a una pregunta directa? Fue necesaria una molesta media hora antes de que supiéramos: no, no había nada para ningún animal. Sí, claro, nuestras mulas podían pasar la noche en el corral pero allí no había nada, ni pasto, ni agua, en ese corral; por semanas había estado seco, pero muy seco. No, nada, pero nada había para cortarles. Sí, todos esos sacos contenían café verde; ¿pensaba el *señor* alimentar con eso a sus

animales? Impacientes, desmañadamente en nuestras sillas de montar sentamos a nuestras mulas encorvadas, sin ánimos, y cuyas orejas caían, gachas y abatidas, como si entendieran la conversación y se percataran de que su suerte pendía en la balanza.

Al fin el propietario admitió que tenía sembrada caña de azúcar, pero agregó que no se podría encontrar a nadie que fuera por ella, ahora que la oscuridad se había asentado, suave y cálida, alrededor de nosotros. El Misionero comprendió la futilidad de pedir a alguno de los hombres que arriesgara su vida en un campo de caña después del anochecer, en una salvaje y tumultuosa región poblada de culebras. Pero ofreció buen dinero a quien le prestara un *machete*, diciendo que él mismo trataría de cortar la caña. Con una mueca César expuso sus encías desdentadas al aducir:

“*Doctor*, usted no puede hacer tal cosa. ¿Alguna vez en su vida ha cortado algo con un *machete*?” Admitiendo el Misionero de mala gana que nunca lo había hecho, el hombre continuó: “yo voy; yo corto esa caña, los animales son alimentados. Usted *Doctor*, ocúpese de conseguir algunas camas para la *Señora*, el *Señorito* y para su honorable persona.”

“Pero, César, usted con estas mulas tiene todavía tres horas de trabajo por delante; todas deben descargarse, lavarse sus lomos, debe atenderse la carga: no debe ir.”

“Yo voy, yo lo hago todo a tiempo.” Y el hombre cansado, de pies adoloridos, partió, prestando alegremente el auxilio adicional.

El Misionero, mediante el pago de sumas ridículas, finalmente indujo a media docena de hombres para que fuesen a ayudar a César; así se cortó la caña, rápidamente y sin escollos. Luego comenzó el monótono tras, tras, tras, que habíamos aprendido a conocer tan bien. La caña es tajada en pedazos antes de que alimente a las mulas, que la devoran con la mayor avidez, tallo y semillas.

Sostuvimos otra prolongada conversación con el propietario. Siempre me ha parecido extraño que los posaderos colombianos sean tan remisos a la hora de recibir buenos huéspedes, que pagan. No, no había una habitación separada para la *Señora*. Todos los viajeros dormían en el suelo del comedor. Si, los arrieros dormían en ese mismo piso. No, la mesa era muy estrecha para hacer una cama para la *Señora*; era apenas un simple tablón, ¿podría ella dormir sobre eso sin voltearse y caer sobre los hombres bajo la mesa? No pudimos distinguir siquiera un viso de buen humor en su rostro cruzado con cicatrices o en sus ojos entornados mientras sostenía su cigarrillo entre los dedos y, con una expresión de extremo aburrimiento, contestaba con suma indiferencia a nuestras preguntas.

El Misionero insistió hasta que consiguió el permiso para que pudiésemos dormir en el

cuarto de depósito de café, que se abría al corral donde un grupo de mulas permanecía encerrado. ¿Tiene usted alguna idea de cuán abrumador, cuán repugnante es el olor que despiden miles de libras de café fresco? Nos balanceábamos sobre los inmensos sacos y escuchábamos el rebuznar y la contienda de las mulas puntuados por el cacareo de protesta de las aves de corral y el aullido del acostumbrado contingente de perros.

Afortunadamente la noche fue corta. Nos levantamos a las dos y media y a la luz de la luna, refulgente como nadie pueda imaginar, hicimos nuestra zambullida en un arroyo helado de la montaña. Estábamos sobre nuestras sillas mucho antes de que despuntara el día. Fue César quien aconsejó tan ambicioso preámbulo; estaba muy nervioso respecto de la extensión de la trocha de ese día. Teníamos un tramo de viaje difícil delante de nosotros; el descenso del precipicio, cinco mil pies que llevan a una garganta, la travesía del río responsable de la garganta, y, al otro lado, una escalada directa de seis mil pies hacia el páramo, una desértica tierra plana.

Era una hora encantadora para un paseo. El borroso resplandor de la luna, con su quieta luz mortecina, tenía sobre nosotros un efecto muy tranquilizante, luego de tantos días con el acerado resplandor de sol sobre las rocas blancas. A nuestro alrededor las cosas tomaban formas fantasmales tornándose más interesantes en

virtud de su mismo aire de misterio. Las gargantas a ambos lados de nosotros, en cuanto lentamente empezamos a sentir nuestro difuso camino a lo largo de la peña, se hallaban circundadas por la blanca gasa de las nubes descolgadas, tan próxima que casi podíamos alzar nuestras manos y tocarla. Los ropajes de las nubes, vestimentas lavandas bordadas con estrellas de plata, parecían a punto de descender sobre nuestros hombros. El gorgoteo de una quebrada al alcance de la mano y la música de una cascada distante estaban en nuestros oídos, el perfume de los árboles en floración y la fragancia del rocío de los arbustos penetraban en nuestras narices, el estrecho abrazo amigable del follaje que nos rodeaba y la magia de la fría calma de la noche nos poseía. Nos preguntábamos porqué habíamos transitado durante el caliente, intranquilo día, cuando hubiéramos podido viajar en medio de la oscura y quieta grandeza. Le hice la pregunta a César.

“Mi *Señora*, le suplico que rece y que no sea inconstante al inicio de esta jornada tan terrible. Y escúcheme: deje que su mula haga lo que quiera, no trate de guiarla. ¡Mire las montañas y las gargantas, tantísimas son estas gargantas, y hermosas! Cuando el sol se eleve será maravilloso, pero maravilloso; la cosa más bella que usted haya visto jamás. Mire eso, pero no mire abajo. A su mula, déjela sola; ella sabe cómo ir. No toque las riendas, tampoco mire la trocha.”

Con el primer rubor rosado de luz comenzamos el descenso. A través de noventa y cinco pendientes, unas cortas inclinaciones, dando la vuelta cada seis pies para encarar la dirección opuesta, nos deslizamos y tropezamos bajando por el precipicio, y dos horas después del amanecer nos encontramos perpendicularmente debajo de nuestro punto de partida, quinientos pies por encima de nosotros. Avistamos el primer débil viso del amanecer escurriéndose furtivamente sobre las montañas, buscando las formas gigantes de los picos encumbrados. Descubrimos el espíritu de la noche, en volandas, brincando de pico en pico, remoloneando, escondiéndose, tratando de escapar de la sonrisa burlona de su enemigo, el sol. Unos dedos tendidos de luz nos señalaban, una a una, las cañadas, las hondonadas, las crestas suspendidas vestidas con colgantes galas de niebla gris. Las siluetas de los picos de las montañas centelleaban a la vista y docenas de cañadas se escabullían en las sombras en sus bases. Las brumas grises escaparon detrás de la noche y unas entrometidas luces azules y plateadas ocuparon sus lugares. Las sombras ganaron forma y, aquí y allá, árboles gigantes descollaron amenazadores. Tintes rosáceos besaban las crestas de la montaña mientras los suaves azules caían más y más abajo hasta que se fusionaron con el índigo de las gargantas. Manchas de color empezaron a salpicar

promiscuamente las empinadas cuestas, y las capas de las rocas se inflamaron de brillantes matices. Pronto todas las murallas almenadas y las cúpulas asomaron descaradas henchidas de gloria, y las luces amenas, y las sombras, se recluyeron modestamente más y más lejos en las hondonadas.

Con una clara sensación de pérdida observamos el pleno resplandor del día volviéndose sobre esta escena elusiva. Así como la ansiosa expectación es más placentera que su cumplimiento, también la mística luz de la luna, que dejaba mucho a la fantasía, era preferible a la chillona llama del día lanzada temerariamente sobre cada fisura y grieta del accidentado lado de la montaña. Semejante a la claridad de la vida pública, ésta sacó a la luz tanto la fealdad como la belleza y la intensidad, sin dejar nada a la imaginación. Cada vena y fallo en la formación de la roca, rojos brillantes, morados, amarillos, lanzados audazmente uno contra el otro, gargantas enormes de camas de ríos secos, destello y chorrito de la cascada de la montaña: nada quedó escondido. El sol despiadado pintaba todo claramente para nuestros ojos mucho antes de que nos mostrara su rostro encendido encima de una montaña.

El contraste entre colores era deslumbrante en grado sumo; ningún artista se hubiera atrevido a reproducirlo. Límpidos lagos de azul suave y plata pendían alrededor de los picos; el

índigo del océano profundo, salpicado temerariamente de marrones y amarillos, embadurnaba las pendientes de la montaña; franjas de rojo sangriento cortaban y herían las caras de los riscos; un delgado hilo plateado, que era un río enmarcado en un verde vívido, destellaba a través de cada barranco, mientras los picos, los riscos, las gargantas, los barrancos: todo estaba bañado con las más salvajes luces de morado y amarillo. Aquí la naturaleza era en extremo espléndida. Para la capacidad del ojo humano irradiaba ella todas sus hermosuras, haciendo que el hombre canijo contuviese su respiración de pavoroso asombro.

El descenso se hizo en absoluto silencio salvo por el clic de las patas de nuestras mulas. En una ocasión César se detuvo en mi senda y puso una mano de atajar sobre la brida de mi mula mientras dirigía mi atención hacia la escarpada caída de miles de pies debajo de nosotros.

“Fue en este punto, mi *Señora*, que perdí una mula, pero la mejor de todas, en el viaje anterior a éste. Un insecto la picó, ella retrocedió, y se fue para atrás, estrellándose abajo. Allá estaba, en el fondo de la montaña, entonces cogí esa carga de café de ella; ¡pero, ay, fue terrible! La *Señora* pensaba que yo no tenía que estar tan nervioso por este viaje; ¿ahora ve? En la garganta, allí abajo, donde usted ve el brillo de ese gran río con el

resplandeciente y alto puente, allí es que vamos a desayunar; pero debemos ser rápidos. En ese *valle* hay un insecto, un insecto muy pernicioso; si de casualidad pica a los animales se mueren inmediatamente. De eso es que tengo miedo. Hace seis meses que picó a una de mis mulas y entonces se murió.”

“¿Entonces usted ha perdido dos mulas recientemente, César? ¡Lo siento mucho!”

“Usted tiene todos mis agradecimientos, *Señora*”, con dignidad grave. “Sí, eso me convierte en un hombre pobre, claro. Por ninguna de esas mulas he pagado todavía; las pago ahora, de a poquito, y ambas están muertas.”

César nos ayudó a encontrar alojamiento cuando llegamos a la gran ciudad donde debíamos comenzar a trabajar, y donde no conocíamos a nadie. En sus visitas subsiguientes a la misma venía a preguntar por nuestro bienestar. Descubrimos que la exigua ganancia que derivaba de sus viajes se acababa en las *tiendas*, una combinación de posada y cantina, así que siempre que estaba en la localidad le permitíamos quedarse en nuestra casa, cuando por fin logramos alquilar una. Una noche traje consigo a un tipo alto y musculoso, un gigante en fuerza, a quien presenté como un amigo suyo y para quien suplicaba el privilegio de que se le dejara dormir en la casa. Después de que César partiera rumbo a Bogotá,

Francisco regresó una y otra vez para quedarse en nuestro hogar. Como era también un arriero, me cuestionaba sobre su larga estadía en la ciudad.

Una noche, cuando lo habíamos dejado, como de costumbre, tumbado sobre el piso de nuestro *zaguán* con su *ruana* enrollada alrededor de la cabeza y el resto de su cuerpo libre de ropa de cama, escuché el repentino tintineo de un plato contra otro. Despertando al Misionero susurré:

“Hay alguien en el comedor. Creo que es Francisco.”

El Misionero, con la luz en la mano, salió de prisa hacia el comedor. Allí estaba el hombre, aparentemente de ingenio muy lento como para moverse o hacer algún esfuerzo por esconderse.

“Francisco, ¿qué está haciendo aquí?”, preguntó el Misionero gravemente.

“Es sólo que estoy con un hambre muy grande y pensé encontrar tal vez algo de comer aquí.”

“Si usted estaba hambriento ¿por qué no nos pidió comida? Se la hubiésemos dado.”

“¡Yo no soy un pordiosero!”, acercándose con ultrajada dignidad.

“Le conseguiré comida ahora” y, ajustando la acción a la palabra, el Misionero vino a pedirme las llaves del armario.

“¿Qué va a hacer con él después de que le dé de comer?”, pregunté.

“Bueno, ¿qué debería hacer con él?”

“Por favor, enciérrelo en algún cuarto hasta mañana. No me sentiré segura con él merodeando por la casa.”

“Después de que coma se irá a dormir, no lo dudo. Se sentirá avergonzado de sí mismo.”

“No cuente con ello. El sonrojo raramente tiñe el rostro de un colombiano. Prefiero que usted le eche llave.”

“¿Pero dónde? Sólo hay una habitación a la que puedo echar llave en esta casa: el cuarto oscuro.”

“¿Cómo va a distinguir él la oscuridad de un cuarto en medio de la noche? Póngalo en el cuarto oscuro, por supuesto.”

Supremamente reacio, y ofreciéndole al hombre muchas disculpas, el Misionero lo encerró en el cuarto oscuro, poniéndolo en libertad con el primer asomo del día. Yo consideraba que a Francisco debía decirsele que, dado que había abusado de su privilegio, no podría dormir otra vez en nuestra casa; evidentemente el Misionero no quiso entrar en tales detalles puesto que antes de que transcurriera una semana el hombre estaba de nuevo en la puerta solicitando ingreso.

X

Bárbara

Bárbara fue la primera mujer en ofrecerse para servir en nuestro hogar. Después de muchos días de forcejear sola en medio del calor extremo tratando de organizar nuestras pocas posesiones en la vivienda que por fin habíamos conseguido, estaba contenta de aceptar a esa chica de apariencia tan poco prometedora. Un vestido mugriento, cuyas partes desgarradas habían sido unidas con imperdibles, liso cabello negro colgando descuidadamente sobre un rostro de aspecto grasiento, pies sucios más allá de cualquier descripción; no era de asombrarse que el Misionero adujera:

“¿Qué esperas hacer con esa criatura? No podemos llevar toda esa inmundicia a la cocina.”

“Ella afirma que ha venido del campo, que ha estado dos días en camino y está sucia por el viaje. Mañana se bañará y cambiará, y estará lista para preparar la comida de mediodía. Tengo la intención de probarla.”

La mayoría de las sirvientas colombianas son sumamente especializadas. La que cocina no servirá la comida; la que sirve la mesa no cocinará; la que plancha no limpiará el polvo; la

muchacha del comedor no lavará los platos; sólo la cocinera es idónea para hacer el mercado, pero la cocinera no puede ser inducida a que se aproxime a la tabla de planchar. ¡Y ahí tiene usted!: todo el trabajo que las sirvientas se niegan a hacer recae sobre los hombros de la señora.

Bárbara era sencilla y sin pretensiones. Estaba contenta de ser una criada para todos los quehaceres, y sin altivez hacía frente a no importa qué se le mandara a hacer. La vigorosa forma en que despachaba el café de las seis de la tarde, en que se acicalaba y se disponía antes de la siete para el mercado del día, era una visión refrescante. Los sábados, doblada bajo las provisiones semanales de verduras y frutas, volvía a la casa desde la plaza presta para ayudarme a barrer y a limpiar. Como aún no habíamos abierto la escuela, vivíamos humildemente y felices con una sirvienta, que gozaba de horas de asueto, aunque trazara la línea en una cosa: no fregaría. Así que hombres, mujeres, niños –cualquiera que pudiésemos conseguir en la calle– eran atraídos, de a uno o de a dos, para que ensayaran su suerte con el fregado.

Hemos aprendido la futilidad de tratar de enseñar a una colombiana a fregar. Fregar a conciencia es un arte desconocido, que nadie practica, y no se encuentra a nadie que ambicione aprenderlo. Un mundo que ha

perdurado durante todos estos siglos sin fregar puede continuar existiendo así, en lo que atañe a cualquier sirvienta en Colombia.

Recién llegada a Bogotá y tendida enferma (de demasiado trabajo y demasiado celo), observé a siete mujeres, durante seis días sucesivos, chapoteando en el agua, ocasionalmente salpicando y mojando una puerta. Entonces me levanté de mi lecho desesperada y fregué yo misma la puerta.

Cuando estábamos listos para trasladarnos a otra de las numerosas casas alquiladas en las que vivimos allí, el Misionero apuntó:

“No vale la pena que trate de conseguir a alguien para que limpie esa casa de modo que sea habitable. Tendré que hacerlo yo mismo al principio o al final, y es mejor que sea al principio, antes de que mi paciencia se haya hecho trizas.”

Así que se tomó una semana de vacaciones de sus deberes ministeriales (la escuela se hallaba también en receso) para fregar. Una puerta evidenció un desarrollo interesante. A medida que fregaba y raspaba con un cuchillo filoso, escarbando a través de capas sucesivas de mugre, se encontró con lo que parecía ser masa de pan. Llamó al hombre que estaba matando el tiempo por ahí, pretendiendo ayudar.

“Benito, ¿qué es esto?”

“La verdad, eso debe ser masa de pan, *Doctor*.”

“¡Pero vea las cantidades que hay en esta puerta después de raspar las capas superiores de mugre!”

“Es verdad, *Doctor*; pero hay mucha.”

“¿Fue usada alguna vez esta casa como una panadería?”

“No me lo parece. No lo es desde que estoy vivo.”

Sin embargo, la vieja madre de Benito, que se había acercado a escuchar lo que el *Doctor* estaba diciendo, recordaba bien que, hacía más de veinte años, la vivienda había sido una panadería pública y que esta misma habitación fue usada como cuarto de mezcla. Había perdurado para que el Misionero americano quitara la masa de la puerta, veinte años después de acumularse.

Y hablando de fregado, una imagen vívida fulgura ante mí. Estábamos en Bogotá y tratábamos de enseñarle a Dominga a fregar, pero nuestras instrucciones eran constantemente interrumpidas por las peleas y gimoteos de los dos hijos de la mujer. De repente, exasperada, ella agarró a uno de sus hijos por detrás de la nuca y lo sumergió en el balde de fregar, empujando su cabeza hasta el fondo del agua, no una, sino una docena de veces, hasta que nosotros protestamos puesto que el niño podía ahogarse. Dándole una buena

sacudida a modo de secado, lo depositó sumariamente en el patio, a pleno sol. El Misionero comentó que el pequeño tipo de bronce, sentado inmóvil, parecía exactamente un dios chino.

El defecto en el carácter de Bárbara se hizo pronto evidente. Habíamos comprado una olla, una olla buena, costosa, hecha en Alemania, que aún no habíamos usado. Habiendo decidido hacer un *puchero* para el desayuno, le dije a Bárbara que lo preparara en el nuevo recipiente ya que ninguna de las viejas ollas de barro podría contenerlo.

“¿Y dónde está la olla, mi *Señora*?”, preguntó ella.

“Pues usted la tiene en la cocina, con seguridad.”

“¡Yo, no! Esa olla seguro que no está en la cocina.”

Un rastreo cuidadoso, que comenzó en la cocina y culminó en el salón, no desveló olla alguna. No estaba en la casa, aunque nadie tenía acceso a la cocina, excepto la propia Bárbara.

En Colombia mantenemos bajo cerrojo y llave toda la cubertería de plata que, de hecho, no es necesaria para cada comida. Un día, al sentarnos a la mesa, no encontré en mi lugar ni cuchillo, ni tenedor, ni cuchara.

“Bárbara, usted ha olvidado disponer un puesto para mí”, comenté.

“Pero *Señora*, no puedo encontrar ni el cuchillo ni el tenedor suyo, y las cucharas no están en ninguna parte. No están en ese aparador, con seguridad. ¿Quién sabe donde están?”

“Bárbara, usted sabe que deben estar en el aparador. Usted es la única persona en la casa con excepción de nosotros; si se han perdido, la consideraré responsable de ellos.”

“No hay ninguno, mi *Señora*”, dijo perrunamente. Y siguió sin haber ninguno hasta que me dirigí a un baúl, lo abrí, y saqué otro juego. ¿Para qué discutir el asunto? ¿Para qué retener el sueldo miserable de Bárbara? Ella lo necesitaba, así como todo lo que pudiera darle, para vestirse, aunque fuese medio decentemente, y aparecer en la calle como sirvienta nuestra.

Así continuaron las cosas. Un pequeño efecto tras otro desapareció. Un día fue un par de zapatos de Hijito; otro, tres nuevas sombrillas traídas de Bogotá y costosas en Colombia. La chica debía haberse dado cuenta de que sabíamos que estaba vendiendo nuestros bienes en las calles, probablemente por una pequeña fracción de su valor. ¿Por qué transigir con ello? Yo estaba enferma, había soportado una operación bajo el cielo abierto de nuestro patio y realizada por doctores que jamás en su vida habían llevado a cabo la intervención; habían leído sobre ella, y

discutieron con nosotros sobre la misma, así que se arriesgaron. Durante bastantes semanas mi vida pendió de un delgado hilo, sin enfermera, aparte del Misionero, y sin ninguna sirvienta, a no ser Bárbara. Ella era buena con Hijito, que aún no tenía cuatro años, así que se quedó.

Una tarde abrasadora se ofreció a llevar al niño por una hora al parque, a una cuadra de distancia, puesto que durante semanas él no había estado fuera de la calurosa casa, donde no había nada verde ni apenas un hálito de aire. Parecieron interminables las horas de la tarde, que transcurrieron despacio. Bárbara e Hijito no llegaban. Al fin, justo cuando la oscuridad volaba bajo sobre nosotros, ella se acercó a mi cama, arrastrando consigo a un niño muy cansado. Ante la bienvenida visión de él una enorme ráfaga de alivio detuvo por un instante el latido de mi corazón. El secuestro no es desconocido, ni siquiera en Colombia. Un atractivo niño extranjero en las manos de una mujer inescrupulosa que había estado vendiendo todo lo que convenientemente sacaba de la casa: tenía motivos para la aprehensión.

“Oh, Bárbara, ¿dónde ha estado durante todas estas horas? Mi corazón ha estado enfermo, me he preocupado tanto por Hijito.”

“Es que no hemos estado en ningún lugar particular, mi *Señora*. Es que hemos pasado por

el puente de ese pequeño riachuelo por esa calle donde fueron usted y el *Doctor* a bautizar esos niños de don Rafael.”

“¡Usted nunca se llevó a Hijo tan lejos con este calor! ¡Porque esa es una caminata de unas buenas cinco millas!”

“Claro que no, así tan lejos no fuimos. Es que simplemente nos sentamos bajo un árbol en el camino; después regresamos aquí.”

Hijito se quedó mirándola solemnemente, pero nada dijo. No fue sino hasta muchos meses más tarde que confesó la verdad, e incluso entonces lo hizo de modo inadvertido. Estábamos en los Estados Unidos cuando alguien nos preguntó si alguna vez habíamos probado las hormigas fritas que en Colombia son consideradas el más regio de todos los manjares.

“No, ninguno de nosotros las ha comido, aunque hemos tenido muchas oportunidades de hacerlo”, replicó el Misionero.

“Sí, Padre, yo lo he hecho”, dijo Hijito. “¿Se acuerda del tiempo cuando Mamá estaba tan enferma y de ese día cuando Bárbara me llevó a caminar? Ella le dijo a Mamá que nosotros no fuimos tan lejos como para llegar hasta la casa de Don Rafael, pero lo hicimos, y me dieron de comer hormigas fritas. No me gustan; son demasiado picantes.”

Una mañana, unos días después de la caminata, Bárbara, vestida con sus ropas más

almidonadas, vino a mi cama para anunciar que se iba.

“¿Se va, Bárbara? ¿Pero por qué?”

“Hay muchísimo qué hacer con la señora metida en la cama. Me voy.”

E irse lo hizo, a despecho de nuestras protestas. De hecho supimos que la noche anterior se había llevado lejos su caja temiendo que nosotros la examináramos buscando bienes extraviados, lo que nunca se nos habría ocurrido hacer.

Una mansa mujercita con un bebé de un mes de nacido atado a su pecho tomó el lugar de Bárbara y se entretuvo en la cocina. Nos informó que Bárbara se había ido a una casa de su propiedad, para establecerse con un policía en una pequeña cabaña en el filo de la ciudad. Era ese el motivo de la desaparición de nuestros cubiertos de plata, ollas y cristalería. ¡Con toda seguridad Bárbara estaba arreglando su morada con estilo!

Como regla, estos “hogares” no están amoblados sino con uno o dos recipientes de barro, unas pocas cajas que sirven de sillas y una estera que, desplegada sobre el piso, hace de cama. No hay mesa ni cama ni asientos. Un pedazo de totumo toma el lugar de las cucharas, los cuchillos y los tenedores, y los alimentos se comen de la olla en la que se han cocinado –una manera fácil de dispensarse del lavado de la loza.

Sin duda, la naturaleza transitoria de este "hogar" es en parte responsable de tal magro equipamiento, pues debe tenerse en mente que este arreglo nunca es permanente. Se trata de algo nacido de la pasión, y sólo perdura hasta que la pasión titila, un mes, un año, raramente más. Luego la desafortunada niña, sus ropas hechas jirones, se encuentra, ella y el hijo no deseado, en la calle, sin un centavo, sin hogar y sin amistades.

XI

Encarnación

Cuando expiró nuestro semestre de licencia en los Estados Unidos, Hijita, de tres meses, se hallaba muy enferma, así que el Misionero se vio forzado a regresar a Sur América sin su familia. Lo seguí pocos meses después, haciendo el viaje no sólo con los dos niños, sino también con una caja de gallinas de pura sangre con las que esperábamos mejorar la raza de las aves domésticas en Colombia.

El Misionero había pensado alojarse en una posada hasta que volviese su familia. No obstante, después de llegar alquiló en cuanto pudo una casa para vivir y llevar a cabo los servicios religiosos. Descubriendo que no podía

mantenerse bien con la grasa y el ajo de la posada, contrató a una mujer para que le cocinara en la vivienda. Para embromar a los traficantes de escándalos empleó a una anciana criatura tambaleante cuyo rostro colindaba con lo horrendo, aparte de ser de una extraordinaria sosera.

La vieja Encarnación nada sabía de cocina, consistiendo su única idea en poner cualquier cosa dentro de un recipiente y llamarlo una “ensalada”. El Misionero vivió de “ensalada” tres veces al día durante meses. Vegetales, frutas, granos –todo aquello que la mujer conseguía en la plaza–, todo iba a la ensalada, embutida en un cuenco y colocada frente al Misionero para el desayuno, el almuerzo y la cena. Tampoco podía la vieja y marchita criatura poner la mesa. El Misionero sacó los manteles y trató de enseñarle.

“Primero el cobertor, luego el lienzo, uniformemente, así; luego la servilleta aquí.”

“Sí, sí, *Señor*, claro, yo lo veo todo.”

A la hora de la cena encontró la mesa tal como la había dejado. Esa noche cuando se fue a la cama se quedó perplejo al ver el cobertor de la mesa extendido ordenada y métricamente sobre su cama. Lo recogió, lo llevó al comedor y de nuevo dispuso la mesa, que estaba desnuda. A la siguiente mañana trató de aleccionar a Encarnación para que dejase la mesa como la encontrara.

“La protección pertenece aquí, no sobre mi cama. ¿Está segura de que entiende?”

“Sí, sí, *Señor*, claro, yo lo miro todo.”

La mesa permaneció puesta durante el día. Cuando el Misionero estaba listo para retirarse, allí estaba de nuevo el cobertor de la mesa, mirándolo, extendido cuidadosamente sobre la colcha de la cama.

Trató de enseñarle a tender una cama; sin embargo, durante todos esos meses en que perdió su tiempo por ahí creyendo que estaba sirviendo a su *señor* del modo más eficiente, nunca pudo entender que las dos sábanas de una cama se colocan juntas. El Misionero siempre encontró una sábana doblada y tendida al través a los pies de su cama, con el cobertor de la mesa encima de ella. La mujer no era obstinada, simplemente era incapaz de aprender.

Se quedó sólo un día después de mi llegada. Ella cuidaba a un pequeño nieto enfermizo de alrededor la edad de Hijito. Su cara marchita y lo que la ropa en harapos desvelaba de su cuerpo, que era casi todo, estaban cubiertos de llagas supurantes de apariencia repugnante. Durante el primer día él jugó con mi hijo manipulando maravillosos juguetes con los que jamás había soñado en toda su vida de hambruna. En una ocasión lo observé dándole palmaditas en la mano a la bebé mientras permanecía tendida en su cuna y él se

encorvaba sobre la misma para besarla, como había visto hacer a su hermanito. Después de eso, aunque fuese aborrecida por hacerlo, fui lo suficientemente cruel como para encerrar solo a la pobre cosilla en el solar.

A la hora de cenar Encarnación vació en su ensalada toda la leche de la bebé, que yo había preparado y dejado enfriando aparte. Por la noche le señalé al Misionero que él tenía más paciencia que yo; se había arreglado con Encarnación durante tres meses, empero un día era suficiente para mí. A la mañana siguiente debería irse.

“¿No despacharía usted a la desventurada y vieja criatura? ¿Además, después de que ha sido tan buena conmigo?

“No alcanzo a ver cómo ha sido tan maravillosamente buena con usted. Ella misma me ha dicho hoy que casi nunca tenía su ensalada lista para la cena, cuando usted la quería a las seis, y que estaba acostumbrada a ponerla en la mesa y dejarla para que se la comiera después de sus clases de la noche, a las nueve o diez. ¡Figúrese que ha estado sin alimento alguno desde las once de la mañana, después de almorzar con su desdichada ensalada, hasta las diez de la noche, y luego se ha comido esa cosa fría! ¡No me sorprende que haya estado tan enfermo! ¿Por qué no tenía ella sus comidas a tiempo? No tenía nada más que

hacer durante todo el día aparte de prepararlas.”

“Hay cosas que usted no conoce. Déjeme decirle lo que hizo hace unas pocas semanas. Usted sabe que voy cada semana a la ciudad de Rionegro para realizar el servicio para hombres del lunes en la noche. Un martes en la mañana, justo antes de amanecer, Encarnación, que estaba sola en la casa, se despertó por el sonido de disparos acompañados de gritos. Un grupo de hombres jóvenes había estado divirtiéndose toda la noche en alguna cantina y estaba rematando su jolgorio disparándole a esta casa. Cuando Encarnación se dio cuenta de lo que estaba pasando, agarró su machete y corrió afuera a desafiar a los hombres, exigiéndoles que se alejaran y dejaran tranquila la casa del *Doctor*. Allí se plantó ella, pegada firmemente a su machete, con las balas volando a su alrededor, tratando de hacerse oír y entender por los borrachos. Los vecinos me lo contaron cuando regresé, y la propia mujer no pudo hablar sino de su susto durante días. Su sentido de la responsabilidad hacia la casa y hacia mí empujó a esa pobre y tímida anciana a emprender una acción tan valiente como esa. Ella es, por supuesto, incapaz de aprender nada, pero ha hecho lo mejor que ha podido y no me gusta que se la despida, aunque me doy cuenta de que para usted, que necesita mujeres eficientes, no será de ningún provecho. ¿Qué

podrá hacer ella? Ya está demasiado vieja como para que se gane su sustento.”

“¿Qué hacía antes de venir aquí? Usted puede pensionarla si así lo desea, pero no aquí, puesto que no podemos hacer de nuestro hogar una casa de pobres municipal, además de tener ya en ella una escuela pública, una iglesia y, frecuentemente, un hospital. Dejaré que se vaya y nos arreglaremos de algún modo hasta que encontremos a alguien más.”

“No veo cómo lo haremos”, respondió dudoso.

Existen ciertos asuntos inherentes al quehacer de un hogar que nos es imposible realizar. Un caballero no debe llevar el mercado a su casa en un canasto a su espalda; existe una técnica, que nunca he adquirido, para moler la comida entre dos piedras; hay un arte elevado en equilibrar una olla de sopa sobre gavillas de leña que al ponerse sobre una repisa de ladrillo se desplazan, se desmigajan.

Tomamos a la primera mujer que se ofreció, Beatriz. Era una de aquellas sirvientas especializadas, y portaba unos modales altivos que rayaban en la insolencia. Se la admitió como muchacha del comedor, niñera y encargada de la ropa; a lo que protestó, declarando: “yo no puedo hacer tanta cosa.”

Todos los baúles y las cajas, a pesar de haber sido cubiertos con caucho, estaban mojados en virtud de su traslado a través de las

montañas, a lomo de mula, y sus contenidos estaban desarrollando un alarmante estado de moho. Cuando le pedí a la altanera Beatriz que me ayudara a desempacar y trasladar las cosas a sol abierto, farfulló y refunfuñó; aquello no estaba especificado así en el contrato. Cuando le solicité que hiciera el mercado y ayudara un poco en la cocina hasta que consiguiera una cocinera, se marchó dando muestras de una dignidad impresionante.

El Misionero comentó: “es justo lo que debía preverse. No se puede persuadir a ningún sirviente de clase alta para que trabaje para nosotros, y nuestra sencilla institución nunca se acomodará a una chica con el entrenamiento de Beatriz.

Cada día que pasaba traía a una o a más mujeres y, durante semanas, las ensayé a todas. A su turno, cada una resultó ser incapaz, y a medida que transcurrían los días iba yo misma, paulatinamente, volviéndome así.

Eventualmente nos resolvimos por Natalia y Elvira. La primera no había cocinado nunca y tampoco era grande y fuerte como para cargar el mercado desde la plaza hasta nuestra vivienda, a una milla de distancia, pero era limpia, seguía las instrucciones y quería hacer lo mejor que podía. Me aventuro a decir que ninguna otra cocina, en toda la ciudad, presentaba un aspecto tan brillante como el que tenía la nuestra mientras estuvo en manos de

Natalia. Las ollas y sartenes nuevos que había traído de los Estados Unidos colgaban en filas resplandecientes sobre la limpia pared de un blanco lavado, y cualquier peladura de papa y cáscara de maíz era recogida y puesta fuera de la vista, hasta que el lugar mostraba una cara tan sonriente como la que tenía la propia pequeña cocinera. La mayoría de las cocineras colombianas parece florecer mejor cuando está envuelta con un delantal chorreado; pero Natalia, con una asignación semanal de delantales que no era superior a la que siempre había otorgado a la cocinera, estaba siempre fresca y limpia. Sus inquietas y enérgicas maneras me recordaban a un petirrojo y me hacían sentir superflua en la cocina, así que la dejé valerse por sí misma, segura de que necesitaba poca supervisión. Los seis meses anteriores al desfallecimiento de Natalia, provocado por la presión del trabajo de cocinera de la escuela que abrimos, los considero el período más libre de preocupaciones culinarias que viví en Colombia.

Elvira, pesada de figura aunque alerta de mente, había trabajado durante su niñez en un convento. Allí había aprendido el aseo personal, el rigor en el cuidado de una habitación, la máxima perfección en el planchado que hubiera visto, y una sagacidad general en todos los asuntos de la vida. Me

gustaba su quehacer, a veces disfrutaba de su cháchara vivaz, pero jamás sentí que podía confiar plenamente en ella. No obstante, del largo catálogo de mujeres que me han servido, ninguna ha sido nunca más atenta en la enfermedad o más respetuosa en el trato que Elvira.

El Misionero había observado: “no podemos confiar en que nuestras sirvientas tengan autoestima, sean limpias y honestas, si dejamos que existan como lo hace la mayoría de su clase. ¿Qué autoestima puede tener una mujer que se tiende en el piso de noche, y de día se sienta en el suelo para tomar con sus manos su alimento de una olla? Compraré unas camas para la habitación de ellas y arreglaré una esquina del corredor con una mesa y sillas que les sirvan de comedor. Encárguese usted de hacer agradable su habitación y de conseguir los platos que se usan en la mesa. Ellas deberían tener alguna clase de mesón con un platón para lavarse y unas toallas; con un espejo y una barra de jabón se avanzará un largo trecho en pos de darle autoestima a una mujer.”

Al llevar a cabo sus sugerencias fui un paso más allá: doté las camas con sábanas, almohadas y fundas y dispuse un lugar donde ellas podían colgar sus ropas en lugar de tirarlas sobre el piso. Así empezamos nuestro trabajo misionero con nuestras sirvientas potenciales con la teoría de que la limpieza y la

decencia *podrían*¹⁵ conducir a la piedad. Muchas de nuestras mujeres apreciaron lo que tratamos de hacer por ellas, y se esforzaron por vivir a la altura de lo que de ellas se esperaba. Algunas hubo que declararon que nunca se habían sentado en una silla, y que no llegarían a saber cómo hacerlo; que no podían manejar un cuchillo y un tenedor y preferían no atormentarse con ellos; que el jabón reseca la piel y era dañino; que nunca habían dormido en una cama y tenían miedo de rodar fuera si trataban de hacerlo. Pero estas últimas fueron escasas, pues la mayoría de los colombianos son tan rápidos y tan propensos como los “yanquis” a la hora de adaptarse a unas condiciones mejores.

XII

Luis

No podemos comprar buena leche en el mercado. Ésta es traída en pieles desde largas distancias, es vertida en jarras de barro sin cubrir que sostienen entre sus rodillas unas mujeres sudorosas sentadas en los pedruscos de

¹⁵ En cursiva en el original.

la plaza sin rociar. La leche está llena del contagioso polvo levantado por las pisadas de miles de pies enfermos, a veces se corta cuando se hierve –aunque hervirse se debe–, así que no nos atrevemos a dársela a los niños.

Compramos una vaca y un ternero. Haciéndolos pasar a través de la puerta del frente, la única de nuestra residencia, les asignamos uno de los cuartos de la casa; no existen graneros en Colombia. Evidentemente no podíamos permitir que nuestras gentiles bestias se quedaran, tanto los días como las noches, bajo nuestro techo; sin embargo, Natalia no tenía ni el tiempo ni la fuerza para conducir las al corral, a lo largo de dos millas, todos los días.

En nuestra ciudad de tierra caliente el agua es un problema grave. Toda, no importa para qué propósito sirva, es traída desde cierta distancia sobre los lomos de los *burros* o de las mujeres. Los hombres que conducen los burros pertenecen a la clase más incompetente en Colombia; sus promesas nunca se concretan. “Sí, *Señor*, con toda seguridad le traeré siempre a su honorable persona esas ocho cargas de agua todos los días. Claro que lo haré.”

Y, por supuesto, no lo hace. Vamos a la cama sin agua en la casa. Nos levantamos sin agua en la casa; ni una gota para los baños, ni para preparar el café, ni para lavar la loza. El

Misionero sale a la calle y aborda a cualquier arriero con *burros* cargados de agua que ve.

“No, *Señor*, no le puedo permitir esta agua. Ésa es de un contrato.”

“No, *Señor*, es que no soy un arriero público de agua. Esto es para una casa particular; soy el muchacho de *Don Alejandro*.”

Disgustado, cansado, habiendo derrochado la mañana, el Misionero, pagando el doble de lo que vale, consigue dos cargas de agua a tiempo para que la cocinera empiece la preparación de la comida de las once. El trabajo del hogar, así como el del Misionero, ha quedado detenido en espera del agua.

Decidimos que sería un ahorro traer nuestra propia agua. Así que agregamos un *burro* a nuestras posesiones y le asignamos una esquina en el apartamento donde pernoctaba de la vaca. Como consecuencia de estas compras conseguimos a un hombre.

Luis vino a nosotros declarando francamente que salía justo de la prisión donde había pasado un término prolongado. Se ofreció a hacer lo que le fuera asignado por una simple miseria –su alojamiento–, si es que tanto podíamos darle; y permitirle tan sólo una oportunidad para comenzar de nuevo. No le preguntamos cuál era su crimen, y no lo confesó, así que aún hoy ignoramos porqué fue aprehendido. Alto, erecto, ágil, tenía una figura desacostumbrada para un hombre de su clase.

Su cara astuta, de tornadizos ojos, llevaba una larga cicatriz que le cruzaba la mejilla y un ojo. Se ponía siempre un sombrero grande que tiraba hacia abajo sobre su rostro. Fuesen las que fuesen sus faltas, había algo en él que de mucho lo expiaba ante nuestros ojos; amaba al Misionero y a su familia. Era especialmente devoto de Hijito. ¿Podría el *Señorito* acompañarlo en éste o aquél mandado? ¿Le permitiría unos pocos minutos para tallar un juguete para el *Señorito*?

¿Sabrá alguna vez alguien qué extraña vida escondía un personaje como Luis? Había servido en la comisaría militar; había visto la mayor parte de Colombia errando de ciudad en ciudad; había trabajado en casi todo y su competencia en diversos oficios era considerable –esto en un país donde pocos hombres de su clase apenas dominan alguno–. Remendaba tanto nuestros zapados como nuestras sillas, hacía nuestro mercado y nos prescribía remedios, servía una mesa y pintaba nuestra casa, limpiaba nuestros tableros y leía nuestros libros; y todo lo que hacía estaba bien hecho. Iniciaba y terminaba su trabajo portando una dignidad distante que lo hizo acreedor de un mal nombre entre los de su clase. Malhumorado, silencioso, con arrebatos de rabia irracional que estallaban en una furia loca, era llamado “difícil” y nadie sentía simpatía por él. Sin embargo, terminamos por depositar

nuestra confianza en él y por pensar que no podríamos mantener la casa sin tener a Luis para que llenara cada nicho y cada grieta.

Un hombre extraño, y más extraño aún en lo tocante al romance de su vida –pues sinceramente creo que ése fue el romance de su vida–; él amaba a Elvira.

Nada de lo que ella hiciera le sentaba bien a él. Con una perversa mueca, profería los más mordientes comentarios sobre su vanidad, mientras la observaba embadurnarse profusamente su piel morena con fécula en polvo; era el censor de cada nueva cinta o de cada pretina nueva; la ridiculizaba agriamente por usar el cepillo de dientes y la lima de uñas; estaba en desacuerdo con cualquier cosa que dijera y se burlaba de su dicción; encontraba tachas en sus ires y venires, en su forma de cuidar a los niños o de barrer. Sin embargo, la amaba; sus ojos seguían cada uno de sus movimientos y jamás se cansaba de alabar su destreza en el planchado, su rápida y aguda réplica, su piel satinada. Pero nunca en presencia de ella, –¡eso no!–. Sus palabras de admiración estaban reservadas para nuestros oídos solamente. Estaba furiosamente celoso de ella. Elvira era una chica atractiva, aunque no era bonita. Un aire agradable de crujiente orden y habilidad consciente la envolvía, de modo que cuando sacaba a nuestra Hijita para airearse, con frecuencia las *señoras* me

preguntaban dónde había conseguido a una criada tan poco corriente.

Nunca había escuchado o soñado siquiera sobre algo parecido al modo en que Elvira y Luis se peleaban. Una y otra vez el Misionero pidió que despidiera a Elvira para que Luis se comportara. ¿Cómo podía decidirme a despachar a una mujer que era limpia? Sin embargo, ¿cómo podíamos arreglarnos sin Luis?

“Me costaría más contratar a un hombre para pintar la casa que lo que asciende el salario de Luis de un año. ¿En qué parte podríamos encontrar a otro hombre que fuese por medicinas en medio de la noche o que ayudase en ocasiones en la cocina?”

Así argumentaba el Misionero y ambos sirvientes se quedaron, riñendo de mal en peor cada día, a pesar de nuestras protestas.

Una mañana, justo al amanecer, Luis irrumpió en nuestra habitación en ardiente paroxismo. Estaba sin camisa pero sostenía en su mano unos pocos jirones de la prenda que debía haber vestido y que agitaba frente a nuestras caras.

“¡Miren! ¡El trabajo de Elvira! ¡Elvira!”, gritaba. “Ella arranca la camisa de mi espalda. ¡La tigresa!”

“¿Y qué hizo usted, Luis?”, preguntó calmadamente el Misionero.

Las palabras, rápidas y furiosas, salían de sus labios, su rostro distorsionado por el frenesí. Había arrojado su cepillo de dientes y pateado su vasija de lavarse, aplastando su jabón perfumado sobre el piso de ladrillo con su tacón.

“¡Las cosas de las *señoras* en las manos de una sirvienta! ¡Uf!”

El Misionero, con su usual tacto, despachó al hombre a hacer un recado que lo mantuvo en el campo todo el día, y me comentó:

“La explicación de todo esto se encuentra en los eventos de anoche. Mientras estaba dirigiendo la reunión de hombres, vi a Elvira en la calle caminando de arriba abajo con el hijo de la mujer que se ocupa de la *tienda* de la esquina. Luis cree que porque Elvira “hace de mona de las *señoras*”, como dice, llama la atención de hombres mejores que él. Luis está celoso. Usted debe mantener a Elvira lejos de la calle al atardecer.”

XIII

Visitas

Poco después de regresar de los Estados Unidos estaba otra vez enferma, cinco semanas

“tirada en la cama”. Entonces Luis y Elvira fueron dejados en buena medida a su propio arbitrio. Por fortuna aún teníamos a la pequeña y fiable Natalia en la cocina. ¡Cuán sabio fue el gran dramaturgo cuando nos recordó, a través de los labios de Antonio, que es el hacer de los hombres malvados lo que los sobrevive!¹⁶ Natalia era demasiado buena como para dejar que se inventaran cuentos sobre ella. Al dejarnos entró a trabajar con una familia alemana como niñera de una pequeña *Fräulein*¹⁷ rolliza, y allí todavía está, ahora tan robusta gracias a su vida fácil que sus ojitos brillantes no cesan de esconderse más y más a la mirada.

Entre quienes venían a preguntar regularmente por mí estaba Bárbara, llevando sobre su pecho a un enfermizo trocito de humanidad, su hijo. La mujer estaba en harapos y mugrienta hasta tal grado que descaradamente mendigaba ropa para sí y para el niño.

“¿Está usted sirviendo ahora, Bárbara?”, pregunté.

¹⁶ La autora recuerda una línea del Acto 3, Escena 2 de *Julius Ceasar*, de William Shakespeare, cuando Antonio dice:

Friends, Romans, countrymen, lend me your ears;
I come to bury Cæsar, not to praise him.
The evil that men do lives after them;
The good is oft interred with their bones.

¹⁷ *Señorita*: en alemán y cursiva en el original.

“¡La *Señora* Mauda muy poco entiende! ¿Cómo puedo estar en el servicio con mi pequeño bebé? ¿Y cuál es la señora que me emplea ahora? Pero claro que ninguna.”

“¿Cómo vive?”

“Pues claro, como viven todas las mamás que cargan recién nacidos. En la espalda llevo la leña y el heno, los plátanos, la *yuca*. Pero estoy de lo más cansada y siempre con muchísima hambre, y el pequeño no sigue bien. Piensa morirse, me parece. Él es todo lo que tengo; no me conformo con su muerte.”

“Si usted lo bañara todos los días, Bárbara, cabeza y todo, y tratara de mantener limpias las cosas a su alrededor, crecería más fuerte. Trate, además, de no tenerlo tan apretado en este sucio pañolón de lana; ¡vea, le ha irritado la piel hasta hacerlo sangrar!”

“¿Y cómo es que puedo evitar eso, mi *Señora*? Ese pañolón es todo lo que tengo para amarrarlo a mi pecho cuando llevo esa carga sobre mi espalda.”

“Es una lástima que tenga que llevarlo todo el día en medio del calor, sujetado a su cuerpo sudoroso. Él tiene demasiado calor todo el tiempo, y supongo que usted mantiene incluso su cabeza cubierta dada la violencia de los rayos del sol. ¡Pobre pequeñito, cómo sufre! Pero le ayudaría muchísimo si lo bañara todos los días; le mostraría como hacerlo si fuera capaz de sentarme. Comience con su cabeza,

enjabónela bien, ¿ve? ¡ahora se está enconando todo!”

“Pero, *Señora* Mauda, nunca pondría agua sobre la cabeza de un bebé; con eso saldría bobo.”

“Oh, Bárbara, ¡qué tonta es esa idea! Nada cierto hay en ella.”

“Todo el mundo cree esa cosa.”

“Sí, todo su mundo lo cree, lo admito. ¡Y vea cómo sufren los bebés a causa de ello! Mire a esos niños míos: ¿son bobos? ¿No tienen ellos un buen cabello?”

“El Angelito Blanco” (así era como todos los sirvientes llamaban a Hijita) “tiene el cabello más hermoso del mundo. Parece pura seda nueva.”

“Sí, es como seda cruda y su cabeza siempre ha sido lavada con jabón. ¿Tiene algún lugar donde pueda bañar a su hijo?”

“¿Y qué lugar podría tener?”

“¿Dónde se queda por las noches?”

“Duermo sobre la tierra en una pequeña esquina de la choza de una viejita que me deja, por allá”, y señaló con el dedo hacia el sur.

“Usted puede bañar aquí a su bebé ahora, si quiere, y Elvira le ayudará y mostrará cómo hacerlo.”

Pero Elvira no lo haría. ¿En qué estaba pensando la *Señora* Mauda al dejar a semejantes criaturas en la habitación de los niños, usando sus recipientes de baño?

“Traiga entonces la vasija de lavarse de las sirvientas. Los gemidos de este niño acabarían si se lo bañase, empolvase y envolviera en una tela fresca y suave.”

“No tengo tiempo para bañar a ese mocoso. Tengo mucho que hacer ahora. Claro que por ser precisamente la sirvienta de la *Señora* Mauda ella no tiene derecho a ponerme a bañar a semejante criatura. Yo no lo hago.”

Había sangre indígena en Elvira; cuando no quería, no quería. Lo único que podía hacer era pedir que Hijito me trajera algunas cosas de mi pequeña niña y una caja de harina en polvo, con jabón y toalla. Se los entregué a Bárbara y ella prometió que, de algún modo, se arreglaría para bañar al niño ese mismo día, cabeza y todo. Tenía dudas de que cumpliera su promesa, especialmente en lo relativo a la cabeza, aunque parecía que la mujer estaba dispuesta a ensayar lo que fuera con tal de salvar la vida de su hijo.

Una semana más tarde regresó muy elegantemente vestida con una de mis pretinas blancas, en el interior de cual había cosido por todas partes tiras de arpilleras amarillentas para hacer la prenda unas seis tallas más grande de lo que originalmente fue y así poder meterse en ella. El enclenque bebé estaba tan transformado que apenas lo reconocí. Razonablemente limpio, su cabeza mejor, colgaba de la toalla de baño suspendido con holgura del pecho de su madre, tranquilamente dormido. Bárbara resplandecía

como una amapola ante la mejoría de su crío. El Misionero le había conseguido un lugar en la pequeña fábrica de cigarrillos donde, si probaba ser apta para el trabajo, podría ganar lo suficiente para mantenerse ella y vivo al niño.

“La única dificultad es que las horas son muy largas y usted tendrá que dejar al bebé solo todo el día sobre el suelo húmedo en ese hueco oscuro de la choza, porque, naturalmente, no puede llevar al niño consigo.”

“Si yo fuera capaz de pagarle, aunque sean unos pocos pesos, lo dejaría con una mujercita que conozco. Ella es ahora la mujer de un caballero; él la ha establecido en una casita, incluso con una sirvienta. Una vez fue amiga mía. Ahora, con seguridad, es muy orgullosa, pero por poca plata creo que pone a mi bebé, limpio y hermoso como es, a que se acueste al lado del suyo. Pero es demasiado bueno que el Doctor y la *Señora* Mauda estén conmigo, y no lo merezco para nada.”

“Pero lo va a merecer, Bárbara. Usted criará a su hijo para que sea limpio y fuerte. Tendrá que volverlo a traer pronto para que me vea.”

Durante esas semanas de enfermedad, la temblorosa y vieja Encarnación estaba también entre mis visitantes. Acarreó consigo a su escuálido nieto.

A Hijito le produce placer regalar sus posesiones. Siempre ha sido difícil evitar que se despoje de los juguetes y de la ropa, tan ansioso

está de compartirlos con niños menos afortunados. Un día, cuando tenía tres años, lo pesqué entregando, a través de las barras de la ventana, un par de sus más lindos zapatos a un grupo de niños con la boca abierta, cada uno de ellos desoladamente desnudo. Ahora, que es mayor, conserva una caja en la que se pone todo lo que, luego de consultarme, se considera que puede darse. De la caja escogió cosas para el pequeño Juanito mientras la anciana se sentaba estrechando sus manos bajo el pañolón y hablando conmigo.

Continuó divagando, murmurando y chisporroteando, de modo que yo apenas entendía unas cuantas palabras de lo que estaba tratando de decir. Después de una media hora de tal guisa, cuando creía que se iría puesto que Elvira ya había cumplido mis instrucciones y colocado en el suelo, al lado de la mujer, una pequeña canasta de comida para que la llevara consigo a su casa, repentinamente tiró hacia atrás la punta de su viejo pañolón y descubrió a una gallina viva. Era una pequeña gallina negra y jovial, que parpadeó y protestó ruidosamente tan pronto como la golpeó la luz. Encarnación la encajó más ceñidamente bajo su brazo mientras yo miraba al animal con asombro.

“Mire esta gallinita mía”, dijo ella.

“Sí, la estoy viendo. ¿Qué va a hacer con ella?”

“Gallo no tengo; esta gallina sólo. Pero quiero criar los pollos, por lo que aquí le traigo la gallina. La pongo con esas gallinas del *Doctor*. Sus huevos me los llevo a la casa y cuando tenga hartos yo crío esos pollos.”

Lo sorprendente del asunto: ¡que Encarnación pudiera concebir todo eso tan bien! Reí ante la astucia de la mujer que nunca había aprendido cuál era el uso de un cobertor de mesa.

“Ese me parece un plan muy bueno, Encarnación. La única pregunta es: ¿cómo va a distinguir su huevo de los otros?”

“Ese huevo yo lo conozco. Es un huevo particular.”

“Bueno, si acaso hubiera algún huevo, ese sería probablemente el suyo, ya que nuestras caprichosas gallinas no están poniendo. Ellas resienten tanto el calor como el vivir de afrecho; porque el maíz es tan caro que no podemos comprarlo y los copos de avena no se conocen en este país.”

“Y esos copos, ¿qué serían?”

“Oh, son un grano que no se cultiva aquí. ¿Ha visto nuestras aves últimamente? Elvira les ha puesto nombres. A ese gallo, alto y larguirucho, lo llama Juan-y-medio. Usted conoce a Juan-y-medio, por supuesto; ¿al *Señor Don Juan Cortés*, tan sumamente alto y delgado que todo el pueblo lo conoce como Juan-y-medio? Elvira dice que nuestro gallo negro de

piernas largas le recuerda a *Don Cortés*, así que toda la escuela lo llama Juan-y-medio.”

Todas mis bromas se desperdiciaron con Encarnación. Ella me miraba con aburrimiento, sin comprender nada.

“Lleve su gallina al solar y póngala con las otras. Hijo, tráele ahora a Juanito a su abuela; ellos se van a casa.”

Así me deshice de ellos.

Desde entonces la mujer regresó todos los días a la casa a recoger el huevo, y si no se encontraba en el solar huevo alguno, se le daba uno. Así continuó esto por largo tiempo hasta que un día Luis se paró respetuosamente frente a mí y me preguntó que hasta cuándo iba a seguir aquello. Durante una semana yo había estado dando clases a los niños más avanzados de nuestro bachillerato, puesto que, con excepción del Misionero, saturado ya de trabajo, no había nadie más que lo hiciera. Pero me hallaba enormemente impedida por una debilidad todopoderosa, que me impelía a colgarme de los muebles y escritorios para sostenerme.

“Ay, Luis”, contesté. “Había olvidado la existencia de la anciana y su huevo. ¿Todavía está poniendo su gallina?”

“Pues claro que no. Nunca ha puesto. ¿Puede una cosa tan pequeña poner un huevo? Ni siquiera tiene el tamaño de un pájaro decente.”

“Pero, ¿eso no es molestia para usted? ¿No se opone a que la mantengamos allí? La pobre

criatura probablemente no puede comprar nada para darle de comer.”

¡Qué sonrisa tan desagradable, tan siniestra, tenía Luis! Me produjo una impresión muy desfavorable.

“Mi *Señora* Mauda claro que hace lo que quiere, y siempre eso es lo mejor. Pero a mí no me parece bueno que el único huevo fresco que tenemos se lo lleve todos los días esa anciana. La propia *Señora* Mauda necesita ese huevo. ¿Acaso no tiene ella una palidez que me duele mucho?”

“Gracias, Luis”, respiré, muy humildemente. “Cuando hoy venga la mujer puede decirle que se lleve su gallina. Ya es hora de que críe a esos pollos.”

XIV

Elvira y Luis

Cuando les placía, Elvira y Luis podían conspirar juntos de forma pasmosa.

Una familia, a la que habíamos tratado de que se interesase en las enseñanzas de la Biblia, empezó a asistir a nuestros servicios, y para demostrarnos su simpatía nos enviaron un guacamayo. El pájaro era de un esplendor y atractivo que cautivó a Hijito, y su placer no conocía límites, aunque el deleite que emanaba

del regalo era todo suyo; el resto no queríamos un guacamayo. De habernos gustado, podríamos haber tenido algunos, puesto que siempre son fáciles de adquirir; empero son unas criaturas sucias, ruidosas y traviesas. Teníamos ya suficiente bulla y travesuras en la casa, y de sobra, atestados como estábamos entre cuatro paredes, confundidos junto con los estudiantes, los sirvientes y los niños.

Elvira compartía nuestro disgusto por la incorporación del guacamayo a la familia y, a diferencia de nosotros, expresó su desaprobación en términos agudos y enérgicos. El Misionero y yo sólo nos atrevimos a sonreír tristemente y a comentar cuán hermoso era el pájaro. De haber siquiera parecido como si no apreciásemos el regalo en grado sumo, los donantes habrían sido inmediatamente informados del hecho, distorsionado por las exageraciones, y la familia nunca más se habría aparecido por la iglesia. En nuestra ciudad nadie depende del sistema telefónico para la propagación de las noticias. Tenemos un sistema propio, mucho más eficiente, sin tener la molestia de usar auriculares. Al parecer, el aire es eléctrico y transporta sin cable los mensajes en el acto.

El guacamayo se quedó un día con nosotros. La mañana siguiente, cuando Hijito corrió a la cocina a buscar a su mascota, la que, de paso, estaba tan enojada y “furiosa” que el niño no se atrevía a aproximársele demasiado, el pájaro

había volado. La forma como había levantado el vuelo, con su pesado cuerpo y sus alas recortadas, era un misterio para todos nosotros. Los lamentos y sollozos de Hijito pusieron incómodo al hogar entero. La compasión de Elvira hacia el niño fue inigualable; trató de consolarlo por todos los medios a su alcance, y cuando descubrió que no había consolación para él a menos que le atraparan al pájaro, ella misma se ofreció a ir a las casas vecinas para preguntar si, por casualidad, el perezoso guacamayo había escalado nuestro techo y descendido en el patio equivocado. Para el gato o el ave de corral éste es un truco fácil por cuanto los techos de una cuadra completa se hallan unidos en toda suerte de ángulos. Como el trabajo de la mañana aguardaba a Elvira, señalé que debía enviarse a Luis a la gira de investigación. Él partió, muy reticente. Una hora más tarde regresó informando que había fracasado en la búsqueda; ningún pájaro como ese había sido visto en parte alguna.

¡Cuán inexplicable parecía la desaparición de una criatura cuyos poderes de locomoción no eran muy superiores a los de una tortuga! Desde el principio el asunto estuvo rodeado de cierta incógnita, pero nunca sospechamos la verdad.

El siguiente sabbat la nueva familia no se presentó a ninguno de los servicios, hecho que consideramos muy extraño. Quizás pensaron que

no habíamos agradecido suficientemente el regalo del guacamayo.

El lunes fui a su casa y me saludó el áspero clamor de un guacamayo que gacho se escurría en el corredor. El pájaro conservaba su farfullar irritante y, sentada en el salón desde donde podía observarlo, comenté:

“Ese guacamayo se parece mucho al que tan amablemente usted nos ofreció. Infortunadamente el nuestro no se quedó con nosotros; el segundo día se fue a alguna parte y dejó a Hijito con una gran pena. Luis lo buscó pero no pudo encontrarse.”

Mi anfitriona me miró fijamente, sin expresión alguna en el rostro, pero no contestó. Terminé mi visita sin haber obtenido ni una sola pista sobre el porqué ningún miembro de la familia había asistido a la iglesia el día anterior. Nunca volvieron.

Meses después supimos que Elvira había tomado al guacamayo en sus brazos después de anoecer y lo había llevado de vuelta a los donantes, declarando que el *Doctor* y la *Señora* Mauda no querían al pájaro y lo devolvían. Luis sabía esto y, cuando lo mandé a cazar al guacamayo, se fue a la *tienda*, permaneció allí una hora, y regresó informando que no había podido encontrarlo. ¿Cuál debió ser la opinión de esa familia sobre nosotros?

Una anciana descolorida, María de los Dolores de nombre, hacía estropicios por ahí en

la cocina haciéndose pasar por cocinera, cuando Elvira, que estaba dotada con una mente vivaz, decidió que tenía hambre de pollo. De inmediato, a las diez de la noche, cuando el hogar dormitaba pacíficamente, se dirigió al solar y le torció el cuello a una de nuestras gallinas antes de que ésta pudiera emitir un graznido de protesta. Pronto el ave entera, cabeza, patas y todo, estaba burbujeando alegremente en la olla.

Cuando vamos a comer un ave, insisto en verla antes de que se arroje a la cazuela. De otro modo, aparece ante nosotros en la mesa de cuerpo entero, incluyendo los ojos y las uñas de las patas. Aún si la quisquillosa *señora* extranjera se niega a comer la cabeza y las patas de un pollo, éstas sin embargo no se desperdician; son hervidas aparte y relamidas por los sirvientes que las consideran la mejor parte de la comida.

Luis, que estaba a cargo de la pesada llave de hierro de la puerta, fue enviado por Elvira a comprar macarrones, ajo y no sé qué más a la *tienda* de la esquina, que es un negocio de víveres, una panadería y un bar, todo en uno, y permanece abierto casi toda la noche.

Puedo muy bien adivinar que fue el guiso más sabroso que preparó Elvira. De todo esto ni un sonido, ni un olor tampoco, penetró en el corredor interior donde dormíamos. En "El Oasis", donde entonces residíamos, la cocina está tan distante del resto de la casa que nada de lo que ocurra en ella, salvo que se trate de un

terremoto, puede ser oído en las otras habitaciones.

Cuando al filo de la medianoche el festín estuvo listo, Elvira y María de los Dolores llamaron a Luis para que las acompañara. Pero –aunque lo habría dolorosamente tentado– el hombre se negó incluso a probar el guiso.

“¿Y esto por qué?”, preguntó Elvira.

“Yo no le robo al *Doctor*. Tampoco como de eso que le ha sido robado.”

Elvira sonrió.

“Esto no es robar. ¿No es que usted cuida a esos pollos y hasta yo les pongo agua todos esos días? Muy claramente ello no es sino el pago por el trabajo de nosotros.”

“La *Señora* me paga por mi trabajo. No tengo que robarla por ese pago.”

“Usted mismo fue el que me ayudó a que el ave estuviera lista.”

“Eso claro que no lo hice.”

“Usted mismo fue el que me compró todas las cosas en la *tienda*, pero ahorita.”

“Eso, sí, es diferente. Es el oficio mío comprar todo lo que se necesita aquí.”

“¿Y a las diez de la noche?”, se burló Elvira.

“Y a las diez de la noche si me manda a hacerlo. Eso no tiene nada que ver con la gallina del *Doctor*.”

Ningún esfuerzo persuasivo lo indujo a probar el ave. Permaneció de pie a un lado recostado contra la pared, con el cigarrillo en la

boca, hasta que las dos mujeres se hartaron hasta sus límites y escondieron debajo de sus camas lo que no se pudieron comer.

Luis nunca mencionó este acontecimiento con alguno de nosotros. El teléfono inalámbrico me lo transmitió al día siguiente, pero ninguno de los sirvientes jamás supo que lo había descubierto. A menudo cavilaba sobre los sucesos que el sistema inalámbrico podría haber dejado de reportarme.

Una mañana de sabbat, los seis meses de un clima abrasador fueron rotos por un golpeteo, la sorda avalancha de la lluvia. A lo largo de todo el día los cielos derretidos empaparon la tierra sedienta y marchita hasta que las calles se convirtieron en espumosos ríos, y toda la ciudad parecía flotar. Vendavales de viento torrencial lanzaban láminas de agua en los rostros de quienes se atrevían a desafiar a la naturaleza, que mostraba su temperamento más salvaje, al tratar de abandonar su resguardo. Seis meses de evaporación cayeron durante ese mismo número de horas.

Nuestro maestro principal y su joven hija vivían al otro lado de un pequeño parque sin árboles, en frente de nuestra casa, y pasaban a comer con nosotros. Para ellos era imposible aventurarse a través de la tempestad, de modo que cuando la comida de las once estuvo a punto de servirse, decidí que alguien debía llevarles su alimento. Elvira se ofreció a ir. Ella se dirigió a su

cuarto y reapareció con sus amplias faldas recogidas encima de sus rodillas y revelando una sorprendente superficie de un desnudo miembro trigueño.

Mientras yo disponía el desayuno de los Ireguis en una vasija, Luis entró en la habitación. Miró fijamente a Elvira, después se volvió hacia mí y preguntó:

“¿La *Señora* Mauda envía a Elvira a la calle hoy?”

“Ella ha ofrecido llevar el desayuno a los Ireguis.”

“¿No ve la *Señora* Mauda claramente que este no es un día para que una mujer vaya a la calle? La cosa no es posible para ella.”

“Ah, bueno, Luis, a mí no me importa quien lleva el desayuno al *Señor* Iregui con tal de que le llegue. Quien lo haga tendrá que tener suma precaución para mantenerse en pie al cruzar la calle, porque la fuerza y profundidad del agua son considerables. Quizás sea más seguro que vaya usted, que es alto, y puede caminar en el agua mejor que Elvira.”

Así intentó él proteger a Elvira.

Se despachó al hombre mientras la mujer continuó sirviendo la comida cuando, repentinamente, una sección de la pared de barro situada entre el corredor y el solar fue empujada hacia el interior de la casa. Al instante una corriente de agua roja, que arrastraba tierra, palos y piedras, se derramó en el patio y en el

comedor, a través del corredor, antes de que pudiéramos escaparnos.

En las montañas de los Andes nada está a nivel y todas las poblaciones parecen rodar y reposar sobre los montes de la forma más distraída. Las estrechas calles de estas ciudades son anegadas por estos torrentes de agua que, cuando llueve, corren a lo largo de ellas. Los frentes de las casas de *adobe*, que enmarcan las calles, están en la línea de la acera, lo que motiva que las habitaciones del frente queden mucho más abajo que el resto del edificio, a menos que se excave la tierra de los cuartos de atrás. Los sótanos son desconocidos; los pisos están hechos de suaves ladrillos, de un pie cuadrado, colocados directamente sobre el suelo. Si acaso hay un pequeño patio trasero adjunto a la pared, llamado *solar*, es casi infalible que se encuentre de dos a veinte pies por encima del nivel de la casa.

En "El Oasis", como era llamada nuestra casa alquilada, el solar estaba a unos buenos diez pies más arriba de las habitaciones. El lago recién formado en el solar, incapaz de vaciarse por sí mismo mediante los canales regulares provistos por el agua, había minado la pared y estaba desembocando dentro de la casa.

El Misionero, Luis y Elvira, cada uno con una vestimenta tan remangada como era posible, lucharon por horas para frustrar el malicioso propósito del improvisado lago, mientras los

niños y yo nos apiñábamos sobre las camas, observándolos. Por fortuna, era época de vacaciones y había pocos internos en la casa.

Nada podría haber excedido la camaradería que aunaba a nuestros dos sirvientes mientras trabajaban juntos. Semejaban dos palomas en su acuerdo de propósito.

Una hora antes de la caída del sol la avalancha cesó tan abruptamente como había comenzado. Casi al mismo tiempo el exhausto Misionero caminó con dificultad a través del pie de barro y agua que cubría nuestros pisos para ir a resguardarse allí donde su familia había buscado refugio, y anunció que el solar refractario estaba por fin bajo control y que él podía ya limpiarse y descansar. El desayuno intacto estaba aún extendido sobre la mesa, y el hogar se avivó frente a tal indicio de su apetito.

Chapoteando hasta la cocina, preparé un poco de chocolate. Cuando regresé con los alimentos, encontré a Luis y a Hijito doblados y absortos sobre una caja de zapatos llena de algodón sobre la cual estaban derramando unas pocas gotas de queroseno.

“¿Qué están haciendo ustedes dos?”, pregunté.

“Luis me hace un barco de fuego”, respondió Hijito.

Terminada la preparación, el niño lanzó su barco desde el umbral al tiempo que Luis le arrojaba dentro un fósforo encendido. La cerilla

alcanzó el queroseno, el algodón ardió, la caja de zapatos se mecía y ondeaba locamente mientras daba vueltas en el riachuelo espumoso que corría a través de la calle: sin duda, aquel era un maravilloso barco de fuego.

“¿Qué le hizo pensar en eso, Luis?”, pregunté.

El hombre apenas hizo una mueca mientras trataba de sonreír, sin contestar nada.

En diez minutos el río de la calle sostenía docenas de ondeantes llamas de fuego fabricadas, ya que todos los chicos de la vecindad al instante agarraron la novel idea de solaz de Luis y la copiaron. Cada puerta estaba repleta de caras sonrientes y de danzantes niños gritones. Un barco después del otro era lanzado, algunos se derrumbaban de inmediato, otros navegaban locamente descendiendo por la rápida corriente, para alcanzar, franquear o aventajar a alguna embarcación más pequeña. Ocasionalmente dos barcos chocaban entre sí sin volcarse y correteaban serenamente juntos, mientras sus satisfechos dueños gritaban “¡Un matrimonio! ¡Un matrimonio!”

La oscuridad cayó pronto; las pequeñas llamas que se habían balanceado, cabrioleado y corrido tan valientemente en medio de la inundación se deslizaron fuera de la vista, y el regocijo de la vecindad llegó a su fin. Habíamos reído juntos aunque entre nosotros no había nadie que no tuviera que regresar de la diversión

de la calle a una casa enterrada por el barro y el agua. Aunque bastante mal había quedado “El Oasis”, habíamos salido mejor librados que muchos de nuestros vecinos, algunos de los cuales habían perdido paredes completas de sus viviendas o partes del techo.

El lunes Luis y Elvira trabajaron heroicamente para brindarnos unas condiciones normales de limpieza.

XV

Socorro

Cierta tarde creí que era mi deber hacer una visita por largo tiempo olvidada. Dejé a Hijita con Elvira y traje a Hijito conmigo. Estuvimos fuera una hora y a medida que, de regreso, nos acercábamos a la casa, vimos que la puerta estaba abierta y que hasta el *zaguán* llegaba un rifirrafe de la calle. Escuchamos gritos, alaridos terribles y roncós bramidos saliendo de la casa. Naturalmente pensé que algo le había sucedido a la bebé y me fui poniendo tan fláccida que no podía correr. Hijito estaba demasiado asustado para proseguir solo, así que durante escasos momentos, aterrados, nos pegamos uno al otro, allí, en la calle. Luego nos dimos prisa, cada vez

más temerosos de seguir avanzando a medida que disminuía la distancia de la casa. ¿Qué era esta cosa terrible? ¿Qué le había pasado a Hijita?

Al llegar por fin a la casa –¡cuánto tardamos en alcanzarla!– mi primer acto fue apartar a los golfos de la puerta y luego, afianzándome, me volví para encarar aquello que me estuviese esperando.

Allí, en el patio, estaban Luis y Elvira. El hombre, la sangre manchándole una mejilla, danzaba salvajemente alrededor de la mujer agitando con locura su largo machete frente a su cara. Ella valientemente se mantenía firme, aunque el corto cuchillo de carnicero que sostenía parecía impotente ante el centelleante machete de él. Su traje se había desgarrado a pedazos de su cuerpo y colgaba en largos jirones. Su negro cabello ondeaba con violencia sobre su rostro, imprimiéndole una apariencia feroz. Su mano derecha, vendada con una tira de su falda, goteaba sangre. Ambos adversarios estaban tan furiosos que no se percataron de mi presencia.

Mis ojos abarcaron todo esto a la primera ojeada, descansando mi segunda mirada sobre mi pequeña hija de un año y medio que, de pie en su cama balaustrada en la habitación adyacente, reía con júbilo de la diversión que para su beneficio le estaban procurando sus dos adoradores. Recobrándome del ímpetu de agradecido alivio que me dominaba, estaba a punto de intentar algo para poner fin a la

deplorable escena cuando el Misionero irrumpió a través de la puerta que estaba detrás de mí y, sin hesitar siquiera un instante, se adelantó hacia los dos combatientes desenfrenados, arrojó el machete de la mano de Luis ordenándole que se fuera al solar, empujó a Elvira hacia su cuarto, aseguró la puerta, y se metió la llave en el bolsillo.

Luego regresó para comentar: “¡bonito lío es éste! Escuché esa algarabía incluso a una cuadra de distancia. Al instante supe lo que estaba pasando, corrí todo el trayecto y la alcancé a ver entrando en la casa. Lamento no haber llegado aquí antes que usted para haberle ahorrado esto. Mantenga a Elvira bajo llave en su habitación hasta mañana, después despídala. Creo que es mejor que también despachemos a Luis. De algún modo nos arreglaremos.”

Elvira, descontenta, sintiéndose tratada con suma injusticia, protestaba por su destitución. ¿Acaso no era su trabajo satisfactorio? ¿Por qué debía irse a causa de un asuntillo como el pleito con otro sirviente? Tal cosa era común en todas las casas y a las *señoras* no les importaba, siempre que ello no interfiriera con el trabajo. ¿Por qué era el *Doctor* tan injusto? No obstante, ella se fue.

Luis, sin embargo, se quedó, multiplicando cuanta energía tenía para ayudarme de todas las formas posibles hasta que encontrara a alguien que tomara el puesto de Elvira.

Durante la primera semana Elvira apareció cada noche a las seis para prestar su auxilio bañando a los niños y metiéndolos en la cama. El baño no es algo que se resuelva tan fácilmente cuando el agua tiene que calentarse sobre carbones puestos en la chimenea, acarrear-se por cerca de media cuadra a través de corredores y patios y verterse en un plano barreño de lata de proporciones inmensas puesto sobre el piso. Después de cada baño el barreño debe levantarse, sacarse al patio, vaciarse, traerse y volverse a llenar. También se necesita a una mujer fuerte que alce a los niños dentro y fuera de su lago de lata. Nunca le ofrecí dinero a Elvira por esta amabilidad, en el entendido de que hubiera considerado una oferta de este tipo como una afrenta.

En Colombia los aniversarios de cumpleaños son por cierto considerados los días más importantes de la vida de cada quien, y son debidamente honrados. La fecha de nacimiento de cada miembro de la familia es celebrada con una fiesta a la que asisten todos los parientes y, algunas veces, también los amigos. Desde temprano, sirvientes bien vestidos son enviados a la casa de quien va a ser festejado, llevando cada uno una bandeja de plata colmada con las flores más exquisitas, entre las que se encuentra oculto el regalo de cumpleaños. Prolongando la usanza de la ceremonia matrimonial, todos los obsequios y las flores son colocados en una

habitación separada donde frecuentemente forman una exhibición imponente. A primeras horas de la tarde el remitente de un presente llega con su familia para saludar y congratular al recipiendario, y para ver los regalos. A todos estos interesados debe servírseles una colación. A menudo ésta se compone de pollo frito y galletas dulces importadas de Londres, servidas con café y un rico almíbar en el que se han vertido brevas o alguna otra fruta nativa. A veces el pollo es hervido en una gruesa pasta de macarrones, lo que constituye un plato sumamente apetitoso.

Una inconcebible cuantía de trabajo se asocia con cualquier intento de recibir invitados en Colombia. La plata debe ser sacada de los baúles y ser brillada con vigor; toda la cristalería adicional y los platos –siempre y cuando haya quedado alguno sin quebrarse– deben ser rescatados y sacados a la luz del día; el lino de la mesa, capturado de los baúles, exige planchado; en tanto las arañas, las cucarachas y el calor húmedo imposibilitan que se tengan a la mano suficientes provisiones, cantidades suplementarias de comida deben comprarse y guardarse bajo llave hasta que llegue la hora de servir; con algún tipo de material deben construirse largas mesas y encontrarse sillas y bancos para las mismas.

Un aniversario de cumpleaños causa grandes contrariedades y da mucho trajín; pero, ¿qué se puede hacer? A menos que nosotros,

estadounidenses, nos acomodemos a la costumbre en esta materia, seremos considerados insociables, o incluso mezquinos, ya que de vez en cuando somos invitados a las casas de nuestros amigos para ocasiones similares.

Cinco días después de que Elvira dejara nuestra casa, Hijito celebraba el sexto aniversario de su nacimiento. Antes de que el fresco día hubiese despuntado del todo, Elvira se presentó y ayudó en la cocina, el comedor y el salón hasta bien entrada la tarde, mientras la mujer que estaba ensayando para la antigua posición de Elvira gastó toda la tarde cosiendo seis botones. Luis, igualmente, estaba en su mejor forma y rivalizó con Elvira siendo agradable y atento y halagando con pequeños regalos al feliz Hijito.

Fue con un suspiro de verdadero pesar que, sobre la bañera de los niños esa noche, escuché el relato de Elvira sobre el lugar que había conseguido y donde comenzaría a trabajar al día siguiente.

Entonces teníamos a Socorro de cocinera. Era bien parecida, robusta, tenía cerca de treinta y tres o treinta y cuatro años (ninguna sirvienta jamás está segura de su edad), tiempo en el que, de acuerdo con todos los precedentes, habría de empezar a parecer envejecida, arqueada y arrugada. Difícil de creer, ella tenía las mejillas rosadas y una figura rellenita, burbujeante de buen humor. La miré asombrada cuando me dijo que era la madre de diez hijos.

“¿De diez hijos, Socorro? ¡Usted parece tan joven!”

Ella rió con júbilo. “Claro que yo no tenía muchos años cuando llegó mi primer bebé. Ella era una niña pequeña y bonita, ¡ay, tan bonita! Todos mis niños son hermosos, mi señora, más hermosos que sus hermanos y hermanas.”

“¿Qué quiere decir, Socorro? ¿Cómo pueden ser los niños más bonitos que ellos mismos?”

De nuevo soltó risitas. “A mi *Señora* le falta tanto en el entendimiento de nuestras costumbres. Esos niños míos son mejor parecidos que sus hermanos y hermanas legítimos.”

Por supuesto; Socorro había sido la concubina de algunos caballeros. Cualquiera que viera su bien preservado cuerpo y su espíritu juvenil habría podido suponerlo. No se había matado en las calles para sostener a sus pequeños; su atractiva presencia le había ganado un hogar, quizás una casucha de dos habitaciones y, además, una sirvienta. Ella y sus niños se alimentaron adecuadamente de las canastas de comida que le eran enviadas todos los días. Lo entendí perfectamente. ¿No había una docena de relaciones de este tipo en nuestro vecindario inmediato? Se trata de la general “costumbre de nuestro país”.

“Pero, ¿por qué sale ahora a servir, Socorro? ¿Seguramente sus niños están pequeños y la necesitan?”

La mujer se echó a llorar mientras replicaba: “Él ha escogido a otra y me hace trabajar para darle de comer a los niños.”

“Los dos dólares que le pago cada mes difícilmente alcanzarán para vestirla y para alimentar a diez niños.”

“Oh, no, *Señora*, yo tampoco tengo que mantener a los diez. Él puso a servir a esos niños cuando cada uno cumplió siete años. Sólo me quedan tres. A mi pequeño Enrique, ay, pero es al que quería más –casi al que más, ya que ¿no era él un caballerito, la pura imagen de su padre?– él lo entregó a esos Jesuitas para convertirlo en un sacerdote. ¡Yo, la madre de un sacerdote! María Santísima, ¿no es eso maravilloso? La más pequeña es chiquitica como esta blanca hijita suya. ¡Ay, si la Virgen Bendita me dejara verla!

“¿Dónde está ella?”

“A ella la dejé en ese pueblo de Socorro. ¿De seguro usted entiende, *Señora* Mauda, que yo tengo el nombre de mi lugar de nacimiento? Socorro viene a socorrerla desde el pueblo de Socorro”, y se alejó aguantando sus costados rellenos en medio de su exceso de contento.

Mientras Socorro permaneció conmigo, cada día de pago venía a pedirme que le escribiera un pequeño mensaje de amor, que ella dictaba, para sus tres hijos en su pueblo natal; y con la nota iba la mayor parte del sueldo de la mujer. Ella no

tenía idea de dónde estaban sus hijos mayores, habiendo por fuerza perdido todo rastro de ellos.

Un día corrió hacia la casa desde la plaza y, sin ir a la cocina a depositar la pesada canasta del mercado que traía, irrumpió emocionada ante mi presencia.

“¡Mi Señora, usted, usted misma no puede imaginarse lo que vi con mis propios ojos!”

“No, por supuesto, no puedo; cuénteme.”

Con seguridad era mi hija, mi Rosita, mi primera niñita. ¡No era nadie más! ¡Ah, pero ha crecido tan alta y tan buena moza! Había tantísimo calor en la plaza y yo tenía mucha sed, así que fui a sentarme por un momento en la cantina –oh, justo un momentico, no más; ¿seguro que la *Señora* Mauda no desaprobaba eso?-. Una muchacha, la más hermosa de todas, me dio mi *guarapo*¹⁸ (cerveza ardiente del campo). “Entonces ella no se quitó sino que se quedó parada, y me miraba mucho. Después dijo: ¿no me conoce? Pero yo la conozco, claro; usted es Socorro, mi mamá. Yo soy su Rosita’ ¡Ay, los años, los años que no veo a mi niña, mi Rosita! ¿Y qué le parece a usted, mi Señora, que yo no la reconozco? Pero ella me conoce, que soy Socorro, claro, su mamá. ¡Qué dicha! ¡Mi *Señora*, usted no sabe la dicha que me da!”

Mientras miraba a mi propia hijita en silencio rogaba porque nunca llegase a conocer justo esta

¹⁸ “Guapo” en el original.

particular alegría que Socorro estaba sintiendo. Pensé en los niños de América del Norte, sesenta años atrás, arrebatados de los brazos de amorosas madres y vendidos como esclavos, y pensaba. ¿Cuándo alcanzarán las madres de América Latina el estado que Dios anhela para ellas?

XVI

Carmen

El de Carmen era uno de los rostros más inteligentes que he visto entre los sirvientes colombianos.

“Sí, y astuto, también”, comentó el Misionero cuando le dije que había contratado a la mujer. “Parece mala. Temo que usted no será feliz ni se sentirá cómoda con ella en el hogar. Para esa colocación necesita a una mujer tan honesta como se pueda, puesto que tiene tantísimo que hacer con los niños y además encargarse de prácticamente toda la ropa de la casa, incluyendo la de cama y los linos de mesa.”

“Sí, pero yo cuento cada artículo antes de que se le lleve a la lavandera y lo verifico cuando lo devuelve para azularse y almidonarse. Lo recuento todo después de que está planchado y

me es traído para su inspección. Ciertamente Carmen tendrá acceso a las cajas y baúles de los niños, pero tengo que tener a alguien. La cara de esta mujer muestra que puede aprender si lo desea. Ni siquiera una sola de las criaturas que he tenido durante estos dos meses, desde que Elvira se fue, era capaz de asimilar nada en toda su vida; no están dotadas con la capacidad de aprender. Su nulidad me tiene agotada y probaré a Carmen.”

Pronto corroboré que la apreciación que el Misionero hizo de la mujer era correcta. Ella no conocía ni ley ni límite. Su servicio era meritorio, mas la negrura de su corazón era impenetrable. Tampoco estaba contenta de transitar a solas su camino de maldad; corrompió a Socorro. Había estado en nuestra casa menos de dos semanas –y con el pretexto de que no tenía la ropa adecuada para escoltar a los niños en sus caminatas me había ya engatusado para que le adelantase dos meses de sueldo– cuando una tarde de sabbat conquistó a Socorro para que fueran a un baile y a una parranda callejera. La noche cayó y no regresaron; el lunes tampoco trajo a las sirvientas. Luis ayudó tanto como le fue posible. Lo puse a clavar todas las cajas que contenían prendas y platos, ya que presagiaba una desplumada general de nuestras posesiones de comenzar en ese momento con una larga sucesión de nuevas sirvientas.

Esa noche nació el Nené. No había una sirvienta en la casa ni tampoco una enfermera, aparte de una anciana que venía por un ratico todas las mañanas. En medio de la desesperación, Victoria, una seca criatura descuidada de rostro huraño, fue acogida en la cocina. Cuando se recobró de su francachela, Carmen reapareció y se puso a trabajar como si nada hubiera sucedido. En ella no había vergüenza, pero Socorro estaba demasiado apenada como para presentarse de nuevo. Le permití a Carmen quedarse. ¿Cómo pude hacerlo? Únicamente ella sabía cómo bañar y vestir a Hijito y a Hijita, sabía dónde encontrar sus cosas, entendía lo referente a su comida; era cuidadosa en estas tareas y yo no podía instruir a nadie más en aquel momento. El bienestar de los niños se sobrepuso a mis escrúpulos y a la repugnancia que sentía hacia la mujer.

Como yo mantenía todo el efectivo y los libros de cuentas debajo de mi almohada, al tercer día de vida del Nené el Misionero se me acercó y me pidió dinero del rubro de alojamiento para enviar a Luis a comprar suministros para la cena.

“Luis fue al mercado esta mañana, como de costumbre”, exclamé. “Él adquirió las provisiones del día.”

“Victoria me acaba de mostrar que no hay nada de comer en la casa. Todos los alimentos se consumieron al mediodía, dice.”

“Mientras estoy enferma Luis me reemplaza y distribuye en porciones el alimento para cada comida antes de dárselo a la cocinera. ¿No lo hizo?”

“¿Sabe usted a cuántos estamos dando de comer en la cocina?”

“A tres sirvientas. Sí, hoy a cuatro, porque María de la Cruz está aquí para hacer algún lavado extra.”

“Mientras pasaba por la cocina, justo en este instante, conté a seis mujeres, todas pretendiendo hacer algo. Seis, aparte de Luis: eso hace siete personas para alimentar.”

“¿Puede saberse qué significa eso?”

“No lo sé. Supuse que usted las había contratado.”

“¿Podría por favor enviarme a Luis?”

Luis negó tener conocimiento alguno sobre las mujeres en la cocina.

“Esa Carmen, ella es que es la mujer más desagradable que he visto nunca. Ella dice que no tengo nada que hacer en esa cocina, así que, claro, yo como en el patio, y no sé nada de lo que hacen en la cocina.”

“Envíeme a Carmen, Luis.”

“No lo puedo hacer, *Señora* Mauda. No me hablo con esa mujer.”

“Entonces por favor dígame al Misionero que me envíe a Carmen.”

¿Qué es preferible, la conversación excesiva con la muchacha del comedor o ninguna del todo? ¡Ah, Luis!

Carmen viene. Sobre su rostro, y dilatándose plenamente, está la mirada que el Misionero detectó a la primera ojeada y contra la cual me advertió. Sí, ella es dura, y yo me siento débil y desanimada. ¿Cómo puedo vérmelas con ella? “Carmen, el Doctor me dice que hay seis mujeres en la cocina. ¿Qué significa eso?”

“No es algo como para que se agite usted, mi *Señora*”, replica ella con una voz de seda. “Es sólo que mi mamá viene hoy para ayudarme un poquito con el planchado. Hay mucho, uff, tanto de ese planchado, y yo misma no tengo tiempo para ponerme en ello.”

“Eso deja a dos mujeres sin contar.”

“Esa hermana mía viene a ayudar a mi mamá”, replica despreocupadamente.

“¿Y la sexta mujer?”, le obligué a responder.

“Pues claro que ella no es sino una pobre vieja, la hermana de mi mamá, que viene a ayudar a la cocinera a limpiar las verduras. Realmente hay tantas verduras que ella sola no puede limpiarlas.”

“Me lo puedo imaginar. ¿Y qué pago les ha prometido a todas estas parientes tuyas?”

“Nada, mi *Señora*. Claro que nada. Hacen todo por nada.”

“Dígale a Luis que venga aquí. Lo tendré que enviar otra vez al mercado.”

“Ese Luis no está en la casa.”

“Oh, sí, él sí está, Carmen; lo acabo de ver. Por favor llámelo.”

“Pero *Señora*, ese Luis es un bruto. Ni siquiera es cristiano.” Ahora todos los tonos suaves se han desvanecido y toca *fortissimo* con el pedal agudo encendido. “Es a mí, a mí misma, a quien él insulta. No lo llamaré.”

“Entonces envíeme al Doctor”, ruego cansinamente mientras volteo mi rostro hacia la pared.

“Él no puede venir ahora, mi *Señora*. El pequeño ángel está enfermo, está con vómito.”

“¿Hijita enferma? ¿Por qué no se me dijo? ¿Qué le pasa?”

“Alguien le dio muchos *dulces*. Tantos que la enfermaron.”

“¿Dónde estaba usted, Carmen, que permitió que alguien le diera dulces a la niña? Usted sabe que eso está prohibido claramente y que yo confío en usted para que cuide de los niños. No hay nadie más que lo haga.”

Ella se va, murmurando sobre lo mucho que espero de ella. ¿Cómo es posible para una mujer hacer tanta cosa? Sin embargo yo tenía motivos para saber que derrochaba parte de su tiempo sentada en la cocina, fumando una pipa asquerosa.

Transcurrió una hora de ansiedad. Nadie se me acercó, aunque llamé repetidas veces y aunque el Nené desde su cuna al otro lado de la

habitación añadía su nueva vocecita a la mía. Creció más y más mi certeza de que Hijita había sido envenenada por el *dulce* mugriento y se estaba tal vez muriendo. En realidad estaba muy enferma, tanto que había hecho poner su cama a mi lado para así poderla vigilar por la noche.

Justo después de la cena de las seis el Misionero vino a mi habitación y comentó: “debe deshacerse de Victoria. No podemos tolerarla para otra comida más.”

“¿De Victoria? ¿Qué podemos hacer sin una cocinera? ¿Qué pasa con ella?”

“¿La ha visto desde que entró a trabajar en la casa?”

“No, ella vino a mediodía, aquel primer día de vida del Nené. Ha estado aquí dos días y medio solamente y Carmen ha actuado como nuestra intermediaria.”

“Bueno, llámela y échele una buena mirada. Invente alguna excusa para hablar con ella.”

Se la envió a buscar y en pocos momentos estaba de pie al lado de mi cama. “Una buena mirada” no era necesaria; un vistazo fugaz fue suficiente.

“Victoria”, empecé cansinamente, “nos parece que no podemos acomodarnos con usted y tendremos que probar a alguien más. Puede quedarse esta noche si desea, y tome su café aquí, pero debe dejar que Luis lo prepare. Aquí está su dinero y algo de más.”

“¿Y esto por qué? ¿Cómo es que yo no me acomodo aquí? Es que acaso mi *Señora* piensa en mí por culpa de que la comida no alcanzó hoy? La culpa no es mía. Esa mujer que me ayudó a preparar las verduras, ella es la que se lleva esas verduras en el bolsillo de su falda. La culpa no es mía.”

“No, Victoria, la falta de comida para la cena nada tiene que ver con esto. No me interesa explicar, pero deseo que se vaya, que se vaya ahora mismo.”

El Misionero se había sentado con un libro durante la entrevista. Cuando la mujer se había ido levantó la vista y preguntó: “entonces, ¿vio usted?”

“¿Cómo es posible que un ser humano llegue a estar tan sucio? Ese largo pelo revuelto volando sobre sus hombros, puedo imaginar que estaba en todos los alimentos.”

“Estaba. Particularmente por eso sentí que ninguno de nosotros podría comer otro bocado cocinado por ella.”

“¿Qué haremos?”

“Luis se ocupará del café de la mañana.”

“¡Luis para preparar y Carmen para servir! Usted sabe que no lo harán. Además Luis no puede con la comida de mediodía ni con la cena. Si Carmen quisiera, podría preparar el alimento para los niños y para mí; pero probablemente no lo hará. ¿Quién va a cuidar de usted y de los niños internos?”

“Bueno, usted, por lo menos, no lo hará, así que ¿por qué preocuparse? Quizás se podría persuadir a la lavandera para que ayude hasta que Luis le encuentre una cocinera.”

Ninguna cocinera era inminente. Todos nos preocupamos hasta que fui capaz de moverme por ahí un poco; luego Carmen se fue a la cocina de cocinera, lo que me dejó totalmente sin niñera. El Nené se enfermó.

Cuando el niño tenía cerca de un mes, el Misionero preguntó: “¿acaso pudo dormir algo anoche?” Sin esperar respuesta, agregó: “contrate a la primera mujer que se le acerque hoy. Cójala como niñera y manténgala a su lado. Luis puede continuar sirviendo la mesa. Usted ve”, añadió con una carcajada, “no puedo permitir que estos bebés queden en mis manos aquí solos. Debe pensar un poco en usted. Enviaré a Luis para que ataje a alguien y usted contrátela.”

Pocas horas más tarde tres niñas se encontraban en la puerta.

“Luis nos dijo que la *Señora* necesita una niñera”, apuntó con indiferencia la de mediana estatura.

“Sí, pero necesito a una mujer, no a una niña. Ninguna tiene edad suficiente como para asumir responsabilidad alguna.”

“Yo tengo once años, y ella”, señalando a la más grande de todas las chicas, “tiene catorce años.”

“Ninguna de ustedes servirá. Necesito a una mujer.”

El Misionero entró en ese momento a la habitación y, mientras tomaba al gimiente Nené de mis brazos, dijo en inglés: “usted necesita dos mujeres, una niñera y un doctor. Puesto que no tiene ninguno, contratará ahora a la chica más grande. No importa dónde ha trabajado y qué sabe hacer.” Volviéndose hacia la chica, apuntó: “está contratada. Puede ir por su caja después de la cena. Recibirá un dólar y cincuenta centavos el primer mes y a partir de éste dos dólares mensuales si resulta apta. Este es un sueldo alto, incluso para una mujer crecida, pero se confía en que se mantendrá limpia y hará rápidamente cualquier cosa que la *Señora* le diga. Por favor vaya ahora a la cocina y tráigame un vaso de agua para la pequeña *Señorita*, aquí. Las otras pueden irse a casa.”

“Pero no conoce siquiera su nombre”, protesté.

“Hijita tendrá su bebida incluso si desconocemos el nombre de la nueva sirvienta”, fue su respuesta.

Cuando la chiquilla regresó, la observé, midiéndola. Una ordinaria figura con forma de barril coronada por una cabeza diminuta a la que casi faltaba la barbilla, unos rollizos miembros morenos que quedaban expuestos por completo por un vestido que apenas llegaba a las rodillas: no había nada desacostumbrado en su

apariencia; ni había tampoco nada inusual en el fuerte olor que la envolvía.

“¿Piensa que podemos aguantar ese olor en una niñera?”, pregunté al Misionero.

“Dele algo de dinero y envíela a que se bañe ahora.”

“Pero usted sabe que estas mujeres se van de inmediato con sólo sugerir que se bañen.”

“Dígale que, si lo hace, cuando regrese le dará diez centavos.”

Los diez centavos funcionaron. Se bañó, lo cual ha tenido que ser sin duda todo un proceso pues estuvo tres horas en la faena. Luciendo y oliendo como una persona diferente, volvió para acatar cuidadosamente cada sugerencia y pedido que le hice.

Eldemira fue una de las sirvientas más calladas, más inofensivas y obedientes que he conocido. No era una de aquellas que podía aflorar en las grandes ocasiones y realizar cosas maravillosas por fuera de la rutina diaria, como María Rodríguez y Elvira. Por el contrario, era poco lo que podía hacer. No había recibido entrenamiento en ningún quehacer, me parecía, y era muy lenta; pero se podía contar con ella para llevar a cabo las mismas pequeñas tareas, día tras día, una vez había aprendido lo que se quería de ella. Aparentemente no tenía vicios; si mascaba o fumaba, como Carmen, no lo hacía en mi presencia y ningún olor a tabaco se desprendía de sus ropas; si bebía, jamás vi signos de ello. No

se resistió a conservarse limpia o a ponerse los delantales blancos que le había dado. Cuando le hice un vestido nuevo y le sugerí que nosotros lo hacemos llegar a las rodillas, pareció complacida y asintió rápidamente. Su pronta aquiescencia a todo y su silenciosa discreción me dieron consuelo. Los seis meses que estuvo con nosotros fueron los más duros de mi vida y Eldemira se convirtió en una gran ayuda para mí.

XVII

En el campo

El calor seguía siendo intenso y las enormes fisuras en el rostro de la superficie calcinada miraban con reprobación al insolente cielo azul, que se negaba a velar con nubarrones su cara burlona. La naturaleza toda estaba muerta de sed. Las calles de la ciudad se hallaban repletas del excremento y la basura de muchos meses, mientras la tierra aguardaba su baño semi-anual.

El Nené no mejoraba y yo, aunque tenía suma necesidad de ambas, no ganaba ni fuerzas ni carne. Hijito había sufrido de fiebres por cerca de un año, y unas llagas, que los médicos parecían incapaces de curar, habían brotado por todo su cuerpo.

Empezamos a pensar seriamente en salir de la ciudad. Quien no haya residido a muchos días de viaje de un ferrocarril, en un país donde ningún hombre civilizado habita fuera de una ciudad o de un pueblo, no puede formarse una concepción de lo que implica “ir al campo” en Sur América.

El Misionero invirtió varias semanas tratando de localizar una casa. Habíamos tenido la esperanza de ir a un lugar ubicado a mayor altura que la ciudad para así escapar de algún grado de extenuante calor, pero no fue posible conseguir un lugar así. Un amigo, el dueño de un rancho a siete millas de la población, nos lo ofreció, junto con toda la maleza que necesitaríamos como combustible para cocinar y la leche de una vaca de montaña, si es que acaso podíamos capturarla, a ella y su ternero.

El asunto de los sirvientes surgió: si fuéramos al campo ¿vendría alguno con nosotros? En Luis podía confiarse para que se quedara en la casa y se ocupara de los asuntos, y para que nos trajese alimentos de la ciudad, ya que jamás se encuentra nada de comer en el campo. El Misionero podría pasar algunos días de la semana con nosotros puesto que se trataba de una “vacación larga” –diciembre y enero-. ¿Y en lo tocante a Eldemira y Carmen? La primera no puso objeción alguna, la última vacilaba, temía que no le gustase el campo. Después de mucha persuasión consintió en ir con la condición de

que se le pagaran tres meses de sueldo adelantados. Consulté con el Misionero.

“Me gustaría que fuese posible pasar sin ella”, dijo, “pero no veo cómo pueda hacerse. Usted debe descansar y Eldemira no puede cocinar, lavar o planchar. Veré si podemos encontrar a alguien más para así poder despedirla.”

No se pudo conseguir a nadie, así que al final nos vimos forzados a aceptar los requerimientos de Carmen, hecha su solemne promesa de que, con seguridad, se quedaría con nosotros durante nuestras seis semanas en el campo y haría todo el trabajo de la casa de modo que Eldemira pudiera estar completamente libre para cuidar a los tres niños.

Siguieron dos días agotadores para empacar: la ropa de cama, nuestras prendas más sencillas, los manteles más viejos, platos, ollas y recipientes, alimento de todo tipo, medicinas, libros, y las revistas de dos años guardadas para la época de vacaciones, si alguna vez llegaba ésta. Nos vimos obligados a llevar al monte todo lo necesario para la vida civilizada, sin importar cuán simple intentábamos que fuese dicha existencia.

Llegamos justo antes del anochecer. Con el Misionero y Luis ocupándose de las camas improvisadas y de los indispensables toldillos, con Carmen colgando las perolas sobre las tres piedras que constituían nuestra hornilla, y yo

preparando la leche sobre una lámpara de alcohol para los cansados niños, no presté atención a Eldemira. Cuando regresé a la cueva, llamada educadamente habitación, donde la había dejado para que vigilara a los pequeños, descubrí que había hecho la cama del Nené en la canasta de las ropas, había acomodado su toldillo sobre la misma, había dispuesto ropa limpia para los tres, y había preparado todo para el baño, como si estuviéramos en “El Oasis”.

Siguió una semana tranquila y relajante. No había nada que empañara nuestra comodidad, excepto que el viaje había sido demasiado para mí –y fui forzada a ir a la cama– y que las moscas de la arena¹⁹ se nutrían de nosotros, de día y de noche.

¹⁹ “Sand fly” o “sandfly”: nombre coloquial dado a cualquier especie o género de Dípteros (que vuelan, pican y chupan sangre) que generalmente se encuentra en las áreas arenosas. En los Estados Unidos el término puede referirse además a las “moscas del caballo”, también conocidas como *greenheads*, de la familia *Tabanidae*, o a miembros de la familia *Ceratopogonidae*. Cualquier mosca que se encuentre en una playa puede ser llamada “mosca de la arena” en Norteamérica; algunos de estos insectos son de un tipo pequeño, mosquitos, que ni siquiera pican. En otras partes del mundo, el término mosca de la arena se usa para referirse a miembros de la familia *Phlebotominae*, vector primario de la leishmaniasis (cualquiera de las enfermedades causadas por unos

Era la víspera de Navidad por la tarde. Las tareas domésticas avanzaban penosamente. Las hojas de los mangos gigantes permanecían inmóviles por doquier, los pájaros estaban demasiado oprimidos por el calor para emitir un sonido, el aire mismo pendía ahogado; ¿por qué habría de urgir a mis mujeres a que trabajaran? Una parte del lavado de la semana estaba desvergonzadamente expuesto a la vista sobre una cerca de maleza, otra parte, revestida con jabón suave, yacía sobre piedras en la cama del arroyo, otra más permanecía aún en la casa, sin remojarse. Ningún tipo de comida había sido preparada para el día siguiente –Navidad–. Justo antes de oscurecer Carmen vino a preguntar si después de cenar podría permitírsele caminar hasta la ciudad, a siete millas de distancia, para asistir a las fiestas callejeras de la Noche de Navidad.

“Pues no, Carmen, no creo que sea prudente darle permiso. No estaría en condiciones de regresar durante varios días y ahora no podemos arreglárnoslas sin usted. Los fuegos artificiales pueden verse desde aquí mucho mejor que desde cualquier punto de la población. Mañana tendremos un arbolito para ustedes, las muchachas, y para los niños; Hijito ha escogido

protozoos parásitos y microscópicos alojados en perros y otros animales y transmitidos por las moscas de la arena) y de la fiebre de la mosca de la arena.

ese diminuto árbol de naranja del frente de la casa y lo tendremos decorado para las siete de la mañana, así que puede ser iluminado por el sol en el momento de aparecer sobre la montaña; eso será más bonito que cualquier suerte de velas. No puede irse. Ello puede significar algún sacrificio de su parte, pero hay recompensas, y, como sabe, prometió quedarse. Usted está gozando aquí afuera de una vacación descansada, sin prisa ni ceremonia. No puedo darle permiso.”

Luego tuvo la audacia de pedirme un dólar. Le recordé que ya se le habían pagado tres meses de adelanto, en el entendido de que no iba a obtener más dinero durante ese tiempo. Sin decir nada regresó a la cocina.

Eldemira había llegado a mí tan desamparada como cualquiera de las mujeres que tuve. Le había hecho su ropa y la había aconsejado sobre el empleo de sus pagas cuando las recibiera. Esa tarde me pidió un dólar, que era precisamente todo lo que había ganado a mi servicio hasta entonces.

“Qué va a hacer con dinero en esta jungla?”, pregunté.

“Esta noche Luis va a la ciudad. Yo lo envío con él para que me compre algunas cosas para mañana.”

“Eldemira, le prohíbo que le dé nada a los niños mañana. Usted necesita su dinero para docenas de cosas y no debe gastarlos en ellos.”

“Yo no gasto esa plata en ellos; ¡eso podría hacerlo! Pues claro, yo hago lo que quiero con esa plata.”

Con muchos recelos le di el dólar. Si por mi mente se hubiese cruzado alguna sospecha de la verdad, se lo habría negado.

Después de una rápida cena improvisada, Carmen se dirigió a la ciudad. Naturalmente, no podía impedirle que fuera. Esa noche el Misionero tuvo allí un servicio y sólo salió para el rancho al día siguiente. Así que pasé esa noche, como muchas otras sucesivas, sola en la selva a cargo de tres niños indefensos, un interno de nueve años que había quedado de la escuela y una joven niñera.

Carmen no regresó nunca. Perdí el salario que le había adelantado y, lo que fue peor, Eldemira nunca recobró el dólar que, a instancias de Carmen, la chica me había pedido para prestárselo a ella. Sin duda la mujer había sido despiadada al desplumar a una criatura tan pobre como Eldemira.

Aunque de cuando en cuando Luis se traía a una mujer de la ciudad, ninguna permaneció mucho tiempo, y no tuve una criada regular durante el resto de nuestra temporada en el campo.

XVIII

Cocineras

Otra vez en la ciudad, la escuela en curso, con por lo menos dos de los niños continuamente enfermos, luché con una media docena de cocineras durante los primeros dos meses.

Estaba Delia, cuya madre pretendía ser una mujer respetable que afirmaba haber estado casada con el padre de su gran familia, un hombre muerto hacía ya tiempo. Delia era una joven muy atractiva, blanca de piel, de esbelta figura, de abundante cabello negro bronceado, suave y esponjoso. Su apariencia mostraba que estaba fuera de lugar en la clase de los sirvientes. En los Estados Unidos una chica así le daría gracia a alguna oficina o por lo menos a una fábrica, pero aquí prácticamente ningún camino, excepto el del trabajo doméstico, está abierto para una joven que tiene que ganar su propio sustento.

Hacía mucho que Delia había suplicado que se la tomase como cocinera en nuestro hogar y su madre había gastado muchas de mis valiosas horas en repetidos esfuerzos para inducirme a que ensayara a su hija; pero la muchacha era desde todo punto de vista inadecuada para el

servicio en una escuela para niños y jóvenes. No teníamos una edificación separada para la escuela, ni tampoco otra para los servicios religiosos. Todo había sido trasladado a la casa alquilada donde vivíamos. La cocina, aunque bajo el mismo techo que el comedor, estaba por lo menos a unas ocho varas de distancia de aquella. Para pasar de una habitación a la otra era necesario atravesar dos largos corredores y dos patios. El más grande de ellos se empleaba como aula seis días de la semana y estaba repleto con cincuenta o sesenta alumnos, niños y jóvenes, mientras que, los domingos y por las noches, se convertía en una iglesia, con todas sus sillas bien alineadas. Atravesando la escuela y la iglesia, el trabajo del hogar descendía y fluía, esa inquieta marea que nunca cesa entre una cocina y el resto de la casa.

Pronto descubrí que Delia era demasiado fina para su posición. Ella descaradamente recibía las instrucciones para el mercado y partía rauda, con el canasto bajo el brazo. Dos horas más tarde regresaba con verduras de muy inferior calidad, faltándole siempre algunos artículos, sin dar cuenta de algunos centavos. Como lo averigüé por fin, simplemente no iba al mercado. Llevaba el canasto hasta la casa de su madre, a una cuadra del *Colegio*, se sentaba luego a chismosear relajadamente con su hermana mayor mientras una niña de doce años era enviada a hacer mi mercado. También así eludía el lavado de los

platos. La rapazuela de la casa de su madre venía todos los días y lavaba el montón de la cocina mientras Delia remendaba su gastado atuendo.

Debe reconocerse que Delia no estaba en condiciones de realizar las pesadas compras puesto que, llevando ella conmigo unos pocos días, descubrí que estaba enfrentando la maternidad. Empero, estaba bien y fuerte. Cuando la despedí, la joven se eclipsó, y pasaron tres semanas antes de que alguno de nosotros la viera. Luego reapareció, más fina y pálida que de costumbre, tan delgada de figura como una niña de diez años, y preguntó si la recibiría de nuevo para el servicio, agregando: “ahora, como estoy bien, puedo servir mejor a la *Señora*.”

Estaba Natividad: alta, fina, flexible, aunque no fuese agradable a la vista. Sus ojos cambiantes y de expresión astuta nos hacían dudar de su sano juicio.

El sábado es el gran día de mercado en nuestra ciudad. Entonces, después de las clases de la mañana –pues tenemos sesiones escolares seis días a la semana–, el Misionero tenía la costumbre de ir al mercado, seguido por Luis, quien llevaba sobre su brazo varios costales grandes, y por la cocinera, que cargaba dos canastos. Se compraban para la semana todas las provisiones al por mayor que podían adquirirse, encargándose Luis de transportar hasta la vivienda las cosas más pesadas y la mujer de acarrear las verduras verdes y las frutas. Con

frecuencia Luis hacía varios viajes antes de que todo estuviera guardado en la casa.

El primer sábado de estar Natividad con nosotros, se negó a ir al mercado, aunque no puso ninguna objeción en hacerlo los días previos de la semana.

“¿Por qué se niega a ir?” le pregunté. “Cuando se la contrató como cocinera debía haber supuesto que haría el mercado; pensaba que a todas ustedes les gustaba especialmente emperifollarse y hacer el mercado los sábados.”

“Yo no voy esos sábados”, fue toda la respuesta que me concedió. Exasperada, por último le dije que tendría que marcharse si no iba al mercado cualquier día de la semana, exceptuando el domingo, y regresé a mi clase. Me siguió hasta el aula y me transmitió sus motivos en un susurro: los sábados su padre estaba en la plaza de mercado y se enojaría si la viera allí.

“No comprendo”, repliqué.

“Es que mi papá es un caballero. Para él resulta una desagradable visión verme llevando canastos en la plaza. Él se enoja mucho conmigo por eso.”

“¿Él tiene derecho a darle órdenes? ¿Qué hace él por usted?”

“Pues nada. Nunca en su vida hace nada por mí; nunca me habla en toda la vida mía.”

“¿Entonces qué significa todo este disparate? ¿Cómo sabe que está disgustado con usted cuando la ve en la plaza?”

“Antes de morir, mi mamá me enseñó esa cosa. Eso lo sé bien.”

“¿Está segura de que su padre estará hoy en el mercado?”

“Por supuesto. Siempre está allí esos sábados.”

“Bueno, tendrá que ir al mercado los sábados si se queda conmigo, y hoy debe ir. Al *Doctor* tampoco le gusta esperarla, así que tendrá que apurarse.

Estuvo lista para salir cuando el Misionero retornó de sus clases. Una vez en el mercado miraba de un lado a otro, no se encontraba detrás del Misionero cuando él se daba la vuelta para depositar en su canasto alguna compra y, finalmente, se perdió por completo entre la multitud. Un poco más tarde el Misionero la vio y mandó a llamarla con Luis. El hombre regresó trayéndola tras de sí pero, justo cuando se aproximaban, ella se volvió de improviso y buscó amparo fuera de la vista. El Misionero contrató a otra mujer para que trajera sus compras hasta la casa y al regresar me preguntó qué le ocurría a la nueva cocinera.

“¿Está loca? No voy al mercado a jugar al escondite con la cocinera, y estoy disgustadísimo. A la mujer le toca permanecer cerca detrás de mí

y estar a la mano cuando la necesite. No puedo perder el tiempo cazándola.”

Prometí que se portaría bien o que contrataría a alguien que así lo hiciera. Cuando hablé con ella sobre el asunto, me explicó que estaba escurriéndose, de aquí para allá, para mantenerse fuera de la vista de su padre.

“¿Quién es su padre?”

“¿Cierto que la *Señora* Mauda no me está preguntando eso? No es costumbre en Colombia contestar esa pregunta.”

“Bueno, no importa quién es, esta tontería tiene que terminar.”

Pocos días después vino corriendo a la casa en lágrimas, con su canasto vacío. Por casualidad yo estaba en la cocina cuando llegó.

“Qué significa esto? ¿Dónde está el mercado?”, pregunté

“¡Mi papá! Él me vio en la plaza y se puso a seguirme. Por ninguna razón puedo dejar que sepa dónde estoy sirviendo, tampoco, en realidad, que estoy en el servicio. Corrí, pero rápido, y él me pierde. Yo me escondo aquí en la casa.”

“Natividad, este misterioso padre suyo ha fastidiado a todo el hogar por mucho tiempo ya. No ha comprado nada; cuando haya caminado dieciséis cuadras hasta el mercado y regrese, y compre los suministros, el desayuno se habrá retrasado dos horas, y sabe que no podemos permitir que una comida esté siquiera diez

minutos tarde en esta escuela. ¿Qué va a hacer al respecto?”

“Si ese Luis fuera ahora a la plaza yo comienzo el desayuno desde ahora.”

“Si Luis está en la casa tendrá que ir, supongo, cualquiera sea el trabajo que el Misionero le haya encomendado. Él también puede hacer el mercado durante el resto de la semana, y la entrante probaré a otra mujer. Mi paciencia se ha agotado.”

Quizás no hubiera estado tan dispuesta a despedirla si en otros aspectos hubiera sido eficaz, pero no lo era. Sus modales familiares con los chicos mayores de la escuela disgustaban a esos jóvenes, y el Misionero se oponía a que ella atravesara la habitación donde él se encontraba.

La cuestión de tener las comidas exactamente a tiempo en una escuela resulta vital. No obstante, durante un mes me hice cargo de una anciana zángana, María de la Exaltación, quien nunca tenía siquiera algo empezado para el desayuno cuando regresaba de mis clases, una hora antes de servir. Por consiguiente, yo preparaba todas las comidas, y la pobre vieja cocinera era únicamente útil lavando los platos, que jamás quedaban bien limpios.

Epifanía tenía una madre que cuidaba al hijo de la muchacha, un niño de dos años. ¿Era de sorprenderse que Epifanía, mientras fue cocinera en nuestro hogar, considerara legítimo, e incluso un justo proceder, enviar algo de cada comida

del día a su madre y al niño? Antes de despachar los alimentos a la mesa, servía una porción en un mate, lo escondía debajo de su cama, y luego lo ponía en las manos del muchacho que la madre enviaba todos los días para que lo recogiera. Esto se hacía regularmente y el Misionero no estaba del todo seguro de si yo tenía razón para despedir a la mujer por esta causa.

Estaba María de la Bendición, una niña de quince años que atraería la atención en cualquier parte. Era ella una estampa en blanco y negro en la que contrastaba de llamativa forma su cabello de un oscuro profundo con su complexión blanco-oliva. Unas pestañas delicadamente arqueadas ensombrecían sus magníficos y confiados ojos de un negro suave. Tranquila y triste era la expresión del dulce rostro, prematuramente envejecido. Poseía un refinamiento innato del que carecía la mayoría de sus predecesoras en nuestro hogar.

Debe recordarse que los *mestizos* en Colombia, aunque llamados “indios”, con frecuencia poseen de modo patente menos sangre indígena que española. Nosotros contamos por millones a los negros de los Estados Unidos; de ellos ¿cuántos son negros puros? Así mismo, en América Latina quien tenga una gota de sangre indígena es llamado “*mestizo*”, “*peón*”, “*indio*”, aunque las otras noventa y nueve gotas provengan de las familias españolas más encumbradas. Abrumados sus

corazones por todas las aspiraciones y nostalgias de sus generaciones de padres blancos, estas jovencitas están condenadas a llevar una vida de esclavas, a trabajar como bestias, a existir como animales, sin ninguna perspectiva, sin esperanza de nada mejor. Educación, bonita ropa, placeres inocentes, una vida familiar feliz: todas estas cosas les están negadas para siempre, no importa cuánto luchen por ellas, cuánto las exijan.

Empero, ningún indígena se manifestaba en María de la Bendición; era ella de un elevado tipo español y al parecer nada había heredado de su lejana abuela indígena. Era silenciosa y atenta, pero sin entrenamiento alguno en ninguna índole de trabajo.

Un neoyorkino, que sobrepasaba de sobra la edad madura, se había topado en su camino con Colombia en virtud de ciertos negocios aventurados. Hacía excursiones semanales a las poblaciones vecinas, pero pasaba sus domingos en la ciudad y a veces asistía a nuestros servicios. Una tarde el Misionero comentó:

“Escuché que Benson estaba en la ciudad y enfermo, así que lo busqué para hallarlo en un hueco que da miedo; apenas tiene un catre apretujado en una oscura *tienda* de dos cuartos, con moscos e insectos innumerables haciendo su vida insoportable. Está muy enfermo de una especie de envenenamiento de la sangre causado por las picadas de las moscas de la arena; no tiene quien lo cuide y nada decente de comer. El

hombre morirá si permanece allí e ignoro qué podemos hacer al respecto.”

“Claro que sé lo que a usted le gustaría hacer”, respondí. “Si lo trajésemos aquí, ¿dónde lo pondríamos? Estamos ya desbordados.”

“No sé dónde podríamos acomodarlo. No hay lugar, y es obvio que ambos tenemos demasiado qué hacer ahora.”

“El hombre es norteamericano y está enfermo, aquí lejos, a treinta días de Nueva York, su hogar. Tenemos que hacer algo por él.”

“Eso parece. No podemos dejar que se muera en un lugar como ése al casi único norteamericano que hemos visto por aquí.”

“Si se encarga de que Luis esté a mi disposición mañana cuando termine las clases, usted podría hacer los arreglos para traer al señor Benson mañana después de la cena.”

No había ninguna habitación desocupada en la casa. El Misionero, los tres niños y yo dormíamos en el corredor de un minúsculo patio, en una hilera de camas con toldillos blancos. Nos quedaban todavía un pequeño salón y una gran “oficina”. Luis y yo trasladamos el contenido del salón a la abarrotada oficina y, en el cuarto que entonces quedó vacante, instalamos la mejor representación de un dormitorio que fue posible con los materiales que teníamos a la mano. La noche encontró al señor Benson ocupando el aposento.

Realmente el hombre estaba muy enfermo, pero no tanto como para que no lograra incomodar a todo el mundo a su alrededor. Nadie tenía el deber especial de atenderlo y, después de dos o tres querellas con cada una, ninguna de las sirvientas, salvo María de la Bendición, lo haría. Sin embargo, ella era especialmente sensible. Habiendo preparado con mi ayuda algo que con ansia pensamos que el enfermo comería, se lo llevó a su cuarto, sólo para reaparecer pocos minutos más tarde sollozando convulsivamente mientras volaba hacia la cocina. Aunque no se negó a acudir a la habitación del señor Benson, como sí lo hicieron Luis y Eldemira, cada visita le causaba no obstante tal sufrimiento que no volví a mandarla allí. Eventualmente todo el cuidado del hombre recayó sobre el Misionero y sobre mí. Se sometió a dos operaciones menores en nuestra casa y cinco meses más tarde regresó a Nueva York tan bien como de costumbre.

A medida que pasaban los días, María era menos capaz de hacer su trabajo. El blanco patético de su delicada cara afligía mi corazón. Una simple niña, dotada por su Creador con una gran belleza y un alma sensible, enfrentaba sin embargo el más formidable calvario para una mujer, sin tener a nadie en el mundo que cuidara de lo que ella o su retoño llegaran a ser, a nadie que levantase una mano para ayudarla, sin casa,

sin dinero, sin siquiera una institución del Estado a la que pudiera acudir.

Al fin vino a mí desesperada, la tragedia escrita en su amoroso rostro, mientras decía:

“Señora Mauda, no tengo la energía suficiente para trabajar más aquí. Debo irme.”

“¿A dónde va, María?”, y mi voz era gentil, pues una inmensa compasión por ella estremecía mi corazón.

“En el campo es que tengo una hermana que trabaja en una finca. Donde ella voy. Tal vez me quede allí.”

“¿Pero qué puede hacer?”

“Con seguridad trabajo en las plantaciones de café, pero es mejor que me vaya.”

“Supongo que lo es”, contesté con reticencia. Pensé en la vida de una mujer en una finca: en el quehacer más agotador que hay, que comienza horas antes del amanecer y dura hasta mucho después de que ha oscurecido, con una comida cada veinticuatro horas, y ésa bien exigua, con *guarapo*, *guarapo*²⁰ durante todo el día. En el privilegio de tenderse en la noche sobre la tierra fría de una casucha infectada de alimañas, sin ninguna clase de ropa de cama. ¿De quién era la culpa de que esta frágil jovencita estuviera condenada a tal existencia en un momento así? Hay algo que está radicalmente mal en una tierra

²⁰ “Guapo” en el original.

donde más de la mitad de los habitantes nace para llevar esa vida.

¿Es de asombrarse que estas niñas cometan a veces crímenes terribles, incluso el asesinato de sus propios hijos, nacidos o por nacer? A semejanza de Topsy²¹, sin provenir de ningún lugar en particular, “crecida tan sólo”, sin ninguna enseñanza, ningún precedente, ningún estándar, ningún camino legal para realizar la maternidad, sin posibilidad de evitar su destino puesto que son la presa de todos los hombres de cualquier clase –hombres que cumplirán su propósito sin importar el medio: soborno, violencia, drogas–, ni una sola de estas pobres niñas, entre cien, se escapa. Y, empero, no podemos considerarlas malas. Que no se condene a las niñas-madres: el mismo Dios sólo puede sentir una entrañable lástima por ellas.

²¹ Topsy es uno de los personajes principales de *La cabaña del Tío Tom*, novela escrita por Harriet Beecher Stowe; reputada como la ficción más popular e influyente del siglo XIX en Norteamérica, el 5 de junio de 1951 se publica su primera entrega semanal (de una serie de 40) en el periódico abolicionista *National Era*; al año siguiente sale a la luz en forma de libro. En el relato, Topsy es una joven esclava negra de origen desconocido y quien, ignorando si proviene de Dios o de una madre, supone que creció sin que nadie la hubiese creado.

XIX

Las dos Marías

Una tarde, dos mujeres de mediana edad y de apariencia agradable vinieron a verme. La más joven me ofreció a la mayor como cocinera, comentando que María Jesús era su amiga y una persona capaz. Agarré a la mujer propuesta con avidez. ¿Vendría de inmediato? ¿Podría preparar la cena ahora?

“Ah no, pero claro que no”, dijo su vocera. “Esa no es la costumbre aquí. María Jesús es una mujer respetable. Necesita tiempo para considerar ese asunto. Necesita tiempo para bañarse y lavar sus ropas. Dentro de dos días viene.”

“¿Lo hará, María Jesús? ¿Vendrá dentro de dos días?”

“Con seguridad, *Señora*. En esos dos días vengo.”

Ella vino y se quedó. Eso fue hace tres años, y hoy puede encontrársela en nuestra cocina, preparando la cena.

Me dijo que en alguna parte de Colombia tenía tres hijos crecidos y una hija joven de quien no sabía nada desde hacía años. Durante el primer año de permanencia con nosotros, localizó a la hija y la trajo del pueblo donde la

encontró a nuestra ciudad. Probó ser una niña radiante y bonita, y fácilmente la colocamos de niñera en una buena familia.

No crea usted que siempre hemos navegado en mares serenos con María Jesús, quien, como aquí lo hacen todas las mujeres respetables, rinde culto a un dios, la costumbre. “Esa es la costumbre” es la última palabra; cualquier señora que escoge estrellarse contra ese Gibraltar se destruye a sí misma –y no cambia siquiera una pizca la costumbre–. María Jesús por siempre hará las cosas como las ha hecho siempre; no obstante, es bastante limpia, frugal, y sabe preparar comida colombiana. Es locuaz y quisquillosa, pero respetuosa.

Tiene una buena cabeza para los negocios.

“Si mi *Señora* piensa pagarme un poquito más yo muelo ese chocolate en la casa.”

¿Habría podido yo, con sólo tres sirvientes, haber soñado alguna vez en tener la semilla de chocolate para el cacao preparada en el hogar, como se hace en todas las “buenas casas” donde se mantienen de seis a doce sirvientes al servicio de una familia? La vieja y astuta María sabe que pagándole cincuenta centavos de más por mes me ahorro un tercio completo del costo del cacao del que nuestra familia, en especial el componente colombiano de la misma, usa diez libras mensuales.

Las semillas de chocolate –largas, marrones, en forma de riñón– se compran en la plaza por

libras. Mientras se tuestan sobre los carbones en una cacerola plana, una persona las revuelve constantemente. Cada grano tiene dos capas: la primera, resistente y tenaz; la segunda, suave y elusiva como la piel interior del maní. Ambas, con laboriosidad, se deben quitar. Se necesita medio día de duro trabajo para reducir los granos a una suave pulpa pegajosa al molerse entre dos piedras. Esta pasta se mezcla con azúcar morena y caliente en partes iguales. Luego de una agotadora y concienzuda amasada de toda la pasta, se invierten varias horas enrollando pequeñas bolas de la misma entre las palmas de las manos, y así un día de labor se premia con la grata visión de una mesa cubierta con suaves nueces de chocolate oscuro, dispuestas ordenadamente en hileras. Una de estas blandas bolas se deja caer en una taza de agua que es llevada al hervor, se bate con un pequeño palo que se hace girar diestramente entre los dedos de ambas manos, y ¡contemplan la bebida favorita de Colombia!: un chocolate espumoso, aceitoso y dulce, fuertemente condimentado con canela.

La nuestra es una ciudad sin agua; es evidente que ningún tipo de lavado de ropa puede hacerse en las casas. En algunos rincones del mundo no se ha hecho ningún avance en la profesión de lavandera desde que Eva llevó a purificar las ropas de Caín y Abel al río.

La mayoría de las lavanderas colombianas muestran rostros golpeados por el clima, inteligentes y agradables. El forzoso contacto con el sol, el viento y el agua produce en ellas una alegría y una frescura de las que carecen muchos arrieros, cuya vida de bestia de carga a menudo borra cualquier trazo de inteligencia de sus semblantes. La lavandera no es letárgica; está poseída por una filosofía cómica que la mantiene viva aún bajo la picada y la ampolla de unas condiciones intolerables.

María de la Cruz es típica de su clase, aunque es un poco menos robusta y bastante más inteligente que muchas. Atesora en grado sumo a una niña, el ídolo de su corazón, a una chiquilla bonita, estólida, de rosadas mejillas, que “tiene seis años”.

Mucho antes de la regular aparición del sol de las seis, María de la Cruz toma en su mano una pequeña canasta que contiene un almuerzo magro y numerosas barras largas y delgadas de un jabón tan dúctil que con dificultad conserva su forma. Entre dos ayudamos a la mujer a alzar sobre su espalda un pesado fardo compuesto por la ropa de lavar de toda una semana de nuestro inmenso hogar. Éste es asegurado a sus hombros y cabeza por medio de un arnés, unas sogas amarradas a su pecho y una ancha banda que presiona su frente. Tirando, subiendo, forcejeando, con su espalda casi tendida sobre la

tierra, ella se arrastra hacia un arroyo a una milla de distancia para su quehacer diario.

¿Por qué salir antes de que despunte la luz del día? Los riachuelos que se usan como lavaderos de la ciudad están divididos a ambos lados por secciones llamadas “*pilas*”. Una *pila* comprende unos diez o doce pies del banco del río, toda el agua que fluye por ese ponto, y el terreno que se extiende por detrás desde el río. Se pagan cinco centavos diarios por el alquiler de una *pila*. Las mujeres que llegan temprano al afluente pueden escoger las *pilas* que se localizan más arriba y así encuentran el agua relativamente limpia y clara. Las que llegan más tarde están obligadas a lavar más abajo sirviéndose de aquel líquido con el que las otras mujeres ya han hecho espuma de jabón y mugre. Puesto que la cuarentena se desconoce –la lepra y otras enfermedades más graves acechan en horrendas formas a lo largo de las calles y se ocultan en asquerosas casuchas– la infección del agua, en la que todo el mundo lava su ropa, es corriente. Así pues, nos es forzoso despachar a nuestra lavandera temprano para que pueda conseguir una *pila* en la parte de arriba del arroyo.

Cada pieza es empapada, embadurnada con jabón, arracimada en un fajo y tirada al suelo para el remojo. El sol blanqueador desciende sobre ésta, la mujer de vez en cuando la alza, la vuelve a humedecer, la enjabona una vez más y

la arroja nuevamente. Una por una, cada prenda toma su turno sobre una piedra plana para el vigoroso cacheteo y apaleo, a la vez que se amasa y voltea, lo que se supone ayudan al sol y al jabón a extraer el mugre. A lo largo de todo el día, bajo el sol ardiente, la lavandera permanece hundida hasta las rodillas en el agua fría de las corrientes de la montaña, y batalla, siempre alerta para que un pañuelo o una media de niño no se aleje flotando en la corriente. Enjabona y remoja, golpea y aporrea, enjuaga y escurre, hasta que al anochecer se dirige trabajosamente a la casa bajo el peso abrumador de las ropas – ¡mojadas!²²–. Se tambalea ciegamente hasta nuestra puerta y deja caer su carga sobre el banco más próximo, medio encorvada sobre la misma, mientras le desatamos su arnés.

Esta es la forma en que descansan las cargueras. A lo largo de todas las calles y caminos pueden verse unos troncos o piedras puestos para este mismo propósito, para que el peso de la carga pueda ser sostenido mientras la carguera exhausta se hunde jadeando contra ésta, corre sus dedos bajo la banda que hiere su frente, limpia el sudor que gotea de su cara, afloja las cuerdas amarradas sobre su pecho. De dejar caer la carga sobre el suelo, ella sola no sería capaz de alzarla nuevamente hasta sus hombros o de ajustarla.

²² Expresión en inglés y cursiva en el original.

¿Qué recibe María de la Cruz por las catorce horas de una faena como ésta? Le pago quince o veinte centavos, pero ella requiere por lo menos el valor de setenta u ochenta centavos para el jabón de cada lavado. Y las ropas, ¿quedan limpias? Maravillosamente limpias y hermosamente blancas, sin importar cuál fuese su color cuando dejaron la casa: rosadas, azules, amarillas –todas retornan blancas, siquiera en franjas y en ciertas partes–. Esto explica el hecho de que la mayor parte de la gente de nuestra ciudad se vista de blanco; es más provechoso que las propias pertenencias sean blancas desde el principio, ya que ningún color puede resistir el sol y el jabón de Colombia.

XX

Luis deja de servirnos

Estábamos en el campo cuando Luis empezó a perder su aguante. Muchas de las sábanas y la mayoría de las toallas que se enviaron a lavar durante las escasas primeras semanas posteriores al arribo del Nené, nunca se encontraron. Pensamos que su pérdida debía atribuírsele a Carmen o a sus numerosos parientes. Así que el día después de Navidad el Misionero hizo un viaje a pie a la ciudad para echarle llave a toda la

parte delantera de la casa, dejándole acceso a Luis a la cocina y al solar únicamente. En vano le explicamos al hombre que esto se hacía por cuenta de Carmen quien, reclamando tener algunas pertenencias en la vivienda, podría ingresar durante su ausencia. Él prefería creer que teníamos dudas sobre su honestidad. Esta idea nunca se le hubiera metido en la cabeza si él hubiera sido el mismo Luis en quien a menudo confiamos lo que habría debido parecerle grandes sumas de dinero. Pero había estado bebiendo desde que Elvira nos dejó y, durante las semanas que estuvo gran parte de su tiempo solo en la casa, consumió algunas de sus comidas en una *tienda* donde ingería *guarapo*²³ con su alimento. Esto, naturalmente, incrementaba su sed.

Tan sólo dos veces a la semana traía el mercado al campo. En una de estas ocasiones llegó borracho –ruidosamente borracho–. Profería atropelladamente un lenguaje terrible que dirigía hacia mí, y me miró ferozmente cuando le ordené que se fuera. Con prontitud puse a los niños en la minúscula habitación calurosa, la cerré y le puse llave a la puerta, aunque esto nos dejó en completa oscuridad, en una oscuridad sofocante, porque no había una sola ventana. En la casa había tres pequeños cuartos que se abrían en fila sobre un largo

²³ “Guapo” en el original.

porche. Desvariando bestialmente, de arriba abajo de este porche iba velozmente el hombre embriagado. Me produjo un miedo mortal puesto que, aparte de los niños, estaba sola. Eldemira lavaba en el arroyo y Julio, el joven interno, se hallaba con ella.

Tan sólo cuando el hombre por fin cayó sobre el piso del porche en ebrio estupor, me aventuré a salir. Allí quedó tendido toda la noche. La mañana siguiente, antes del amanecer, se levantó, sigilosamente reunió la leña para las tres piedras que servían de estufa, y se esfumó sin hablar con ninguno de nosotros. ¡Pobre Luis! ¡Deshonrarse así ante la familia que amaba!

Después de aquella noche casi nunca vi a Luis completamente sobrio. Una y otra vez lo despedimos, pero no se iba lejos y siempre aparecía para echar una mano en momentos de apuro. Entonces se quedaba hasta que nos producía miedo o hasta que lo encontrábamos hurtando para pescar dinero para su licor; y de nuevo le decíamos que se fuera. Aunque siempre aceptaba este despido sin decir nada, podíamos percibir que era un golpe para él.

Estábamos en una de nuestras frecuentes angustias de traslado, el desastre que tanto nos ha acosado en esta ciudad. Luis había salido de alguna parte para ayudar. Todo el mundo sabe que, en el mejor de los casos, trasladarse no es fácil. Se convierte en una agonía cuando todo debe llevarse sobre las espaldas de hombres,

trincado para que las pequeñas cosas no se caigan y se pierdan, atado de forma segura para que la carga no se desajuste y desparrame sobre el suelo. Los efectos grandes y pesados se transportan sobre una plataforma que es llevada sobre los hombros de dos o más hombres. En tanto, la carga y la descarga deben vigilarse atentamente para que nada sea robado: en una ocasión como esta cada par de manos y de ojos honestos son bienvenidos.

El primero y el segundo día de traslado transcurrieron sin incidentes peores de los que eran previsibles. Durante el tercer día Luis se fue exaltando cada vez más hasta que le pregunté al Misionero si el hombre era enteramente responsable.

“Me temo que no”, fue su respuesta, “pero ¿qué puedo hacer? Me rompe el corazón despachar al pobre tipo otra vez.”

Una hora más tarde un grito de María Jesús hizo correr a todo el mundo hacia la cocina. Antes de que pudiéramos llegar a ella se desató el pandemónium –golpes, alaridos, gemidos que congelaron nuestra sangre de horror–. Teníamos razón para estar espantados. De repente Luis se había alejado de su trabajo y había agarrado a Hijito, a la persona que más amaba en todo el mundo, y había intentado matarlo. Un interno, apenas un mozalbeta, había arrancado al niño de las manos del maniaco, lanzado a Hijo a un cuarto contiguo, precipitándose tras él.

Consiguiendo cerrar la puerta, la aseguró antes de que Luis pudiera darse la vuelta y comprender el significado de lo que había sucedido. Enloquecido, el sirviente estaba tratando de derribarla para alcanzar a los niños.

Todos gritaban, pero nadie se atrevía a hacer nada. Cuando el Misionero llegó a la escena caminó derecho hacia Luis, una persona mucho más grande y corpulenta que él, puso su mano sobre el hombro del hombre y dijo firmemente: “Luis, salga de la casa.”

Paso a paso, mediante una suerte de milagrosa manera, lentamente guió a la trastornada criatura a través del gran patio, del largo corredor de abajo y hacia la calle. En ningún momento quitó la mano de su hombro, ni Luis se detuvo en sus desvaríos. Al llegar a la calle, el Misionero cerró la puerta de tablones fuertemente clavada, y deslizó hasta su lugar el largo hierro que la aseguraba. Luego volvió hacia nosotros un rostro tan blanco como la tiza, mientras decía: “hombres, vayan a su trabajo. Eldemira, tráigame a mi hijo a la oficina.”

Por más de una hora Luis deliró salvajemente y golpeó sus manos contra la inamovible puerta hasta quedar manchado con la sangre de sus nudillos macerados. Finalmente aparecieron algunos policías y arrastraron al frenético hombre a la prisión. Al día siguiente el Misionero fue a buscarlo y le consiguió una colocación con un pintor.

¿Cuál era el pasado de ese hombre taciturno, a veces tan violento, y, sin embargo, con un corazón tan amoroso? ¿Había sido un asesino?

Su futuro es fácil de descifrar; a menos que deje de beber, algo muy difícil de hacer en una tierra embrutecida de licor, será asesinado en algún exceso de embriaguez.

¿Para qué mencionar a los individuos incompetentes e irresponsables que vinieron después de Luis? Hombres que permitían que la vaca se soltara y que el burro se escapara; en quienes no se podía confiar que barrieran, fregaran y esparcieran la cal cada mañana en el alojamiento de nuestros animales domésticos; que insistían en barrer los patios y la calle del frente de la casa los días domingos; que pagaban muchísimo más de lo que ellos mismos habrían desembolsado por el forraje, que era pobre, y por el mercado, que era malo; que olvidaban traer el pan; que permitían que las plantas se quemaran y que el baño se secara.

El hecho de haber dado a luz un niño torna semejantes a las mujeres de todas las clases. Cada mañana, después de haberme ocupado de las botellas y de la leche de mi propio hijito, con el mismo cuidado seguía las fórmulas para mezclar la leche esterilizada y el agua hervida para las grandes botellas que ponían ante mí las niñas-madres desdichadas que, estrechando sus escuálidos bebés en sus pechos sin lavar, se acurrucaban en nuestro *zaguán*. Todas las

mañanas tomaba los biberones sucios de las mugrientas manos de estas niñas y trataba de enseñar a las pobres criaturas cómo asear las botellas y los pezones.

Una chiquilla de este lastimoso grupo se ofreció venir a nuestra casa para cuidar al burro y a la vaca hasta que pudiésemos contratar a un buen hombre. Durante unas pocas semanas Dolores hizo un esfuerzo supremo. Sin ningún instinto de limpieza heredado o adquirido, la pobre encontró arduas nuestras exigencias: que debiera bañar a su lacrimoso infante era una imposición, que debiera tenerlo cubierto con una prenda limpia, una indignidad; “tanto trabajo, mi *Señora*”. Si una mujer no ve necesidad alguna en mantenerse a sí misma o a su hijo limpios, ¿qué puede decirse del estado de la pieza de la vaca que estaba bajo sus cuidados? Dolores era incapaz de amoldarse al estándar que habíamos establecido para ella, y cuando insistí en pedirle que atendiera a su hijo apropiadamente, puesto que no podía soportar su patético y constante gemido, se marchó muy resentida.

No digo que Dolores fuese excepcional; ella, como el resto de nosotros, era un individuo, difícilmente típico. No hemos encontrado en Colombia a sirvientes que carecieran del deseo de mejorar su condición o de gratitud hacia quien tratara de contribuir en esa mejoría.

Por fin contratamos a Benito, un hombre en miniatura, que de pie es escasamente más alto

que el burro. El nombre de Benito sólo yerra en una letra para que signifique lindo –*bonito*–, ¡pero cuán grande ha de ser la importancia de dicha letra! Es divertido verlo saltar alrededor del burro –en ocasiones él es más obstinado que cualquier mula– en un esfuerzo fútil para inducir a la bestia a obedecer sus órdenes. En cuanto a tamaño e inteligencia, dos Benitos podrían haberse hecho de un solo Luis. Semejante figura insignificante no le otorga dignidad al establecimiento del Misionero pero, mientras el burro no lo pisotee, probablemente conservaremos a Benito. Es incansable haciendo lo mejor de su pequeño yo.

XXI

Eldemira

Un día, mientras despedía a mi última clase de la mañana, Eldemira anunció:

“*Señora*, entre los que la esperan para verla hay un policía.”

Imparto los cursos con los niños jugando sobre una estera, a mi lado, o en el patio, al alcance de mi campo de visión. Sobrada interrupción al trabajo de clase la constituyen ellos, como para tener a una de las sirvientas corriendo a cada instante para decir: “la *Señora*

no me deja azúcar; todo está con llave” o “me olvidé de comprar leche extra; la necesito inmediatamente. Yo debo tener más dinero.” Existe una sanción, ligeramente menor que la de la pena de muerte, que pende sobre cualquiera que me disturbe cuando estoy en clase. Incluso los visitantes deben esperar; todo y todos esperan, y ello se apila hasta que se despacha al grupo, momento en que precipitadamente se viene todo en avalancha sobre mi cabeza.

“¿Qué desea el policía?”, pregunté a Eldemira.

“¿Quién sabe?”, encogiéndose de hombros. “Allí está.”

Así como en la Biblia se atendían los asuntos de la ley antes de que se prestase atención al amor y a la caridad, así también los amigos y pordioseros esperaron mientras me dirigía al oficial de la ley, cuadrado en el umbral.

“¿Hay en el honorable hogar de la *Señora* una muchacha llamada Eldemira?”, preguntó.

“Sí, *Señor*”, respondí.

“Ella debe venir conmigo. Aquí está el papel.” Y sacó una orden judicial para arrestar a Eldemira.

“Pero es apenas una chiquilla y no puedo dejarla ir sola a la estación de policía. Usted, por supuesto, ¿no sabe para qué es requerida?”

“Pues la verdad no, honorable *Señora*.”

“Es extraño que estas órdenes nunca establezcan el motivo del arresto. Como supongo que debe ir, yo la acompañaré”.

Luego de llamar a María, ocupada en sus tareas en la cocina, para que vigilase a los bebés, Eldemira y yo partimos, ella detrás del policía y yo cerrando la marcha. Nuestro peculiar teléfono inalámbrico estaba en esta ocasión en excelente forma. Mucho antes de que alcanzáramos la estación de policía, advertí al jefe de policía de pie en la puerta, con la cabeza descubierta. Mientras comenzaba a subir las gradas, descendió precipitadamente y, con la gorra en una mano, gentilmente me ofreció la otra para escoltarme durante el ascenso. Sin embargo, no me dejaría ingresar en el edificio.

“Este no es lugar para la ilustre *Señora*”, dijo. “Si la honorable *Señora* no desea dejar a su sirvienta aquí sola, la muchacha puede regresar con ella a su casa. Yo mismo tendré el honor de visitar al *Doctor Reverendo* y explicar el asunto.”

De inmediato envié a Eldemira a la casa. Como estaba en el centro pensé que podría comprar un carrete de hilo que necesitaba, así que me dirigía hacia una tienda cuando, casi en seguida, me encontré con el Misionero. Por una vez, y creo que por única vez en mi vida, lo vi alterado. Las palabras vertían tan rápidamente de la boca de este hombre silencioso, que nada pude decir.

Ocho caballeros, todos de las mejores familias de la ciudad, lo habían visitado ese día, y todos con la misma queja: Eldemira había contaminado a sus hijos –a doce jóvenes en total–.

“¡Eldemira!”, exclamé. “¡No es posible!” La chica nunca está en las calles de noche. Nunca pide permiso para salir de la casa y lleva semanas sin tener horas libres porque los niños están siempre enfermos. Sé que no es ella. No puede ser; hay algún error.”

“Estos caballeros no harían una acusación que no pudiesen probar. La entiendo tan poco como usted, pero debe existir alguna explicación.”

“La hay, y es que ellos se han equivocado de mujer. Además, Eldemira es tan joven, es imposible darle crédito a la historia.”

“Veremos. No obstante, acabo de dejar un aviso en la oficina del *médico* para que venga al instante y examine a la chica y a los tres niños. ¡Imagine a lo que hemos expuesto a esos niños, con una niñera así! De pensarlo me vuelvo loco”, y se estremecía.

El doctor declaró a los niños sanos aún, no obstante repetiría el examen más tarde. La muchacha estaba en mal estado. Cuando nos informé esto, Eldemira, montando en cólera, afirmó que él mentía, que todo era una conspiración para apartarla del único hogar que había tenido en su vida, para predisponer en su contra a los únicos amigos de que había gozado.

“Todavía seré su amiga, Eldemira. No puedo olvidar las noches que hemos pasado colgadas de la cuna del Nené, o cuán paciente ha sido usted con Hijita. El *médico* dice que la puede curar en el plazo de unos pocos meses; si usted se va a quedar en alguna parte le pagaré su hospedaje y compraré sus remedios hasta que esté bien; luego puede volver a mí”.

“Pero nada me aqueja, *Señora* Mauda. Usted no es mi amiga si cree en las mentiras del *médico*.”

En una furia terrible empacó su caja con las ropas que yo le había hecho y se marchó apresuradamente.

Poco a poco nos enteramos de todo el bochornoso asunto. Eldemira nunca supo lo que era el cuidado de una madre –de hecho, ni el amor ni el cuidado de nadie–. La vieja bruja que la había criado había empezado a alquilarla antes de que tuviera diez años. La pobre niña jamás había conocido alguna otra vida, nunca se le había enseñado nada hasta que llegó a nuestro hogar. Con nosotros había aprendido mucho, pero no lo suficiente: no había adquirido para sí la fortaleza de Cristo que la ayudara a reformarse.

Todas las mañanas, cuando llevaba al Nené en sus brazos con Hijita pegada a sus faldas, no iba al parque, como yo había supuesto, sino a unas viviendas localizadas en la peor parte de la ciudad, donde dejaba a los pequeños en brazos

de unas enfermas miserables, mientras se reunía con los chicos que se escapaban del colegio jesuita. Mientras yo daba clases en la casa y atendía a Hijito, siempre en cama aquejado por las fiebres, consolándome al pensar que por lo menos los dos pequeños respiraban un aire más fresco y gozaban bajo la sombra de los árboles de mango, ellos estaban, en realidad, en el ambiente más contaminado, siendo acariciados y besados por las criaturas más asquerosas que hay bajo el limpio cielo del Señor. Se evadieron del contagio nada menos que gracias a un milagro, y así lo reconocimos.

“A esto nos ha llevado nuestra costumbre de ahorrar”, comentó el Misionero. “En ninguna otra casa de la ciudad se le permite a la niñera salir sola con los niños. Siempre se envía con ellos a dos o tres sirvientas para que cada una pueda vigilar a las otras. De ahora en adelante, contrataremos a dos personas, no a una. Se necesita a una mujer para que ayude a María Jesús en la cocina y se encargue de planchar y coser, faena que le está robando a usted su última onza de fuerza. Pues cualquier modista consideraría que la labor de mantener a su propia familia vestida, en un lugar donde nada puede comprarse ya hecho, equivale al trabajo permanente de una mujer. Pero, aparte de toda la costura que hace, usted enseña la mayor parte del día, plancha, cuenta los granos, los plátanos y quién sabe qué más, lleva las cuentas, visita a los

pordioseros y se queda levantada toda la noche con los niños. Debe conseguir dos mujeres, y cuando los bebés vayan al parque mande a María Jesús con ellos, en caso de que Hijito esté muy enfermo para acompañarlas y vigilarlas.” Nunca más volví a ver a Eldemira. En menos de un año estaba muerta. Lanzada al ilimitado mar de la pasión, sacudida por vendavales de sufrimiento, luchando en las aguas crueles de la indiferencia, esta ruina humana, salida apenas de la infancia, se hundió rápidamente. Sin amigos y sin hogar, y muriéndose, a tientas caminó hacia el “hospital” que flanquea el cementerio de la ciudad, fue admitida, y se le permitió echarse sobre el sucio y roto suelo de ladrillo, sin dársele ni un catre ni un colchón. Esa noche, dejada a solas con la tortura en el cuerpo y la agonía en la mente, la pobre niña se alejó del mundo que había sido tan cruel, y un alma más se rindió ante la presencia de su Creador para ser juzgada. Sobre ese juicio, nadie puede vaticinar: sólo Dios sabe. Pero me parece escuchar las palabras que resuenan a través de los siglos: en verdad os digo que “en cuanto no lo hicisteis por el más pequeño de éstos, no lo hicisteis por mí”²⁴. ¿Quién podrá

²⁴ La autora cita a Mateo 25:45 de la King James Bible: “Inasmuch as ye did it not to one of the least of these, ye did it not to me”; tras revisar varias traducciones de este versículo, hemos preferido ofrecer nuestra propia versión.

decir de quién es el alma que se pesa en la balanza cuando Eldemira esté delante de su Señor? La niña nunca tuvo una oportunidad.

María Jesús escuchó que Eldemira había ido al “hospital” y salió temprano por si había algo que pudiera hacer para ayudar a la chica. En cuanto la cocinera entró en el edificio, una mujer que pasaba por el corredor, y conocida como una “enfermera”, la abordó.

“¿Es usted una pariente?”, señalando el cadáver sobre el piso.

“No, yo soy solamente una vecina de la muchacha” (simplemente cualquiera que pasa por ahí).

“¿Entonces qué era usted para ella?”

“Una vez estuvo empleada en la casa donde yo soy cocinera y ella me agradaba mucho.”

“Qué le parece a usted, me dicen que deja muchas cosas bonitas, calzado, vestidos; ¿no es así?”

“¿Quién sabe?”, fue la respuesta no comprometedora.

“¿Tiene parientes?”

“¿Quién sabe?”

“¿Pero dónde están esas cosas de ella?”

“No sé nada”. María Jesús estaba alerta. No ayudaría a esta mujer, que no había prestado un sólo servicio a Eldemira, a que tomara posesión de las pocas cosas que la joven había dejado.

Mientras nuestra cocinera permanecía allí, un par de hombres entraron cargando dos largos

postes sostenidos en posición paralela por medio de cortas barras cruzadas. Poniendo ambos postes sobre el suelo arrastraron descuidadamente el cuerpo inanimado hasta la dura parihuela, la alzaron, y trotaron con rapidez a lo largo de los pocos pies de tierra que se interponían entre el lugar donde había yacido el cuerpo y una fila de sepulturas vacías, que se conservaban siempre abiertas en espera de ocupantes. Una vez en la tumba, los hombres alzaron un flanco del armazón e hicieron rodar el cadáver hacia la abertura. ¡Un golpe!: cayó dentro, y los hombres, sin detenerse para enderezar el cuerpo, comenzaron a echar paladas de tierra sobre el mismo. La tierra estaba atestada de fragmentos de cuerpos humanos, de huesos, de cráneos, puesto que este suelo es cavado repetidamente para nuevas sepulturas. Llenado el hueco, los hombres volvieron a la casa por otro cadáver.

Así, de este modo, ellos mueren y son sepultados. Estos entierros no han sido forzados por la tensión de la guerra, en la que, por ser muchos los caídos, se deben inhumar en zanjas; se trata de hechos cotidianos. El horror no es aquél de un día pasajero, la impensable tragedia de unos pocos años de estragos; se trata de un horror continuo, sin tregua, sin mengua, del mismo a lo largo de las generaciones, a lo largo de los siglos.

XXII

Elvira

Con el tiempo, Benigna y Jova fueron presentadas en familia. Desplegando perpetuamente una fina hilera de dientes blancos, la oscura y chaparrita Benigna fue con razón llamada “benigna”. Era el ser más ordenado que he tratado. Podía levantarse a cualquier hora de la noche más negra y, al instante, poner su mano sobre aquello que se necesitara en el momento. Ni un alfiler ni un botón se encontraba jamás fuera de lugar mientras Benigna se ocupó de nuestras cosas.

Jova era indudablemente bonita, con mejillas rosadas; una muchacha de amplio pecho que podía encargarse del lavado más duro, de llevar la carga mojada sobre la cabeza y la espalda, y nunca perder su buen color o sus ánimos. Eran dos de las muchachas más normales que he conocido en Colombia; llenas de vida, listas para la distracción y el romance. ¡Qué pena tan terrible que aquí ni la diversión ni el romance puedan entrar legítimamente en la vida de las niñas sirvientas! Ningún esparcimiento se les proporciona, a no ser el de la cantina y la juega callejera. Todos los pequeños placeres inocentes que son accesibles a la gente joven en los Estados

Unidos, a ellas les son negados. La vida familiar y hogareña están para siempre fuera de su alcance, así muchas posean las mejores inclinaciones para el cuidado de una casa y de unos niños.

Durante el intervalo transcurrido entre la partida de Eldemira y el arribo de Benigna tuve a varias mujeres por cortos períodos cada una. Entre ellas estaba Socorro, mi antigua cocinera. Luis supo que Eldemira se había marchado – ¿quién no?: nuestro sistema telefónico sin instrumentos metálicos es perfectísimo–, y vino a decirnos que Socorro se sentiría muy contenta de regresar pero que le avergonzaba venir a ofrecerse. Lo envié a decirle que me alegraría verla otra vez en mi casa si prometía no repetir su ofensa. Socorro no era una mala mujer, simplemente era débil, y tenía también un buen temperamento.

Probó ser maternal –naturalmente, ¡con diez hijos a su favor!– aunque ignorante en lo relativo a los principios básicos para el cuidado de un niño. Tenía deseos de complacer y no era parlanchina, aunque sí muy distraída. Los niños podían haberse parado uno por uno sobre sus cabezas o haber ido a tomar el aire y volado lejos, y ella nunca lo habría notado ni habría pensado que había algo extraño en ello, de haberse percatado. Era a todas luces indulgente con el “angelito blanco”. No importa qué deseara la niña, al instante lo tenía si Socorro estaba cerca.

¡A menudo pensaba con lástima en aquellos diez hijos suyos y me preguntaba cómo sobrevivirían a todo ello!

Una noche, mientras terminábamos de meter a los tres niños, frescos y dulces después de su baño, en sus camitas blancas y ajustábamos cuidadosamente cada toldillo contra los mosquitos, Socorro me dijo que pronto iba a dejar nuestro hogar.

“Pero mi querida mujer, ¿qué pasa? ¿No está contenta aquí?”

“¡Esa mujer de la cocina! ¡Esa María Jesús! ¿Pero quién puede vivir en la misma casa con ella?”

“Oh, ¡no importa María Jesús! Yo no le presto ninguna atención a sus críticas; ese es simplemente su modo de ser. Es una buena persona, una buena sirvienta y tengo mucha confianza en ella.”

“No es que yo esté sola en eso. Seguro que hay muchas que dejan a mi *Señora* por la lengua de esa mujer. ¿No es cierto?”

“Eso no tiene nada que ver con el asunto, Socorro. Si las jóvenes que he ensayado se pelean con la cocinera, usted debería ser más sensata. Es una mujer con experiencia y debería tener paciencia. Es tonta si deja un buen lugar, donde tiene bastante de comer, ropas limpias para vestirse y un trato amable, por cualquier cosa que diga María Jesús. Sus chisporroteos no llegan a nada; ella le refunfuña al Doctor, y a mí

también, pero nosotros simplemente nos reímos de ella.”

“Eso, sí, es claramente diferente.”

“Bueno, Socorro, usted no es tan sensata como creía si me abandona ahora por cuenta de María Jesús.”

La noche siguiente, con muchos sonrojos y hesitaciones, la mujer me confesó que María Jesús no era la razón de su partida.

“Me pareció extraño”, repliqué. “Usted es demasiado bondadosa y de temperamento manso como para pelearse con alguien. ¿Cuál es, entonces, la causa?”

Confesó en susurros, asentimientos y risitas que un cierto carnicero pobretón, muy dado a la bebida (ella no mencionó que iba descalzo o el licor; conocí estos hechos más tarde), deseaba instalarla en la casucha que ella poseía.

“Oh, Socorro”, dije lanzando un grito apagado. “¡A su edad! ¡Con una hija crecida en esta misma ciudad y siete hijos más en alguna parte de la tierra, sin mencionar a los dos que están en el cielo! Mujer, ¿en qué está pensando?”

La naturaleza de Socorro se manifestaba invariablemente como el clima de abril; en cualquier momento podía esperarse un chorrillo de lluvia en medio de torrentes de sol. Ahora las lágrimas vencieron las sonrisas y se derramaron copiosamente sobre las camitas blancas de los niños.

“Oh, *Señora*, es precisamente eso. A esos hijos míos, ¡los extraño tanto! Quiero otro bebito en mis brazos. Me voy mañana, *Señora*.”

Al día siguiente se fue, ¡tan radiante y feliz como cualquier novia debiera estarlo!

Había pasado cerca de un año desde que Elvira nos dejó luego de su última pelea con Luis. Al principio venía a visitarme con frecuencia. Cuando llegó el Nené reapareció enseguida, vestida con su prenda más almidonada, para felicitarme y para “conocer al nuevo bebé”. En esa ocasión llevaba una delgada cadena de oro de la que colgaba una cruz de piedras preciosas. Aunque ninguna de las dos mencionó la cadena, ésta emergía como una pared negra entre nosotras. En todo momento sentía su presencia y sabía que ella era tan consciente como yo de eso. Puesto que ninguna pudo hablar con naturalidad, estoy segura de que se alegró tanto como yo cuando su corta visita finalizó.

Esa noche hablé sobre el asunto con el Misionero. “¿Supone que es Lozano?”, pregunté.

Lozano era un buen joven, que se aproximaba justo a la mayoría de edad, el hijo de un joyero de la ciudad. Era uno de los muchachos en quien más confiábamos.

“No lo creo; sin embargo, nunca se sabe”, respondió el Misionero. “Él jamás la miraba cuando la veía aquí en la escuela todos los días. Creo que se trata de un caballero de la costa, de

un vendedor que lleva en la ciudad unas pocas semanas. Lo he visto hablando con Elvira en la calle."

"¿Vende joyas? Esa exquisita cadena es un regalo muy infrecuente."

"No sé. No se preocupe por eso, ya que sea quien sea nada podemos hacer. ¿Dijo la chica si todavía está en el servicio o si tiene un local propio?"

"Sigue aún planchando en la casa de los Gómez adonde fue cuando salió de aquí. Cualquiera que tenga a Elvira como mujer para planchar es afortunado."

No la volví a ver durante muchos meses aunque de vez en cuando sabía de ella. En dos ocasiones el Misionero comentó que la había pillado escabulléndose por una calle lateral para evitar encontrarse con él.

Una tarde sofocante me senté ante la máquina de coser, tratando frenéticamente de terminar alguna prenda. La habitación donde cosía se usaba también como closet y como cuarto de almacenamiento. Sus cuatro lados se hallaban forrados con baúles y cajas, cada caja puesta encima de otra vacía para mantener sus contenidos tan lejos como fuese posible del piso, de su mohosa humedad y de sus cucarachas. Atravesando el centro del amplio cuarto, de modo que no tocase ninguna pared, se extendía un enorme perchero atiborrado con docenas de ganchos de los que se colgaba toda la ropa que

poseía la familia. En este clima es imposible salvar de la destrucción cualquier prenda que penda contra una pared o en la oscuridad.

A pesar de su dimensión y de la puerta que miraba al patio, la habitación estaba cargada, era oscura y caliente. Había abierto las pesadas persianas interiores de su única ventana y había colocado a los dos bebés en el profundo poyo de la misma donde se divertían jugando con las barras de hierro arqueadas hacia el exterior y observando la constante sucesión de burros que pasaba desfilando.

Advertí a Elvira aproximándose mucho antes de que nos viera. Cuando trató de pasar sin saludarnos, la llamé.

“¿Cómo le va, Elvira? ¿Cómo está usted?”

No pudo hacer menos que detenerse para devolver el saludo. ¡Cuánto habían caído los poderosos! Esta muchacha, que hace un año era tan puntillosa en el cuidado y adorno de su persona como para encender la ira de Luis, vestía una pobre falda deshilachada en los bordes, hecha jirones sobre las caderas y sucia en toda su extensión. Su desgastado corsé, incapaz de resistir su figura prominente, había hecho saltar la tela, que colgaba de aquí y allá. Su piel estaba mugrienta y su cabello revuelto. Sobre su cabeza llevaba un pequeño fajo de ropas sucias.

Con un aire muy contenido respondió a mis preguntas sobre su pequeña niña, de unas tres semanas de nacida.

“Cómo le parece a mi *Señora* Mauda que está muy enferma. Pronto se me va.”

“¿Se le va? ¿Por qué, Elvira, qué es lo que la aqueja? Usted es una mujer muy fuerte. Su hija tendría que ser sana.”

“Es esa leche; es claro que le causa una terrible diarrea.”

“¿Qué leche? ¿Usted no le habrá dado leche de la plaza?”

“Claro que eso es cierto. Puse a esa niñita mía a darle tetero.”

“¡Oh, Elvira, usted sabe que eso la matará! ¿Por qué lo hizo?”

“La *Señora* Mauda le da el tetero a sus bebés; y por supuesto que yo lo hago también.”

“¡Uff, ustedes, mujeres, me desesperan! ¿Por qué no pueden usar el sentido común? Sabe que doy tetero a nuestros bebés porque no hay absolutamente nada más que pueda hacerse. Repetidamente ha escuchado mis objeciones a las nodrizas contaminadas y beodas que me asedian con ofrecimientos para cuidar a mis hijos. Usted también sabe que para nosotros es una cruz tener que levantar a estos chiquillos a punta de tetero. Tuvimos que comprar una vaca, luego alquilar otra cuando la nuestra se secó; tuvimos que contratar un sirviente adicional, sobre todo a causa de la vaca; el *Doctor* y yo lavamos las botellas, las esterilizamos, hervimos y pasteurizamos la leche cada tanto. Recuerda usted que nunca dejamos que nadie, ni siquiera

usted, tocara la leche o las botellas del bebé. ¿Cree que nos tomaríamos toda esta molestia suplementaria si pudiera evitarse? Pero usted, usted es una mujer fuerte, rellenita, y también joven. Podría criar a su hija para que sea una buena muchacha grande y sana si impide que coma de lo que eche mano, y si la mantiene limpia. Pero es seguro que la perderá si le da de esa cosa de la plaza. Me avergüenzo de usted, Elvira.”

“A lo mejor es la voluntad de Dios que se muera.”

“Si ella se muere no será la voluntad de nadie sino la suya. Usted será responsable.”

“Tal vez sea mejor que se muera. No tengo ningún modo de criarla como usted dice que una niña debe ser. Yo misma no he ido por ese camino que deseaba para mí. Tiene razón de estar brava conmigo; sin embargo, no es posible que ella sea mejor que yo. Hubiera sido un niño, habría sido distinto. Un hombre en Colombia no sufre tanto como nosotras, las mujeres. Para él siempre hay algún camino, pero para nosotras, ¿qué hay? Nunca he sabido en mi vida qué es eso de tener a alguien que me quiera como usted quiere a sus hijos, nunca tengo una casa en ninguna parte. ¿Por qué criar otra hija para la vida que las mujeres tenemos en nuestro país? ¿Y cómo termino de criarla si para mí no hay dinero, ni casa, ni trabajo? Con ella no me puedo colocar en ninguna casa. ¿Qué hago?”

Dios se apiade de nosotros, ¿qué puedo responder a eso? No hay respuesta, y permanezco callada mientras Elvira, antes siempre estoica, enjuga las lágrimas de su rostro encendido con su deshilachada manga.

“Sin embargo, Elvira”, retomo después de un ratito, “nada le da el derecho de matar a su hija, como sabe que lo está haciendo. Tal vez aún no sea muy tarde para salvar la vida de la pequeña. Si la lleva donde el Dr. Blanco pagaré por la consulta y las medicinas que le diga que consiga. Usted conoce el arreglo al que siempre llegamos con él para casos como el suyo.”

“Sí, *Señora* Mauda, esa cosa yo sé, pero no es posible para mí que vaya esta noche. Tengo que lavar estas cosas para la pequeña, y seguro que ahora está llorando. Allá la dejo sola en el suelo de ese rancho.”

“Entonces vuelva con ella al instante”, le ordené, mientras le entregaba algunas prendas. “Tome esta ropa limpia, báñela rápidamente en agua tibia, envuélvala enseguida en esta toalla, luego sujete esta banda de lana alrededor de su abdomen y llévela directamente al doctor. Cuando él le diga que puede comer, amamántela usted; bajo ninguna condición le dé otra vez de un tetero.”

Se alejó de prisa, aunque estaba casi segura de que no llevaría a cabo mis instrucciones, puesto que era evidente que no deseaba que su hija viviera.

Probablemente éste sea el método más común empleado por estas madres para que perezcan sus pequeños: simplemente dar al niño leche contaminada de una botella que jamás se lava, a través de un chupón sucio y envenenado por una leche putrefacta.

Una semana más tarde, sentada en el borde de la cama haciendo ojales mientras de vez en cuando salvaba a uno de mis ruidosos bebés de rodar fuera de la cama donde jugaban, Elvira se detuvo en la ventana enrejada que estaba abierta. Una ojeada mostraba que iba vestida pulcramente de algodón negro, su cabello satinado amarrado hacia atrás con un lazo negro. El bebé, por lo tanto, estaba muerto. Estaba tan profundamente irritada con la mujer que no mencionaría a su hija ni inquiriría sobre su propia salud.

“¿Cómo están todos ustedes?”, inquirió con la circunspecta voz de un doliente. Luego siguieron preguntas solícitas sobre cada uno de nosotros, individualmente. “¿La Señora Mauda? ¿El ilustre Doctor? ¿El Señorito? ¿El Angelito Blanco? ¿El querido Nenito?”.

“El bebé ya no es tan pequeño ahora”, repliqué, riendo, porque estaba muy contenta. ¿No estaban bien todos los tres niños al mismo tiempo? Una fortuna que nunca antes nos había tocado. “Ayer”, continué, “hice pesar a los niños y al Nené le faltan tan sólo cinco libras para alcanzar a su hermanita quien, como sabe, es dos

años mayor que él. De ancho de hombros tiene ya una pulgada más que ella. Cada día se parecen más.”

De repente mi corazón me malherió por hacer alarde de lo orgullosa que estaba de mis hijos delante de esta mujer. Con seguridad ella no había querido que su hija viviera pero, de haber tenido la más pequeña posibilidad de criarla decentemente, eso la habría alegrado tanto como a cualquier madre normal. Comprendí que las lágrimas de la pobre mujer no eran falsas cuando dejó caer su cabeza sobre las barras de la ventana y sollozó, mientras los dos niños sobre la cama la miraban solemnemente. Ella sufría, así lo entendí, y no únicamente por la pérdida de su bebé sino por carecer de todo aquello que Dios ansiaba que la mujer tuviera. Con todo mi corazón la compadecí, a ella y a todas las mujeres de su clase.

Empero, mi compasión no me conmovió tanto como para acceder a su solicitud cuando concluyó la conversación comentando en un tono cuya estudiada indiferencia mostraba cuánto lo deseaba: “¿Volvería ahora la *Señora* Mauda a tomarme otra vez para el servicio?”

“Ay, Elvira, me temo que no”, suspiré yo. Después de todo, la mujer era una asesina –ella había deliberada e inteligentemente matado a su propia hija–. ¿Cómo podía ponerla a cargo de mis preciados chiquillos en una ciudad donde

cualquier pequeño descuido o indiferencia podía costarles la vida?

Me mantuve sin embargo en contacto con Elvira e hice lo que pude por ella. Siguiendo mi consejo, se contrató e hizo planchado fino; ocasionalmente estaba en nuestra casa por unos pocos días de trabajo. El Misionero, por supuesto, se viste de blanco; pero ninguna muchacha del comedor ordinaria puede planchar trajes blancos como para que cualquier caballero esté dispuesto a aparecer con ellos. Planchar los trajes y otras muchas prendas más era con demasiada frecuencia mi labor, aunque había veces en que, a pesar de mis esfuerzos, las tareas se amontonaban hasta que llegaban a ser tan inaccesibles para mí como el monte Aconcagua. En tales ocasiones había que pedir ayuda externa.

XXIII

María Jesús

Pocas semanas después de la muerte de la hija de Elvira, nuestro Nené enfermó de improvisto y los médicos nos dieron pocas esperanzas. Salimos volando de la ciudad apestada a una pequeña casa sobre una colina, a dos millas más arriba de la población. Se trataba de una villa que

pertenecía a un farmacéutico que fue lo suficientemente bondadoso como para arrendárnosla en medio de nuestra desesperación.

Una noche permití que Jova y Benigna, acompañadas por María Jesús, bajaran al pueblo a ver los fuegos artificiales lanzados para celebrar el aniversario de algún santo. Días más tarde dos policías aparecieron en la puerta y presentaron órdenes para arrestarlas. Las muchachas partieron gimiendo ruidosamente y declarando que la suya era cual la inocencia de los recién nacidos.

Las largas horas del día transcurrieron lentamente, pero las jóvenes no regresaron. Como antes de partir Jova había comenzado a hacer la limpieza del sábado –había removido las alfombras y llevado toda la ropa de cama afuera al sol–, tan pronto como terminara las clases que me ocupaban cada mañana tenía que poner todo en orden en la casa, pues era imposible pasar una noche en medio de tal trastorno. Al anoecer, justo cuando la cena estaba lista para servirse, de haber alguien que lo hiciera, un tercer policía llegó a pie y solicitó a María Jesús. Muy seria estuvo mientras descendía la colina tras él, pero su consternación no ha debido superar la mía, sola con tres niños enfermos, uno de ellos yaciendo en el que habría de ser su lecho de muerte.

Unos minutos más tarde, el Misionero, pálido y cansado, llegó de su largo día de trabajo allá abajo, en la infecta ciudad.

“¿Dónde están todas las sirvientas?”, preguntó.

“Tres policías en serie se llevaron a las mujeres. Las dos muchachas se fueron desde la mañana, pero María Jesús acaba de partir; usted debe habérsela encontrado. Nadie sabe dónde están Benito y el burro, y a nadie le importa; tanto el uno como el otro me serían de igual utilidad en la casa. ¿Qué cree que significa el arresto de las mujeres? ¿Se trata de alguna conspiración contra nosotros? ¿Quién la está tramando?”

“No puedo adivinar. Alcanzaré a María Jesús y averiguaré.”

“Oh, pensé que me ayudaría a darle sus medicinas a los niños y a llevarlos a la cama.”

“Oh, ¡métalos en la cama como están! No se preocupe por eso.” Y, con este consejo masculino, él, también, partió.

Una hora más tarde Benigna y Jova regresaron. Expusieron que la noche de la celebración, cuando todas ellas habían bajado a la ciudad, María le había exigido algún dinero a una mujer que le debía, y ambas se habían intercambiado palabras insultantes. La mujer había hecho llevar a juicio a mi cocinera este mismo día –o, para ser precisa, la había hecho juzgar y luego arrestar después de que fuera

encontrada culpable-. Las muchachas habían sido llamadas como testigos, el juicio realizado, y María Jesús había sido condenada y sentenciada a un mes de prisión por usar un lenguaje violento e injurioso.

“Pero no puedo entender”, objeté. “¿Cómo podía María Jesús ser juzgada y condenada sin que ella supiera nada durante todo ese tiempo? Ha estado aquí conmigo todo el día.”

“Siempre se ha hecho así. ¿Cómo es que cualquiera puede ser arrestado antes de que se pruebe que es con seguridad culpable? Ahora, claro, cogen a María Jesús. Con ella fue que nos encontramos en la ciudad, detrás de ese policía, y con el Doctor siguiéndolos.”

“Entonces, ¿por qué las arrestaron a ustedes dos si eran solamente testigos? Toda esta historia me parece rara.”

“Así se ha hecho siempre, pero siempre. ¿Seguro que no es que la *Señora* no está creyendo eso que le contamos a ella?”, con la voz más indiferente.

“Oh, no, por supuesto, no se trata de eso”, me apresuré a contestar. Aunque todo el mundo sabe que no se puede confiar en que estas mujeres digan la verdad, nunca funcionará que se insinúe que usted duda de ellas –al instante abandonarán su trabajo-. “Jova, puede servir la cena que María Jesús dejó preparada para los chicos. Benigna, encárguese de sus tareas de inmediato.”

Salieron presurosas, soltando risitas y cuchicheando. Al parecer, el asunto había derivado en la ocasión para un día de gala. Habían disfrutado de una jornada festiva, el juicio las había entretenido mucho, y el ambiente había cambiado considerablemente desde su despedida en sollozos de la mañana. Sin embargo, me preguntaba sobre el porqué de su hilaridad sabiendo que no habían tenido un bocado desde el café de la mañana, habían estado recluidas todo el día en el cerrado patio de la prisión, chiquito y caliente, sin permitirseles salir hasta que el juez hubiera concluido con sus testimonios.

El cuento me parecía increíble, no obstante era evidente, a la luz de su buen humor, que las muchachas no estaban en problemas. ¡Me percaté de que María Jesús era la única sirvienta de fiar que teníamos!

Dos horas más tarde, el Misionero subía con esfuerzo otra vez la colina, demasiado exhausto como para importarle su tardía cena. Su informe confirmaba la historia que las chicas habían contado.

“Dejé a María en prisión, pero la puse tan cómoda como fue posible y le dejé dinero para que compre su comida hasta que podamos soltarla. Fui además a la casa del juez y se me concedió una entrevista. Dice que puedo sacarla, pero con la condición de que yo pague su multa, cinco dólares, y de que firme una nota de

compromiso de que ella no usará un lenguaje injurioso contra nadie durante un año."

"Todo el asunto me parece tan ridículo", dije, cansinamente. "Nunca antes supe que se juzgara a una persona, se la condenara y sentenciara sin su presencia, o sin siquiera su conocimiento del juicio".

"Es la costumbre. A María Jesús no le pareció raro; lo aceptó como una algo corriente."

"¿Cómo se lo tomó ella?"

"Tranquilamente, como era de esperarse. Ella siguió las instrucciones en la prisión sin decir ni una palabra

"¿Se trató de exonerar?" "¿Usted, claro, habló con ella?"

"Naturalmente; antes de que hubiera visto al juez. Ella admitió que había dicho todo lo que se le acusaba de haber dicho. En cualquier caso, no podía siquiera negarlo cuando Benigna, Jova y media docena de otras personas más lo habían todas atestiguado. Pero ella también dijo que, de habersele dado la oportunidad, hubiera probado que todo lo que dijo sobre esa mujer es cierto y que, por lo tanto, no es ningún improprio. Sin duda hubiera podido hacerlo ya que la mujer que alega haber sido insultada es una holgazana, que anda siempre deambulando por ahí en la plaza. Lo que ahora nos incumbe es qué vamos a hacer para tener a una cocinera aquí, lejos de la ciudad. Estoy dispuesto a pagar la multa de María Jesús: ella podría devolverla en servicio, por lo tanto

eso sería prestarle simplemente el dinero. Pero si debo firmar un compromiso por veinticinco dólares, probablemente debería que entregarlos con poca esperanza de que alguna vez se me devuelva algo.”

“Sin duda tendría que pagarlos, no obstante, ¿qué podemos hacer? Luis solía ayudar en la cocina, pero se ha ido. Benigna y Jova son ambas demasiado frívolas como para confiarles algo, y por supuesto no los niños enfermos, para así yo poder encargarme de la cocina. Simplemente no puedo perder a María Jesús en estos momentos. Considero que debiera tenerla de regreso cuanto antes.”

“Muy bien, firmaré el compromiso mañana y usted la tendrá aquí para que prepare el desayuno. Hablaré con la mujer y trataré de convencerla de la necesidad de que en el futuro se guarde la lengua. Quizás ha aprendido una lección; esperemos que sea para mejor.”

Antes de las diez de la mañana siguiente María Jesús entró a la cocina donde yo luchaba fieramente con las ollas que se negaban a estabilizarse sobre la leña, y, mientras serenamente tomaba los trastos de mis manos, preguntó por el bebé. Llamé a Benito y juntos empacamos los canastos y las vasijas con la comida caliente que el hombre llevaba a mediodía a la ciudad para los chicos y el Misionero. Ni una vez siquiera ella me hizo alusión alguna a su detención, lo que me

demostraba cuán honda era la humillación que había sufrido por esa causa. Pocas semanas después, cuando le entregaba el sueldo de un mes, meneó la cabeza y apartando el rostro me pidió que le entregara el dinero al Doctor. Comprendí que estaba devolviendo los cinco dólares de su multa, exactamente dos meses de su sueldo.

Nunca fuimos requeridos para pagar el compromiso, aunque supe que la mujer que había suscitado el juicio a menudo iba tras María Jesús en la plaza llamándola, dirigiendo hacia ella su atención, tomándole el pelo, esforzándose por provocar a mi cocinera para que repitiera su ofensa.

A nuestra puerta se le echa el pestillo y se le pone la barra a las nueve de la noche. Los sirvientes y los internos quedan encerrados con nosotros dentro de la casa y para ellos es casi tan difícil salir de ella como lo sería escapar de la penitenciaría. Sólo hay una puerta; las pocas ventanas que existen están enmarcadas por barras de hierro de una pulgada de grueso. En la pequeña vivienda sobre la colina donde estuvimos ese mes de agosto, había un solar diminuto, encerrado por una pared de tierra de tres pies de grueso, seis pies de alto y entechada con tejas de ladrillo.

Caída la tarde, una noche o dos antes de la muerte del Nené, Benigna pidió permiso para bajar a la ciudad.

“¿A esta hora de la noche y sola?”, pregunté con sorpresa.

“Claro”, con un insolente giro de su cabeza.

“No lo puedo permitir, incluso si no la necesitara aquí, y pensaría que puede darse cuenta de que la necesito aquí”.

No dijo nada pero media hora más tarde el pequeño Benito informaba que Benigna había escalado la pared, había bajado gateando hacia el otro lado, y corría por la colina en dirección a la ciudad.

La siguiente mañana apareció y se dirigió silenciosa y perrunamente a su trabajo, como retándome a que la llamara a rendir cuentas. Yo sabía que habría inventado alguna excusa plausible, pero en la tensión del momento apenas pensé en su desertión. Hizo bien su trabajo, fue bondadosa y atenta con los niños, metódica y cuidadosa con sus pertenencias, como siempre.

Pocos días después no tenía ya ninguna necesidad de una niñera y despedí a Benigna, un incidente que probablemente había anticipado cuando me desobedeció.

XXIV

Jova

Dos niños, María Jesús, Jova, Benito y los internos, junto con la vaca y el burro, volvieron con nosotros a la población. Jova era rápida y fuerte; podía acometer más trabajo que cualquier otra muchacha que hubiera tenido en su lugar. Era una criatura muy vital, que debiera tener algún esparcimiento, algún solaz, como los que necesitan todas las personas sanas. No había nada de tal suerte para ella.

Había tratado de enseñar a leer a mis mujeres en varias ocasiones, o a coser, pero, infaliblemente, había habido interrupciones y poco tiempo para las lecciones. Habíamos tenido dos o tres sirvientas en la casa que podían leer de manera admirable, que se deleitaban leyéndoles a otros tanto como disfrutaban de la adulación de un grupo que, admirado, quedaba colgado de sus palabras.

Después de nuestro regreso a la ciudad, Jova convirtió en costumbre traer la canasta de las medias, en la noche, y sentarse en un taburete a mis pies para recibir lecciones de zurcido y costura, de moral y religión, mientras yo escribía cartas o hacía balances de cuentas. En mi

presencia, estaba siempre silenciosa y poco comunicativa.

Una noche entró en puntillas en la habitación, sus pies gordos y redondos prensados en un par de zapatos de tacón alto. La miré con sorpresa mientras ella, riendo, se aferraba de las sillas y la mesa esforzándose por mantener el equilibrio y dar unos cuantos pasos. ¡Zapatos altos de chiquilla en unos pies que jamás habían conocido reclusión de ningún tipo!

“Niña, ¿dónde los consiguió?”, grité.

“Una amiga me regala a mí estos”, replicó con una risita.

Mi triste corazón estaba más abrumado que de costumbre mientras la miraba en silencio. Estas chicas son demasiado buenas como para que desperdicien sus vidas de este modo. Traté de explicarle a la ansiosa chiquilla, desilusionada porque admiraba tan poco sus bellos zapatos, justo porqué no podía aprobarlos.

Es tan difícil explicar a estas muchachas la forma como nosotros consideramos estos asuntos como lo es que mi lector entienda su propio punto vista. Para ellas el matrimonio significa un lujo que pertenece únicamente a los ricos. Saben que para ellas éste es tan viable como lo es la posesión de un avión. Formar parte de estos vínculos, en el papel de concubinas, tiene todo el encanto y la ilusionada felicidad que un matrimonio legítimo posee para nuestros jóvenes. Sin que exista en la comunidad ningún

sentimiento contra esta clase de unión, con la vida vacía de todo lo que debiera brindarles, ¿es siquiera una sorpresa que quebranten el séptimo mandamiento? Empero, quien crea que esas chicas no pecan al infringir el mandamiento se está engañando. Con seguridad el látigo y el azote del sufrimiento, que tan agudamente caen sobre estos hombros jóvenes, no pueden ser más que el castigo que sigue a la llaga del pecado. Dios sabe que ellas pecan, ellas saben que pecan. ¿Quién es responsable de que estos millones de almas jóvenes y frescas se pierdan en la amargura y la muerte antes de haber siquiera nacido?

Habían pasado varios años desde la última vez que el Misionero pudo dejar su trabajo para asistir a una de las reuniones anuales que se llevaban a cabo en las filiales más antiguas de la misión. Estábamos solos en la nuestra, a diez días de distancia de los misioneros más cercanos, y sin poderle transferir a nadie la labor durante cualquier ausencia.

Un mes después de que el Nené nos abandonara, la misión Colombia llevaba a cabo su conferencia en una ciudad de nuestra costa, y le insistí al Misionero que bajara para asistir a la reunión.

“¿Cómo puedo ir ahora y dejarla en este momento para que atienda sola la escuela y todo lo demás?”, preguntó él.

“Para mí será mejor verme obligada a correr de una cosa a la otra”, contesté.

Finalmente consintió en ir. Un corto y animado telegrama todos los días, de los doce empleados en el viaje de descenso, apaciguaba nuestros temores sobre su seguridad. Después de una semana de conferencia con otros misioneros, envió el siguiente mensaje: “A punto de embarcar, viaje de regreso. En casa en dos semanas.”

Mientras le leía el telegrama a Hijito comenté: “el próximo punto desde el que telegrafiará es Magangué. Allí estará dentro de tres días.”

El tercer día empecé a andar a la caza del telegrama. El cuarto día envié a Benito a la oficina de telégrafos a preguntar si había llegado un mensaje y habían olvidado llevármelo. El quinto día Benito fue despachado dos veces con el mismo recado. El sexto día yo misma fui a la oficina. “No, no ha llegado ningún mensaje para la honorable *Señora* desde el último remitido de Barranquilla”.

“¿Se han caído los cables de nuevo? ¿Ha habido tormenta en la selva y destruyó las líneas de modo que no pudo pasar ningún mensaje?”

“No, *Señora*, tenemos mensajes de la costa constantemente. Mire, aquí hay uno que ha llegado de su hijo para la *Señora* Victoria. Vea lo que dice.”

“Gracias, no me importa leer lo que dice. Si llega un mensaje para mí, ¿lo hará mandar

inmediatamente? Si llega de noche pagaré extra por la entrega nocturna.”

“Sí, *Señora*, esté segura de que eso se hará.”

Me volví para abandonar la oficina.

“Oh, por cierto”, empecé, mientras giraba de nuevo hacia la ventanilla: “¿ha habido alguna noticia de un naufragio en el Magdalena? ¿Ningún barco ha sufrido un desastre últimamente?”

“No, *Señora*. El río está bajo, pero ningún barco se ha hundido durante los últimos seis meses.”

Por supuesto el teléfono inalámbrico comunicó a todo el mundo que el Misionero había comenzado a subir el río, que no se había sabido de él desde entonces, y que la *Señora* Mauda estaba demasiado preocupada como para comer o dormir. Los amigos acudieron en masa; venían antes de oscurecer y se quedaban hasta las once de la noche, hasta las doce, hasta la una. Antes del amanecer la pensativa campana de la puerta rasgaba el aire con sus tonos asesinos y cuando Benito se deslizaba sigilosamente a través de los corredores para recibir el ansiado telegrama, daba de cara con algún sirviente enviado por un amigo solícito para preguntar: “¿ha tenido ya la *Señora* Mauda noticias del Doctor?” “¿Durmió ella anoche?”

Siete, ocho, nueve días se arrastraron a través de su prolongación destructora, y fueron seguidos por sus noches interminables. Se

elaboraban las listas del mercado, las compras se revisaban, la ropa se contaba, se recontaba, se planchaba y contaba otra vez, dos niños indispuestos, con sus demandas recurrentes, se atendían, un interno enfermo era servido, las clases se dictaban desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde, el dinero se pagaba, el dinero se recibía, los cinco libros de cuentas se llevaban con cuidado, se preservaba la paz entre los internos –y debajo y sobre y alrededor de todo ello, el constante prestar oídos al chico del telégrafo y el insistente envío de Benito a la oficina.

Al fin llegó –el telegrama– firmado con un nombre extraño. Misionero enfermo, fiebre maligna, poca esperanza, ningún doctor en barco, ninguno más próximo que Honda, demasiado enfermo para ser dejado en Puerto Wilches, sería remontado a Honda.

“En tres días la *Señora* tiene noticias de Honda. Alégrese de que hoy esté vivo”, así me animaban mis amigos.

Tres días, cuatro días, cinco días, seis días; se fue haciendo insoportable. El barco tenía que haber llegado a Honda hacía mucho; ¿por qué no sabíamos nada? Es tan fácil morir en el río en medio del calor y ser enterrado sobre el bajo banco arenoso. Esa tierra ya está bendecida con los huesos de un misionero. Habíamos rogado por la vida del Nené, pero el Padre, en su Sabiduría, no atendió nuestra plegaria. ¿Cómo

podía saber si Él consideraba cumplido o no el trabajo del Misionero en la tierra? ¿Cómo podía yo, una mujer sola, sacar de la ciudad a dos niños pequeños, y llevarlos a algún lado, en un país donde ninguna mujer viaja sin tener quien la proteja?

Mis tres sirvientas fueron maravillosas. No puedo transmitirle a nadie el alcance de toda su bondad: una madre no podría haber cuidado a un niño con una solicitud más grande o con una atención más constante que las que ellas me prodigaron. Me sentaba ante mi escritorio para trabajar en las cuentas después de que todos los visitantes por fin se habían marchado, Jova traía su taburete y se sentaba cerca de mí consolándome: “para que mi *Señora* pueda saber que yo estoy aquí al lado de ella por si necesita algo.”

“¿Pero qué podría necesitar a esta hora tardía, Jova? Usted debería estar descansando después de un día de trabajo tan duro.”

“Aquí es que me quedo hasta que mi *Señora* esté ya en la cama.”

Ambas, María Jesús y Jova, me seguían por doquier con chocolate caliente, su panacea, suplicando que tomara “un sorbito, un sorbito”. Cada sabbat en la tarde, cuando llevaba a los niños al cementerio a visitar la pequeña sepultura nueva, María Jesús insistía en acompañarme. De noche, cuando caminaba inquieta por los corredores, ella dejaba su cama,

venía hacia mí, me rodeaba con sus brazos y, llorando, me rogaba que, por lo menos, me quedara en la cama. Durante esas horas dejamos de ser patrona y sirvienta; éramos mujeres que juntas compartían la ansiedad, con los corazones muertos de temor.

Un telegrama desde Honda, firmado por el propio Misionero, causó una jubilosa conmoción en el *Colegio*. Al día siguiente, otro mensaje nos informaba que el Misionero, que había sido llevado río arriba hasta Honda, descendía el río de regreso a Puerto Wilches para hacer en mula la parte terrestre del viaje. “Enviaré noticias cada día”, prometía el telegrama.

“Ha iniciado el regreso antes de que sea capaz de viajar”, comenté al congresista que había estado enviando telegramas en todas las direcciones con el fin de determinar si el Misionero estaba vivo o no.

“Sí, sin lugar a dudas eso es verdad, y ningún doctor estará a su alcance hasta que arribe aquí. Usted no puede esperar que vuelva en menos de nueve o diez días.”

“Pero puedo esperar un telegrama casi todos los días.”

“¡Dios permita que lleguen, pues!”

No llegaron; no se recibió ni una palabra más. El suspense se volvió intolerable. Supe que aquellos amigos que habían salvado la vida del Misionero en el trayecto arriba del Magdalena – gracias a su experiencia en fiebres y al empleo de

sus cajas de medicina-, habían continuado hacia Bogotá. Él estaba solo en el viaje de descenso, en el recorrido a través de la peligrosa selva. No había nadie que lo cuidara, nadie siquiera que me informara si una recaída probaba ser fatal.

Durante nueve días más fuimos torturados por esta agonía de la espera en tanto las porfiadas demandas de cada hora tenían que cumplirse. Entonces, una noche, mientras estábamos sentados a la mesa y yo estaba sirviendo la comida para los internos, fuimos sorprendidos por el clic de las patas de una mula sobre los ladrillos del umbral, del *zaguán*, del corredor, del comedor mismo, y el Misionero apareció en medio de nosotros. Un espectro consumido, amarrado a su mula para salvarse de caer de debilidad; ¡tres días de viaje montando así! Benito y varios chicos brincaron para desatar las correas y ayudarlo a bajar, María Jesús corrió por el chocolate caliente, y lo tendimos en la cama mientras Jova iba a toda velocidad por un médico.

“El telegrama, ay, ¿dónde estaban los telegramas?”, pregunté.

“¿No los recibió? Envié uno cada vez que estuve al alcance de una oficina.”

“¿Por qué le tomó tanto llegar a Honda?”

“Nuestro barco estaba averiado y nosotros simplemente nos fuimos arrastrando. Al fin nos pusieron en otro barco, un vapor de carga, y finalmente llegamos en eso.”

“Pero, ¿por qué quiso llegar tan pronto? Ha debido esperar en Honda hasta que estuviera más fuerte.”

“Mañana será el primer cumpleaños del Nené, y me la pasé pensando cuán terrible sería para usted pasarlo sin él. No podía dejar que se enfrentara sola a eso, así que hice un esfuerzo enorme para llegar aquí esta noche. Dios ha respondido a nuestras plegarias; Él me ha devuelto a mi familia una vez más.”

XXV

Los sirvientes colombianos

Borrachos, sí, a veces; robando, delinquiendo, inmorales –he hallado todo eso–. Son éstos pecados de la carne que nos asedian muy fácilmente y contra los cuales esta gente no tiene armas. Ellos son incultos, sin estándares de excelencia, sin ideales. ¿Debemos por lo tanto condenarlos? Si un niño es indisciplinado culpamos a los padres y compadecemos al niño. Si toda una clase social es mantenida en una pueril ignorancia, ¿a quién debemos culpar, a quién condenar?

La borrachera, la mentira, el robo: son los resultados de la negligencia de las condiciones

materiales en las que existe esta clase y de la falta de desarrollo espiritual y mental de sus almas.

He descubierto que la clase de los sirvientes es muy trabajadora, que son alegres bajo condiciones intolerables, que son valientes y leales, que poseen una bella humildad de espíritu, que son generosos y dispuestos a dar la mitad, y más de la mitad, de lo poco que poseen, que son amorosos y compasivos el uno hacia el otro, aún hacia el extranjero de raza y religión odiadas. Son éstas cualidades del carácter que ni el abandono ni la falsa instrucción han podido erradicar. He encontrado pequeñas flores de hermosura brotando en el marasmo de las vidas de estas gentes; a ellos les encantan los colores brillantes, las flores, el punteado del tiple y la guitarra, aman a los niños. ¿No revela esto cuán apto es el sustrato real de su naturaleza si acaso fuese cultivado y enriquecido con las enseñanzas correctas?

Un corazón amoroso, un espíritu alegre y un deseo de darse uno mismo por los otros hasta la última onza de las fuerzas: he aquí valiosas cualidades. Agréguese a ellas un vívido y salvador conocimiento de la vida y de la resurrección de Cristo, que aportaría los ideales, y la educación, que brindaría los medios para alcanzar mejores cosas, y podemos esperar mucho del mestizo latinoamericano. No es su corazón el responsable; es su ignorancia y su condición de abandono lo que deploramos.

Índice

Presentación, por Beatriz Castro C.	9
Los más pequeños de éstos –en Colombia	23
Prólogo	26
I Dominga	28
II Rosario	33
III Pabla	46
IV Cleofa	62
V Bautista	70
VI La <i>señorita</i> Bertilda López	76
VII Las vacaciones de Rosario	84
VIII María Rodríguez	88
IX César	93
X Bárbara	107
XI Encarnación	116
XII Luis	125
XIII Visitas	131
XIV Elvira y Luis	140
XV Socorro	151
XVI Carmen	160
XVII En el campo	171
XVIII Cocineras	178
XIX Las dos Marías	190
XX Luis deja de servirnos	197
XXI Edelmira	204
XXII Elvira	213
XXIII María Jesús	225
XXIV Jova	234
XXV Los sirvientes colombianos	243